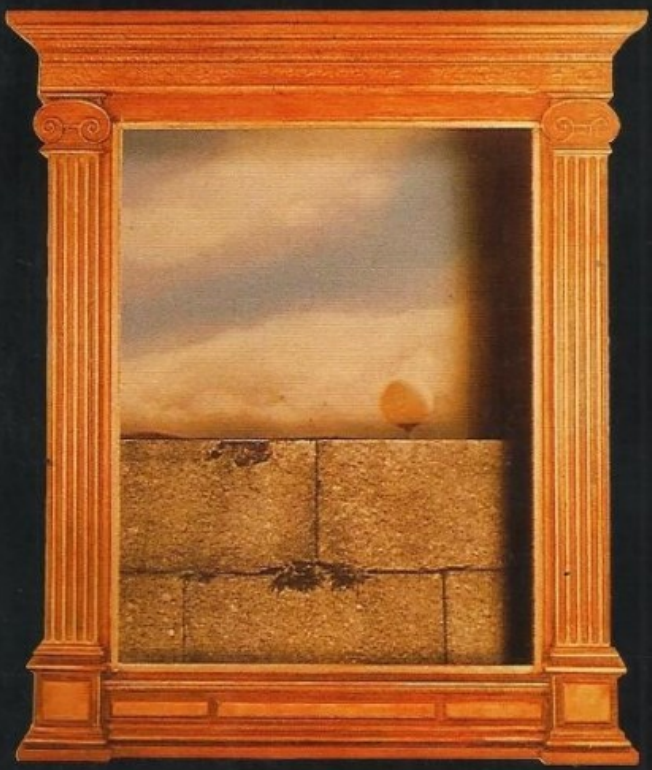
Christa Wolf

Bajo los tilos



Laia Literatura

todocoleccion

Bajo los tilos reúne tres novelas cortas en las que aparecen algunas de las preocupaciones básicas de la autora: las relaciones interpersonales, el amor, la siempre problemática búsqueda de la felicidad. En el relato que da título al libro, la homónima avenida berlinesa sirve al bosquejo existencial de soledad de la narradora. En «Nuevas opiniones de un gato sobre la vida», el genial gato Max satiriza los prejuicios cientifistas de los sabios que estudian su comportamiento. Finalmente, en «Experimento personal, acotaciones a un informe», la narradora, en 1992, se presta a un experimento que la ha de convertir en hombre, para regresar al cabo a su originaria condición femenina. En estos tres textos, aparentemente fragmentarios, el vigor expresivo de la autora nos depara breves obras maestras de la narrativa actual.

Christa Wolf

Bajo los tilos

BIBLIOTECA DE BOLSILLO

Título original
Unter den Linden
© 1974 Aufbau Verlag

Traducción de
Marisa Presas

Primera edición en
Biblioteca de Bolsillo: mayo 1991

Cubierta: Ripoll Arias

ISBN: 84-322-3084-7

BAJO LOS TILOS

> Estoy convencida de que en la vida terrena cada uno se ve afectado en lo que le es más sensible, más insoportable: cómo superará la prueba, eso es lo que importa.
>
> RAHEL VARNHACEN

Siempre me ha gustado pasear por la avenida «Unter den Linden» (o «Bajo los tilos»). A poder ser, tú lo sabes, sola. Hace poco, después de evitarla durante mucho tiempo, esa calle se me apareció en sueños. Ahora, por fin, puedo hablar de ello.

Me gustan hasta lo indecible estos comienzos tan llenos de seguridad que únicamente consiguen los que han alcanzado la felicidad. Siempre supe que volverían a ser míos algún día. Ésa sería la señal de que volvía a formar parte de una alianza cuya severidad sólo es superada por su liberalidad: la alianza de los dichosos. Y se creerán de nuevo mis palabras puesto que últimamente me he liberado de mis dudas. Ya no estoy encadenada a los hechos. Puedo decir la verdad libremente.

Porque el placer de ser conocidos es para nosotros más valioso que cualquier otra cosa.

El hecho de que esta calle sea famosa no me ha molestado nunca, ni despierta ni, mucho menos, en sueños. Comprendo que debe esta contrariedad a su situación: eje Este-Oeste. Ésta y la calle que se me aparece en sueños no tienen nada en común. La una es profanada en mi ausencia en los periódicos y en las fotos de los turistas, la otra se mantiene indemne y preparada a recibirme, incluso durante largos períodos de ausencia. Reconozco que un

observador superficial puede llegar a confundirlas. Yo misma caigo en ese error; entonces cruzo mi calle sin prestarle atención y no la reconozco. No hace mucho la evité durante varios días y busqué mi felicidad en otra parte pero no pude hallarla.

Llegó el verano y soñé que había llegado el día. Me puse en camino porque tenía una cita. No lo revelé a nadie y yo misma casi me resistía a ser consciente de ello. Pensaba (con cuánta astucia, despiertos o en sueños, somos capaces de pensar alguna cosa con el fin de engañarnos a nosotros mismos) que por fin iría a ver los barrios nuevos sobre los que tanto se había hablado y escrito últimamente. Pero ya el cobrador del autobús formaba parte del complot —con quién, dejémoslo de momento. Por un motivo insignificante se mostró grosero conmigo y yo, temblando de indignación, le devolví todas las groserías que había acumulado a lo largo de mi vida, como si aceptar esa grosería más me hubiera significado la muerte. El hombre se calló en seguida y me miró con ironía, y entonces me enojé porque les estaba poniendo las cosas tan fáciles. Porque no tuve más remedio que bajar, molesta, en la parada siguiente y me encontré, sin gran sorpresa ya, exactamente donde ellos querían que estuviera: delante del Teatro de la Ópera, en la avenida «Unter den Linden».

Así que allí estaba. Tú debes conocer esa sensación: uno sólo sabe que tiene una cita y que ha de acudir. Hora, lugar y objeto del encuentro no se le revelan. Uno no tiene sino sospechas que se alimentan de deseos y que por esta razón resultan falsas muchas veces. Cualquier niño ha aprendido en los cuentos que es preciso echar a correr despreocupadamente y adoptar ante las cosas una actitud desenvuelta y abierta. Así caminaba yo en el seco calor de junio que ya se dejaba sentir agradablemente, en el olor de polvo y gasolina, en el ruido de motores y en la luz blanca que reverberaba de las piedras. De golpe volvía a sentir presente en mí aquella disposición de ánimo clara y alegre que tanto había echado de menos y durante tanto tiempo. Era un hermoso día.

En sueños se recuperan las cosas que uno siempre se había perdido. Así, pues, me proponía observar atentamente el Gran Relevo de la Guardia que en aquel momento se desarrollaba ante el monumento de la Nueva Guardia con abundante entrechocar de armas y movimientos de guantes blancos. Quería grabar en mi

cerebro las voces de mando con las que «zas, zas», salen del pelotón los dos protagonistas como si estuvieran atados a unos hilos fuertemente tensados, no quería dejarme escapar ni uno de los pasos de desfile admirablemente ejecutados que, siguiendo exactamente una línea invisible para nosotros, los no iniciados, han de acabar precisamente ante las puntas de las botas del soldado de guardia —si éste se encuentra donde el reglamento le ha colocado. Cosa que sucede normalmente, no hay cuidado. Pero precisamente aquella tarde, la norma había sido transgredida y uno de los dos cadetes que hacía el relevo se dirigió derecho a una catástrofe: el punto donde debía aguardarle su predecesor (entre la segunda y tercera columnas) estaba vacío.

Cinco o diez minutos antes, el insensato, seguramente afectado por el calor y a una voz de mando que sólo él había percibido, había efectuado una precisa vuelta a la izquierda con el fusil al hombro según prescribe la ordenanza, y a paso de parada había marchado hasta la esquina del edificio que guardaba simbólicamente y con una nueva vuelta a la izquierda había ido a detenerse a la espesa sombra de un castaño. Con la consciencia tranquila y en perfecta posición de firmes se encontraba ahora donde no debía y sin esperanza de ser relevado, mientras que su relevo, desconcertado por no tener oponente, efectuaba las complejas maniobras que le situaron finalmente en el puesto que había estado abandonado durante tanto tiempo. No es que me importara gran cosa, pero el pelotón de guardia que se alejaba parecía estar completo de nuevo.

Vi extrañas figuras entre la multitud que, una vez finalizado el espectáculo, se dispersaba rápidamente. No todos habían sido bautizados con agua del Spree ni habían crecido a la sombra de los pinos de Berlín. Recuerdo un indio con una piedra roja como un rubí en el blanquísimo turbante, negros esbeltos que se movían a ritmo de danza y, sobre todo, una parejita extravagante que se destacó del remolino de la muchedumbre y se dirigió estrechamente abrazada hacia la estatua de Alexander von Humboldt hacia la que ambos, la chica y el chico, levantaron una mirada atenta sin decir palabra. Aves raras de plumaje multicolor: los mismos tejanos azules, los mismos jerseys de color azul claro atados a la cintura, las mismas camisas de flores grandes —imposible distinguir uno del

otro por detrás, con las mismas caderas estrechas y el mismo pelo revuelto. Cuando se dieron la vuelta me di cuenta de que el pétreo Alexander merecía su aprobación y de los pechos planos por igual me asaltó una inscripción negra sobre grandes broches de color anaranjado: «All I need is love.» Les hizo gracia mi sonrisa, dijeron alguna cosa en lengua suave y musical, creo que era un elogio que tanto podía ser para mí como para Alexander von Humboldt, y se alejaron con sus sandalias planas y flexibles. Con ánimo generoso puse mi calle a su disposición ya que habían venido de tan lejos para conocerla. Me hacía feliz que también las aves extranjeras y raras encontraran aquí unas semillas con que llenar su buche.

Ya ves que en ese momento estaba muy cerca de que me gustara cualquier cosa que se cruzara en mi camino.

Tú sabes que en sueños uno puede darse cuenta de que está soñando. La muchacha entró en mi sueño y yo pensé: ahora estoy soñando con ella. Un tema oscuro, ¿cuál es su significado? Y a pesar de todo no podía por menos que reconocer que nadie encajaba en mi sueño mejor que ella —por motivos que, por el momento, me eran desconocidos. Ella desapareció en la puerta de la universidad.

¿Te he hablado alguna vez de la muchacha? Seguramente te había ocultado su existencia, pero esa historia me persigue como un acorde que suena en mi interior sin descanso. En cierta ocasión me lo hicieron escuchar cuando yo no quería oírlo por nada del mundo.

En aquel momento salía de la universidad mi viejo amigo Peter, y la bonita mujer rubia en la que me había fijado hacía un buen rato se levantó de su banco del patio y se dirigió hacia él. De pronto temí que la tarde acabara allí mismo, con aquel encuentro casual. Pero no había peligro de que mi amigo Peter se fijara en mí. Sólo tenía ojos para esa mujer con la que yo sabía que se había casado hacía sólo unas semanas. Ella era de esos seres que conservan su aspecto de niña pase lo que pase y que por eso mismo hacen arder la sangre a los hombres. Me alegraba de que mi amigo Peter tuviera este aguijón clavado en sus carnes. Que pagara por su infidelidad. Que pagara por las lágrimas que había hecho derramar a Marianne. Pero al mismo tiempo me alegraba de que tuviera esa hermosa mujer rubia que caminaba taconeando a su lado, se colgaba de su brazo y levantaba los ojos hacia él.

Y es que, ay, le comprendía. Yo todavía me sentía capaz de

hacer verdaderas locuras con él, sólo que no sabía si aún deseaba hacerlas. Pasó por mi lado como ciego, cogió a su mujer de la mano y riendo le hizo cruzar la calle corriendo hasta su coche, arrancó con un chirrido y se mezcló en la corriente del tráfico haciendo describir a su coche una curva audaz que me puso de mal humor.

Recuerdas lo que yo decía de él muchas veces: ése conseguirá cualquier cosa que se proponga. Sólo que yo no contaba con que se propusiera alguna cosa que me disgustara profundamente. Pero ya ves, ha conseguido incluso eso. Ha conseguido que su nueva mujer se siente en el banco que nos pertenecía a los tres para siempre: a él, a Marianne y a mí. Lo ha conseguido sin más, sin pararse en lo que hacía. Ha conseguido lo que a nosotras nos estaba vedado: olvidar los juramentos no expresados que en medio de la seriedad de aquellos años habían sido lo más serio y a los que ahora quedaba reducida nuestra juventud. Tan serios como los castigos que habían de caer sobre nosotros si se nos ocurría romper aquellos juramentos. Ahora lo estaba viendo con mis propios ojos: el castigo por una infidelidad sólo alcanza al que cree en la fidelidad. Pero mi amigo Peter no es de ésos.

En cuanto a la muchacha, ¡sí!, había mentido y engañado, pero yo me apoyaba en ella, nunca había visto esto tan claro como ahora que estaba soñando. Por un momento incluso había pasado por mi cabeza la sospecha de que había llegado hasta aquí por ella; de que desde el principio yo había tenido la intención de visitar determinados lugares que habían sido escenario de su drama: lo que en un informe judicial se denomina lugar de los hechos.

Una bandada de niñas venía hacia mí, eran estudiantes, iban en hileras y cogidas del brazo. Antes hubiera intentado reconocer en alguna de ellas a la muchacha cuyo aspecto, color de pelo y estatura me he guardado siempre de preguntar. No era probable, pero tampoco imposible, encontrarla aquí, delante de la universidad en la que aún estudiaba el año pasado. El que hubiera sido expulsada no le impediría seguramente deambular por ahí. Para ella no debía ser una tarea imposible espiar cómo pasaba sus días el interesado; por ejemplo, cuando salía de la universidad después de dar sus clases; con toda facilidad —en caso de que todavía quisiera verle— podía esconderse a la hora conveniente detrás del pedestal de la pétrea figura de Wilhelm von Humboldt. Hasta que apareciera él,

riendo y con la conciencia tranquila, como había aparecido un momento antes mi amigo Peter.

Casualmente, cuando les vemos siempre están riendo.

Aquel hombre, que seguramente aún inspiraba algún sentimiento a la muchacha, también era profesor. Los nombres no tienen importancia, decían todos; en cualquier caso, tú no le conoces, y si le conoces tanto peor. Así es que muy bien podía ser historiador como mi amigo Peter. Hay más historiadores que estrellas en el firmamento.

Me es imposible explicarte por qué, de pronto, era tan importante para mí tratar de comprender a Peter, mi viejo amigo. Se me ocurría esto y aquello, algunos disgustos en su vida profesional, agravios normales que sufría y que a él parecían afectarle de manera más duradera que a otros, porque él había sido elegido para ser un tipo con suerte y desde pequeño estaba acostumbrado a ello. Con las humillaciones cotidianas sufría como sólo puede sufrir una persona a la que se impide alcanzar sus elevados designios. Nosotras —yo, Marianne, su mujer— considerábamos poco importantes esos incidentes, mientras que él veía en ellos una verdadera desgracia difícilmente soportable. Yo todavía no me había dado cuenta de que las marcas que señalan la felicidad y la infelicidad están a distinta altura en la escala de cada vida. En realidad no le sucedía gran cosa. Un puesto de adjunto que otro le arrebata ante sus narices. Un viaje a un congreso en el extranjero para el que no le tienen en cuenta. Unas clases en las que, con razón, pensaba hacer un brillante papel y que desaparecen debido a una reforma del plan de estudios. Pequeñeces.

Lo sé, decía él. Pero me molesta, ¿comprendéis?

No te sorprenderá que la joven maestra de provincias que para cruzar la calle había conducido a sus niños como si se tratara de un rebaño de ovejas jóvenes, me preguntara la hora, precisamente a mí. Todos los que no llevan reloj me preguntan la hora. Ella tenía reloj, me hizo saber la maestra, uno viejo, muy bonito, que había pertenecido a su tío preferido, ya fallecido, sólo que era un reloj muy delicado y constantemente tenía que llevarlo a reparar al taller de Königs Wusterhausen. No me creerá usted, añadió, desde hace tres semanas no encuentro un momento para ir a recogerlo.

Había topado con ella en un momento en que hubiera explicado

todo a cualquiera: las malas combinaciones de autobús de su pueblo, sus dificultades para encontrar una habitación más grande y sobre todo que tuviera más luz, la nostalgia que la asaltaba los domingos cuando el paisaje llano le atacaba realmente los nervios, porque ella era de Turingia. Fijó en mí sus inquietos ojos castaños como esperando que yo supiera hacer el debido honor a la revelación de que ella era de Turingia. Entretanto, yo estaba tratando de disimular mis esfuerzos por ver la hora en mi relojito de Moscú con la estrecha correa negra de piel porque estaba segura de que la maestra volvería a preguntármela. Curiosamente, no lo lograba. Ya sé que soy algo corta de vista, pero no para la distancia entre los ojos y la muñeca, además llevaba puestas las gafas de sol con cristales de la marca Zeiss y distinguía incluso el vello de mi brazo. Sólo la esfera del reloj se hacía más borrosa cuanto más me la acercaba a la cara.

Te ruego que no te impacientes. Sólo puedo narrar lo que sucedía en mi sueño y no voy a importunarte tratando de encontrar explicaciones posibles.

¿De Turingia? ¡Pero si de allí es también la muchacha de quien me han contado cosas tan notables! Puede ser, concedió indulgente la maestrita, ahora hay muchos de allí. Su salida me pareció un tanto misteriosa y me propuse reflexionar más tarde sobre su significado, cuando le hubiera dicho la hora. Entretanto la maestra indicaba a sus niñas los ejercicios de salto que debían llevar a cabo en la pared de sillares del edificio que, según creo, alberga una sección de la Academia de las Ciencias. ¿Así, pues, usted no ha estudiado en Berlín?, le pregunté aún para cerciorarme. ¡Uy no!, dijo ella, casi ofendida. Añadió que, además, era muy impresionante ver todo aquello al natural, la nueva torre de la televisión, y la plaza de Marx y Engels y la puerta de Brandenburgo. Todo era más impresionante que visto a través de una pantalla. Sus niñas habían empezado a jugar a saltar, a la rayuela, sobre el empedrado de la acera. Ya ve usted, dijo la profesora, como si los juegos de las niñas en un lugar tan poco adecuado fueran una prueba convincente de sus múltiples preocupaciones. Pero sólo hace un año que las tengo.

Esta constatación pareció consolarla y se marchó alegremente con ellas. No había insistido en que la informara de la hora, así es que yo tampoco insistí. ¿Por qué iba a ser más meticulosa que una

jovencita de provincias?

Yo estaba algo inquieta cuando reanudé mi camino. Siempre había intuido que esta calle lleva a las profundidades. Sólo tenía que dirigirme a mi derecha, traspasar la puerta de hierro forjado de la Biblioteca Nacional y entrar en el patio que, por cierto, no reconocí. Pero nadie me pedía que lo reconociera. Lo único que tenía que hacer era avanzar hasta la fuente de baldosas azules y verdes, encaramarme al borde y sumergirme en ella. Se podría pensar que es muy difícil, pero es sencillo, basta con haberlo deseado ardientemente muchas veces. Quedé tendida sobre el fondo de la fuente como lo había imaginado tantas veces: tenderse ante los estrados de los jueces, tenderse sobre el suelo desnudo ante las comisiones investigadoras, sobre los suelos de piedra ante los tribunales de exámenes, tenderse tranquilamente y negarse a hablar (cosa que tú, muchacha, ya no necesitaste cuando llegó el momento). Por fin comprendía que hasta ese momento yo había sido poco importante, me había faltado peso específico. Si uno no es una persona de peso no se hunde, cualquiera puede entenderlo, es una ley física que se aprende en la escuela. Yo estaba satisfecha porque por fin había llegado hasta el fondo.

Las caras que aparecieron por encima del borde de la pila para observarme no me importaban. La línea del agua nos separaba. Ni curiosidad ni recelo ni malicia podían afectarme, tampoco sentía ya el dolor. Claro que todavía recordaba cómo era. Su rostro apareció junto con los otros por encima del borde y sin decir palabra me ordenó que me levantara, que dejara voluntariamente mi elemento para seguirle, para aventar todas las viejas experiencias, para volver a mezclarme con la gente y romper los tabúes.

Ah, querido, tú siempre quieres saber la verdad. Pero la verdad no es una historia, ni siquiera es creíble. La verdad es que salí de la fuente por mi voluntad, que en seguida me encontré serena y seca como si hubiera estado expuesta a una fuerte radiación y que me dirigí hacia la pesada puerta de madera tallada de la Biblioteca Nacional que abrí fácilmente y sin titubear, perfectamente consciente de lo que hacía.

Hasta ese día había estado escrito sobre esta puerta en letras invisibles que yo no debía volver a entrar aquí. Que no debía exponerme. Un hechizo más poderoso había levantado la

prohibición. Estaba tan expuesta como cualquier otro, ¿qué si no?

Para ti, para que puedas creerme, voy a borrar las fronteras entre lo creíble y lo increíble.

Al entrar se me revelaron de golpe las normas que regían en ese lugar. Por otra parte me parecieron fáciles de observar, no se me exigía demasiado: no mires atrás, me dijo la portera pálida y esponjada a quien todos han de obedecer y que no necesita conocer a nadie. Asentí complaciente al tiempo que mostraba mi tarjeta de lectora que siempre llevo conmigo y contra la que, como de costumbre, ella no tenía nada que oponer. Después de pasar las aspas giratorias de madera me asaltaron las dudas. ¿Acaso eso era todo? No podía creerlo de ninguna manera, tenía el temor de ese lugar demasiado metido en los huesos. Tenía que cerciorarme, tenía que retroceder y preguntarle. Pero entonces una rigidez en espalda y nuca me impedía girarme. Esto es el colmo, pensé furiosa, pero obedientemente empecé a subir los escalones de piedra. Por esa vez iba a someterme. En ocasiones, las leyes según las cuales uno ha de comportarse en determinados lugares cambian de la noche a la mañana y eso no tiene la menor importancia. Cierto es que las piernas me temblaban un poco. Hay que ver, lo que puede pasarle a una.

Estoy segura de que en aquellas regiones los exámenes parecen fáciles, pero los castigos por el más leve fallo son severos. ¡O todo o nada! Ésa es la divisa, pero se nos oculta cómo hemos de seguirla. Sin embargo, algunos lo saben. Por ejemplo, la muchacha. ¿He dicho ya que ella seguía fiel a mi lado? Ella me ahorró tener que girarme.

Me han hablado de usted, quería decirle con la necesaria reserva, pues me correspondía iniciar la conversación, sólo que no sabía cómo. Aquí, quería decirle, en este punto de la barandilla reposaba mi mano cuando, para que yo estuviera advertida, me informaron de lo que le había sucedido a usted. Pero esto la tenía sin cuidado, igual que el hecho de que yo, desde aquella lejana mañana de diciembre, no debía poner los pies en esta casa y mucho menos en esta escalera —exactamente el tiempo durante el cual había llegado a conocerla más íntimamente. Unas fuerzas para mí impenetrables parecían interesadas en establecer una especie de equilibrio a base de quitar y poner.

Media hora antes había nombrado a esta muchacha, de la que aparte de lo esencial no sabía nada, estudiante de historia. Así que ahora era totalmente lógico que me dirigiera con ella directamente a la sala de lectura de ciencias sociales. Le hice sentir que estaba al tanto: aquí, no es cierto, venía usted antes para ocupar un lugar muy determinado desde el cual podía vigilar estrechamente una espalda muy determinada. E inmediatamente después de que el Interesado se marchaba se acercaba usted al estante y tomaba el pesado infolio que él acababa de dejar y lo llevaba a su puesto.

¿Que cómo lo sé? Será mejor que lo dejemos. ¿Amor? Pero, por favor, ¡así que usted no es más que una tontuela ingenua que aún cree en milagros! Que además ha de encapricharse con él, que además es su profesor, que además está casado (con una mujer que tal vez se llama Marianne, un pensamiento fugaz). ¿Es que ha conseguido persuadirse usted de que uno puede ir cometiendo una locura tras otra y que al final conduzcan a algo que no sea una locura? Mi querida niña. Tal vez alguien esté dispuesto a creerla, yo no. (Ya ves que yo adoptaba aires de superioridad y casi parecía que la había citado para poder tratarla con condescendencia.)

¿Por qué usted no? (Ésta fue su pregunta.)

Porque para mí está bien claro —dejemos de nuevo el porqué— que una no hace todas estas cosas absurdas sin un conocimiento secreto de cuál es su finalidad. Sin una secreta aceptación del resultado. Lo que no quiere decir que uno siempre deba tener claro qué es lo que busca.

Vámonos. Dicho sea de paso, aquí en este vestíbulo donde hoy se exponen los libros infantiles y las grandes fotos de sus autores hubo una vez una exposición de pinturas hechas por médicos aficionados: con el escalpelo y el pincel, o algo parecido. Cualquiera podía visitarla, no sólo los médicos, por supuesto. También yo podía ir, y Max, un antiguo conocido que no vino solo. No, muchacha, y le ruego que no levante las cejas, sino que respete el puro azar. Casualmente no vino solo, y yo les encontré a él y el hombre que iba con él por pura casualidad; ésta fue la última casualidad que se produjo en relación con el acompañante de Max, y es por ello que merece ser consignada.

Hace tiempo que estabais deseando conoceros.

Esto era típico de Max, sutil como un elefante, siempre a punto

de poner a unos en contacto con otros; basta con que uno haya visto de paso a alguien en alguna parte —por ejemplo, en una de esas numerosas conferencias de divulgación de temas científicos—, basta con que alguna vez haya mencionado de paso un nombre, él le conoce y se siente obligado a llevarle consigo a la primera ocasión.

¿Que lo estábamos deseando? ¿Ah, sí? ¿Hace tiempo? ¿Cómo se te ocurre?

No seas grosera. Éste es el señor…

No tema. ¿Le parece que soy de las que revelan nombres a la primera de cambio? No conozco el de usted, y aquel otro está de más. Yo también estoy empezando a olvidarlo.

Los cuatro bajando la escalera: Max, el Personaje Sin Nombre, usted, yo. ¿Lo niega usted? ¿Dice que usted no estaba allí? ¿Que usted todavía no había puesto los pies en esta ciudad? ¿Que precisamente estaba en su habitación de provincias poniéndose el vestido para asistir a la fiesta de fin de curso? ¿Que no tenía ni idea de lo que podía pasar? ¡Pero qué cabeza de chorlito! ¡Cuán equivocada está! Paso a paso caminó a nuestro lado, no se saltó ni un peldaño, y palabra a palabra, nota a nota, debía conocer usted la cancioncilla que desde hace un rato no consigo alejar de mi mente y que va a oír de mí por primera vez:

En aquella ventana te buscaba
Los jardines desprenden aromas sin sentido
Dónde estás, dónde estás
De qué sirve vivir en mayo
Qué sabes tú del dolor de amar.

Parece que este tipo de preguntas rompen algún hechizo. En cualquier caso, la portera controló mi tarjeta de lectora como si nunca me hubiera susurrado una consigna secreta, el surtidor del patio no funcionaba y la pila verdiazul estaba vacía. Salí a la calle, me puse las gafas de sol y con una mirada a mi reloj de Moscú, tan exacto siempre, constaté que eran casi las tres. Hacía sólo media hora que había visto a mi amigo Peter y le había oído reír como hacía años que no reía. Él había recuperado todo lo que nos gustaba: su risa, su seguridad. Lo había recobrado en el preciso instante que había conseguido deshacerse de nosotras: sus perseguidoras, sus alguaciles. Que querían embargarle lo que no

tenía.

Alguna vez me has echado en cara mi debilidad por él. Así es que hace tiempo, aquella tarde que me encontré con él en la avenida «Unter den Linden» no te expliqué más que el hecho: me he encontrado con él. Fue en la esquina de la «Charlottenstrasse», donde por entonces había aún el viejo café Linden en el que acabamos por entrar. Los dos salíamos de una reunión y estábamos cansados. Nadie podía parecerme más oportuno que él. Caray, Peter, qué bien, volver a charlar un poco como en los viejos tiempos. El tronco del tilo en el que se apoyaba era más fino y por lo menos dos palmos más corto que hoy, mi amigo Peter soltaba su discurso a una luna algo menguante en la calle vacía, como lo hubiera hecho cuando era estudiante. Quería hacerme reír y me hizo reír. De verdad, entre todas sus brillantes cualidades sólo le falta una, la que podría sostener a todas: un poco de firmeza. Seguramente empecé a decir algo al respecto porque él se puso a hablarme del nuevo tema de su tesis doctoral. Sin querer adopté el mismo tono que él. El único tono que desde aquel momento era posible entre nosotros. Yo añadí: me parece que te han desanimado.

Cállate ya, replicó él. Entonces vi que él no era cobarde, sino indiferente y aprendí que resulta más difícil hablar con una persona indiferente que con una que se siente culpable. Una se siente ridícula cuando le recuerda a alguien como Peter todos los razonamientos que él mismo aducía apenas una semana antes en favor de su antiguo tema, muy actual pero un poco resbaladizo; él recuerda los razonamientos y no va a desdecirse. (¿No se trataba acaso de una etapa discutible de la historia reciente? ¿De un campo que entretanto otros han trillado?) Sentados ante nuestras cervezas, Peter me representaba todos los papeles de los asistentes a la reunión que se había convocado especialmente para halagar su vanidad. Para convencer al que ya estaba convencido de antemano. El nuevo tema que el claustro de profesores de su instituto le proponía tenía tanto que ver con el antiguo como un huevo con una castaña, eso lo sabían todos, pero ninguno debía mostrar que lo sabía. Peter me imitó cómo cada uno de sus colegas —yo conocía a algunos de ellos— presentaba argumentos nuevos y cada vez mejores en favor de ese trabajo que, bien es cierto, no podía hacer daño a nadie. Mi amigo Peter sabía de antemano que los otros, sin

haberse puesto de acuerdo previamente, todo hay que decirlo, estaban decididos a jugar el juego de la democracia y sabía qué papel correspondía a cada uno en la comedia. Él mismo, claro, tenía que estar decepcionado, preocupado, después medio desarmado tenía que oponer una resistencia bien dosificada y abandonarla en el momento preciso, vacilando aún pero cediendo ante los mejores argumentos. Me dio también el cálido apretón de manos que le había otorgado el director de su instituto aliviado. Me miró y en sus ojos vi la misma simpatía que el profesor que iba a dirigirle el nuevo tema había puesto en su mirada.

Yo, desconcertada por las simpatías superpuestas, bajé los ojos y desde entonces nunca he podido volver a mirar a Peter con la franqueza de antes. No le hice reproches. ¿Quién soy yo para hacer reproches a nadie? A pesar de todo, él exclamó: ¿Por qué precisamente yo?

Esta pregunta me ha perseguido, hasta aquí, hasta hoy. No pude guardarla para mí, la pasé en el momento menos oportuno a la persona menos oportuna. Fue aquí cerca en la nueva cafetería del edificio «Lindencorso» cuando todavía era nueva de verdad. Seguramente era en otoño, yo llevaba mi abrigo de ante y pasé como ciega por delante de la mesa de la ventana para que el hombre, el Personaje Anónimo que como cada jueves a esa hora tenía que estar ahí sentado, tuviera que verme, tuviera que levantarse, alcanzarme, saludarme y llevarme a su mesa. Naturalmente, en esa clase de empresas el riesgo es muy elevado, pero esa vez salió bien. Incluso la sorpresa me salió bien. No me creerás, pero ni siquiera tuve que fingir. Yo *estaba* sorprendida. ¡Ah! ¿Usted aquí? ¿Cada jueves, de verdad? ¿Entre sus dos clases?

Elogio de la casualidad.

La primera y prácticamente la única vez que estuvimos sentados a la misma mesa, como los que se reúnen al mediodía para comer rápidamente un bocadillo de salame húngaro con una
Coca-Cola
o, como él prefirió, un café. Sólo que los otros se citan sencillamente o se encuentran aquí por casualidad, mientras que a mí la casualidad, después de aquel hermoso logro inicial, me había dejado plantada. Por eso me había visto obligada a recurrir al cálculo y a la astucia, a emprender unas averiguaciones enervantes

y a hacer unas llamadas telefónicas deshonrosas que me llevaron a una hora determinada a un lugar determinado: éste.

El arte de la ingenuidad. Sentarse, haber aniquilado todo rastro de cálculo y astucia antes de que se encuentren las miradas. Haber olvidado toda sombra de vergüenza cuando una mira indecisa el reloj: ¿tiempo? Bueno, si no hay más remedio —un ratito. (Y después, durante treinta minutos no saber nada del tiempo que puede ser tan infinito y tan negro como quiera.) El arte de reanudar una conversación donde una cree haberla dejado mucho tiempo atrás y no dar signos de embarazo cuando resulta que esta conversación nunca ha tenido lugar. Tal vez en la imaginación. El arte de evitar dirigirse a él directamente, dejar que el otro se mezca seguro con su «tú» —que, naturalmente había introducido Max— y después, inocentemente, en una frase inocente, disparar como una flecha el pérfido «usted»: ¿Así que ha pasado usted sus vacaciones en el mar Negro? ¿Y su esposa soporta aquel calor en verano?

El arte de no darse por enterado, de no dejar traslucir la sorpresa, de mantenerse en las posiciones que uno ocupaba: ¿Me permites que te invite a un café? —Si a usted le parece… —¿Fumas? —Si usted me tienta…

La alta escuela cuyas enseñanzas una domina sin haberlas aprendido. Y en medio, en el tono forzadamente ligero que parece haber sido acordado tácitamente, mi pregunta: ¿Por qué yo?

El golpe falló. Era imposible cogerle por sorpresa, yo debía haberlo sabido. Imposible arrancarle una salida de tono, su respuesta es inteligente y controlada, un juicio que no tengo más remedio que aceptar:

También a ti se te exigirá sólo lo que puedas dar.

Cuánta razón tiene usted siempre. Dejémoslo.

Mi amigo Peter, aquella tarde en que le miré a los ojos por última vez, sabía muy bien qué era lo que estaba en juego —como yo. Su pregunta era una última apelación a que yo jugara limpio, y yo dejé pasar la oportunidad de explicarle que en la vida no todo se reduce a las normas de la noble competitividad deportiva. Yo le observaba con dolor y simpatía. Un gigante domado. Nunca, más tarde, hemos vuelto a hablar de aquella tarde de otoño, cada uno por una razón distinta. Él, porque estaba decidido a no mirar atrás. Yo, porque me reprochaba no haber parado la imparable pérdida de

un amigo. Durante un tiempo todavía seguimos jugando los tres, también Marianne que adelgazó en aquellos meses. Pero el final no lo marcó ella sino él, el que había sido mi amigo Peter. Un buen día se marchó con aquella mujer rubia de piel morena.

Precisamente cuando él, mi amigo Peter, estaba empezando a aburrirme, pasó nadando y, como siempre, sin que nadie le hubiera llamado, el Pez Dorado —el mismo del que Peter en sus mejores días sabía contar cosas tan extraordinarias. Buenos días, Pez. Por suerte él me reconoció. Has tardado mucho. Vámonos. Ninguno de nosotros dos puede hacer nada por nuestro antiguo amigo Peter. Él y nosotros —puede que algún día nos encontremos cara a cara como no-amigos. ¿No sería mejor que mañana le llame por teléfono una vez más y le felicite por su título de doctor sin disfrazar la voz? Quién soy yo para negarle un par de frases hechas que quizá son precisamente las que le hacen falta para que su satisfacción sea completa… Y si no le hacen falta —tanto mejor. Él tendrá suficiente tacto como para no invitarme a casa de su hermosa mujer, y yo la delicadeza de evitar las expresiones que sirven para calificar una conducta como la suya. Así es que podemos coexistir gracias a lo que no hacemos. (Según la norma fundamental del código de la circulación: «Prudencia y atención recíproca…»)

No estás satisfecho, Pez. Vaya mérito. Un Pez Dorado puede permitirse el lujo de ser exigente. Yo, Pez, he de esperar. Es verdad que entre las acciones que, de momento, llenan mis días va creciendo el deseo de sinceridad hasta que llegará el hermoso instante en que arrojaré el auricular del teléfono y me negaré a recitar las frases hechas. ¿Lo dudas, Pez? Pero ese día vendrá, de eso estoy segura. Sólo entonces sabré cuál de los bienes de la vida que se reparten aquí, en esta calle, es para mí y si estaré preparada para recibirlo. Porque ésta es la calle —¡no puedo creer que no lo supieras, Pez!— donde se produce sin cesar el grande, el justo intercambio hasta que cada uno ha obtenido lo que le corresponde: la maestrita de Turingia, por el momento, su aldea perdida, su clase de niños indomables y su nostalgia de los domingos; la muchacha (tú la conoces, ¿no es cierto, Pez?), los largos días en la fábrica de bombillas y las largas noches solitarias; Peter, el afortunado, su hermosa mujer y, dentro de mucho tiempo, la pesada y fría piedra con la que seguramente habrá de conformarse algún día; y yo —¡ay!

—, algunas cosas que no merecen el desprecio que adviertes en mi tono.

Ven, mi Pez maravilloso. Vamos a ver los nuevos escaparates resplandecientes ante los que la gente se detiene y cuenta mentalmente su dinero. Tu presencia les intimida, Pez, furiosos y ofendidos escapan, se quejan, no te respetan. Déjales, yo te lo enseñaré todo.

Y me sigue confiado, mudo como es. Le muestro el arte popular búlgaro; las alfombras le gustan, sobre todo las blancas de piel de cordero. Sacude la cabeza como lamentando que sean tan caras. Después nos detenemos ante la tienda de objetos de cuero que huele tan bien, pero nos damos cuenta de que no nos dejarán juntos. Le muestro el monedero del escaparate, el que desde hace tiempo me gustaría tener, adornos dorados sobre tafilete rojo, sí, a él también le parece bonito. Saco mi viejo monedero para que me dé la razón: qué vergüenza, qué desgastado está. Satisfecha lo guardo de nuevo. ¿Te interesan quizá las joyas?, le pregunto con tono severo. No le interesan. Así, pues, podemos cruzar la calle e ir a mirar los libros.

La calle vuelve a estar concurrida, con qué rapidez se acostumbra la gente a la presencia de un Pez. Una belleza estúpida que lleva un abrigo de color amarillo canario quiere arrebatármelo porque parece ser que el color del Pez está a tono con su abrigo. Él no le concede ni una mirada. Me parece que tiene aire de señor maduro y reposado. A la vista de los libros lamenta seguramente no saber ruso. Le traduzco un par de títulos y él me escucha cortésmente. Si te aburres, Pez, le digo, sigue. Puedes seguir tu camino, no dejes de ninguna manera que yo te detenga. Por qué será que los peces lo toman todo al pie de la letra. Insinúa una correcta reverencia y se marcha. Y eso que todavía no estaba dicho todo, ni mucho menos.

El Personaje Anónimo —quizá sigue yendo cada jueves a las catorce horas a la cafetería, pero por nada del mundo debo cruzarme ahora en su camino— nunca tendrá conocimiento de este personaje que provisionalmente se llama «Pez». ¿Por qué no? Porque yo no soportaría ver a mi Pez Dorado cortado limpiamente en dos o tres rodajas (hay que tener en cuenta que mi Desconocido es médico cirujano). Porque no quiero ver cómo extrae hábilmente la espina dorsal, la sostiene en alto para observarla y después la

arroja por encima de su hombro: qué chorrada.

Él utiliza esa clase de palabras.

Vuelve, Pez hermoso, vuelve. No vuelve, él nunca vuelve cuando le llaman. Ahora camina por la Friedrichstrasse en dirección hacia la Puerta de Oranienburg acompañado del abrigo amarillo canario y acoge el homenaje de la juventud que asalta las tiendas para comprar pañuelos de su color: oro. Ay, Pez, la de amarillo canario será tu perdición. ¿Qué clase de perdición? Esto es precisamente lo que teníamos que haber averiguado juntos, pero tú has preferido dejarme sola.

Sola con el reflejo del hotel Linden en el cristal del escaparate de la librería y la voz que detrás mío informa en inglés con acento sajón a una voz genuinamente inglesa de que nuestro nuevo hotel Linden igualará e incluso superará muy pronto los servicios del Hilton americano. Junto con el Pez hubiera podido imaginar uno a uno los treinta servicios posibles e imposibles, desde la limpieza de zapatos hasta el préstamo de paraguas y, además, los huéspedes que podrían hacer uso de estos servicios.

En un momento de descuido aparece en el cristal del escaparate y en lugar del hotel Linden un paisaje de ruinas donde el viento silba a sus anchas y donde crecen las malas hierbas, cruzado por un sendero hecho por el paso de miles de pies. Por ese sendero caminan tres personajes que me parecen conocidos. Me giro al instante; no he sido suficientemente rápida. Mi paisaje ha desaparecido. Nosotros tres, que con nuestros vestidos pasados de moda desentonamos entre el público tan bien vestido, vamos sorteando los coches aparcados hasta llegar al hotel Linden. En los bolsillos de nuestras trincheras escondemos las tarjetas blancas donde pone «Distintivo de auxiliar de la campaña electoral» y queremos explayarnos sobre el desacreditado calificativo de «legal» que acaban de machacarnos en la sede de los sindicatos. Nunca habíamos sido tan legales, dice nuestro amigo Peter; coge a Marianne del brazo y echa a correr hacia la escalera del metro de la estación de la Friedrichstrasse y un cuarto de hora más tarde salta a la escalera de la estación de Bellevue. Esto no ha de afectarle a usted, muchacha, en aquel momento usted tenía ocho años y faltaban doce para que se encontrara con él. Es sólo para que sepa con quién tuvo que habérselas entonces.

El blanco en el ojo del enemigo. El policía como si hubiera echado raíces en el vestíbulo de la casa, nosotros bajando despacio la escalera acercándonos a él y mi amigo Peter pasando indiferente muy cerca de él: ¿Qué hay, compadre? Ni siquiera quería ver nuestros distintivos de auxiliares de la campaña electoral, tenía en la mano uno de los folletos que acabábamos de echar en los buzones de ese distinguidísimo edificio de viviendas para funcionarios y señalaba con su grueso dedo un punto que según su opinión debía haber llevado un sello de autorización. Sólo dijo: ilegal. Sígame.

En casos así, muchacha, uno no muestra sorpresa. Sin siquiera preguntarse el porqué, uno rompe su distintivo de auxiliar de la campaña electoral según las instrucciones que ha recibido. Uno sigue al policía protestando, pero si ese uno es mi amigo Peter se planta delante del arrapiezo descalzo que está sentado en el bordillo de la acera y grita: ¡Que cuelguen a los cerdos comunistas! ¿A todos?, pregunta Peter con tono ligero y levantando la barbilla de la criatura cuyos ojos se agrandan por el miedo. Piénsatelo bien. Sería mucho trabajo.

¿Desde cuándo en Europa central se cruza la calle con el semáforo en rojo, señora? La señora soy yo y un guardia de tráfico me endilga un largo discurso que culmina en la constatación de que no tiene nada que ver el que el cruce esté libre o no. Rojo es rojo, y ésta es la cuestión fundamental. Entretanto el semáforo se ha vuelto a poner en rojo.

En todo caso, cuando siete días más tarde nos encontrábamos libres de nuevo delante de la cárcel de Moabit,[1] Peter —espero que no le resulte penoso que vuelva a hablarle de él— nos prohibió tajantemente arrojar ni un solo marco de nuestro honrado dinero a las fauces de los traficantes y especuladores de Berlín Oeste para que éstos pudieran hacer sus operaciones de cambio fraudulento (el problema era conseguir los billetes de vuelta del metro). Prefirió pasarnos de contrabando con su pase de estudiante caducado, con lo que nos vimos obligados a estafar a nuestro estado, al que van a parar los ingresos del metro, los sesenta «pfennig» del precio del billete. Con su pensamiento dialéctico, Peter aplicó a este caso extraordinario la teoría del mal menor y después se fue directamente a exponer su opinión a los mandamases de la oficina

electoral —aquí al lado, en la sede de la Federación Libre de Sindicatos, muchacha—. ¡Hubieran debido advertirnos de que llevábamos material ilegal! —La respuesta fue que, bien, de todas formas habíamos vuelto, habíamos recuperado nuestra libertad y puesto que habíamos sido encerrados habíamos cumplido de sobras nuestro cometido y además debíamos dejar la elección del material de agitación a los camaradas que tenían una visión más global de la cuestión.

Táctica, nos dijo Peter una vez en la calle. No es fácil ver claro en estos problemas.

Sólo para que usted sepa a qué atenerse, muchacha. Para que usted no tome a una por loca cuando parece que las paredes del nuevo hotel se tambalean y se vuelven transparentes como si no existieran. Cuando usted apareció por primera vez en este cruce, señorita, a sus diecinueve años, sin nada más que su ingenuidad, la calle estaba en obras, estaba surcada de fosos y sacudida por los golpes, ya lo sé. Durante largos meses, para llegar a la universidad tuvo que pasar haciendo equilibrios por los tablones.

También aquella mañana, antes de la primera clase con el nuevo profesor de la que usted, según afirma y es verdad, no esperaba nada. Pero con la mano en el corazón y para ser sincera, ¿es del todo cierto? ¿Acaso las cosas nos suceden sin advertirnos antes? ¿Es posible que una se detenga un momento completamente desprevenida en la puerta del aula (esto sólo como ejemplo) porque ha llegado tarde y luego se deslice de puntillas hacia el asiento de la esquina que le guardaba una amiga? ¿Es casualidad que no se olvide al punto la mirada indiferente del joven profesor que acaba de comenzar su primera clase para los estudiantes de los primeros cursos?

Es como si en este momento se me cayera una venda de los ojos: ¿acaso ella no ha estudiado historia? ¿Es que no puede —¡o debe!— haber sido su profesor mi viejo amigo Peter? ¡Así, pues, él!

Por otra parte, ¿por qué no él?

No tiene que explicarme nada sobre el poder de las miradas. Que como el más traidor de los venenos empiezan a dejar sentir su efecto más tarde; por ejemplo, mucho después de acabada la clase una se encuentra en el seminario leyendo alguna cosa sobre la constelación de poderes que condujo a la Primera Guerra Mundial y

en aquel momento una se siente tocada y entonces es mejor cerrar los libros y marcharse a casa. A pesar de que usted ya conocía esa mirada cuando se probaba el vestido para el baile de fin de curso en su habitación de soltera. ¿Acaso no fue por esa mirada que después del baile despidió usted a su amigo que aún hoy no ha perdido todas las esperanzas? En todo caso, y porque esa mirada se hacía esperar tanto, usted se puso a recorrer de arriba a abajo y con los pies descalzos la deshilachada alfombra de su habitación realquilada en casa de la señora Kosinke, la cartera, cerca de la Puerta de Oranienburg, arriba y abajo sin parar, de manera que incluso Otto, el hijo de la cartera que tenía quince años y que era capaz de comprender muchas cosas en este mundo, lo aceptaba con dificultad.

Las moscas caen en las paredes, Otto, ¿te das cuenta? —Pues claro, señorita, empieza a hacer frío, ¿de dónde van a caer si no? —Tu hermana Uschi, Otto, la que está aquí colgada en la pared, está absolutamente satisfecha, ¿a que sí? —¿Ésa? ¡Ésa es absolutamente feliz con tal de que pueda ponerse su gorro de azafata! —Una vez nos hicieron escribir una redacción, Otto, se titulaba: ¿Qué es la felicidad humana? —Esto ya no es frecuente ahora, señorita, ya no hay tanta preocupación por lo abstracto. ¿Qué escribió usted? —Ya no me acuerdo, Otto. Lo he olvidado por completo.

Después de la tercera a cuarta clase con mi amigo Peter, la muchacha, terca y desconfiada como es la juventud de hoy, pensaba constantemente y en todo lugar si los efectos de ciertas miradas sobre ella sufrirían algún desgaste (no fue así, no se desgastaron) — así, pues, aquel día en que en la nueva charcutería que hay bajo las arcadas de la esquina de la Friedrichstrasse vendían por primera vez salchichas de Praga y a duras penas podían dominar la aglomeración, aquel día la muchacha estaba donde estoy yo ahora, bajo las arcadas; obstaculizaba el paso de los clientes que se aglomeraban y se comprometió en una decisión sin testigos: olvidar a partir de ese segundo qué es lo que una puede permitirse sentir; lo que está bien y lo que no está bien; lo que una puede perdonarse a sí misma y lo que es más fuerte que una.

Ésta es la descripción de unos hechos, muchacha, nosotras dos lo sabemos, pero no nos creerán fácilmente. El señor Anónimo que disponía de todos los datos de su historia y me los expuso uno a uno

me pidió que le presentara mis contrapruebas. De lo contrario uno se mueve en las tinieblas, me dijo, y yo me asusté de lo ciego que estaba ya. El día que espero porque entonces ya nadie se interpondrá entre yo y los que quieran creerme, ni siquiera yo misma, ese día me arrancarán de las manos las tonterías más absurdas como si fueran la pura verdad, y así me obligarán a decir siempre la verdad, nada más que la pura y absurda verdad. Pero hoy busco todavía el tosco pilar de piedra en el que me apoyé, como si pudiera servir para probar que hace tiempo usted también estuvo aquí. Ya ve hasta dónde soy capaz de llegar. Pero, ¿hace falta decírselo a usted?

Pasaba gente por mi lado, yo no conocía a nadie. Un hombre me saludó. Tampoco a él tenía por qué conocerle, mi censor de sueños, menos estricto que tú, no me lo tomó en cuenta. De pronto me acordé, aquél había sido compañero de trabajo; durante todo un año trabajó en una mesa al lado de la mía en una oficina. Ahora también él pensará que soy orgullosa. Esta lamentación fue considerada como una excusa y rechazada. Se me recomendó que me mantuviera bien despierta. Que no soñara. Y que recordara.

Que recordara ¿qué?

Respuesta sarcástica: ¿Acaso necesitaba ayuda?

No lo vas a creer, se trataba de una especie de interrogatorio. ¿Qué iban a ganar ellos con que yo recordara determinados detalles? ¿Puesto que yo había reconocido que ya había tenido que defender una vez a la muchacha? Las preguntas se sucedieron: ¿Cuándo? ¿Dónde? Yo me impacienté. Fue en diciembre, ya lo he dicho, junto a la barandilla de la escalera de la Biblioteca Nacional cuando se me… ¿Quién es «se»? Pues aquel Personaje Sin Nombre, el Anónimo, el que me negaría a entregar a cualquier instancia.

¿Ah, sí? Eso ya lo veremos. ¿Qué le dijo él, por cierto?

Qué cosas dicen. Que si mi suposición era acertada (era más que una suposición; era una certeza), la muchacha no se había deslizado a ciegas hacia su desgracia (yo había afirmado: si lo hizo, fue porque tenía que hacerlo) —bien, así que ella se había lanzado con los ojos abiertos, pero él no veía qué podía cambiar eso. Querer destruirse a sí misma por puro orgullo o ser arrastrada por un alud, en ambos casos el resultado es el mismo.

¡Oh, si usted supiera cuán equivocado está!

De nuevo esa sonrisa, ese levantar las cejas: ¡Como si tú la conocieras!

¿Y si así fuera?

Entonces le vi pestañear y pude escuchar en su voz el tono que quería oír: ya sé a dónde quieres ir a parar.

La palabra pasión. Nunca antes la había oído en una conversación normal, en una conversación como la que se puede entablar en un vestíbulo indolentemente apoyados en la barandilla de la escalera. La pasión como indómito exceso de impulso. Esa muchacha con su loca pasión. Como si una no pudiera cansarse de oír esa palabra una vez que se habían roto las barreras. La pasión y todos los extravíos humillantes que siempre, pero sobre todo hoy en día, están irremisiblemente encadenados a ella…

Ah, por favor, dije en un susurro, ¿pero usted no habrá inventado a esa muchacha?

En ese momento le vi algo desconcertado. ¡Qué ideas se te ocurren!, dijo, ¡inventar! ¿Para qué?

Bien, eso estaba muy claro, con el fin de desanimar. Al verse descubierto él interrumpió aquí el diálogo por esa vez.

Otra vez arriba y abajo por la alfombra, señorita, y en la televisión están dando un partido de fútbol. —¿Es verdad que caminaba, Otto? Pero ahora es muy distinto…

Me aconsejaron que me atuviera a los puntos del orden del día —a mí, que antes corría en pos de maravillas mucho más insignificantes. He aquí una capacidad que creía perdida y que precisamente empezaba a echar de menos —señal de que volvía a ser necesaria. Nadie puede vivir de sus fantasías, añadió él.

Así habló él conmigo. Ahora ya lo sabéis y podéis daros por satisfechos.

Él incluso bromeó, se burló de una que había emprendido una peregrinación para conocer el miedo.

¿Y qué?, dije yo, ¿llegó a conocerlo?

¡Perfectamente!, me aseguró. No tendrías ni que preguntarlo.

Bueno, dije al final, y esa vez fui yo quien dijo la última palabra, en ese caso ha obtenido lo que quería.

Su expresión era de desconcierto, pero eso fue todo. Naderías, tal como yo había predicho. Podemos concedernos un reposo. Otto ha invitado a la muchacha a cenar con los Kosinke. Yo iré a echar

un vistazo a los vestidos que tienen en «Sibylle».

Mi censor de sueños se comporta como un hombre de mundo, pone los semáforos en verde, me abre las puertas, me cede el paso como a una reina, hace girar los soportes donde están colgados los vestidos con un impulso cargado de ironía, me eleva a la categoría de única clienta y ha prohibido a las vendedoras que hagan la más leve mueca, cosa que, por lo general, hacen sin ningún rubor. Yo me doy cuenta de todo pero no quiero estropearle el juego. Dejo que me adjudique el vestido de color maíz y asiento con aire indiferente. Si se empeñan, les haré el favor de quedármelo; pero he sido más lista que ellos: el vestido me sienta bien, me gusta mucho y quiero quedarme con él. Con airé despectivo dejo que pague por mí. Seguramente, esto es lo más conveniente en estos casos, además queda sobreentendido que no me compromete a nada. Con la cabeza alta y mi vestido nuevo me encuentro de nuevo en la calle y puedo decirme que esta vez he actuado bien: he tomado lo bueno y me he mantenido incorruptible. Ésta es la manera como hay que proceder en todas las ocasiones, manifiesto a mi censor. Ésta es la manera de proporcionarse elevados sentimientos sin fijarse en el que se esconde en un rincón y observa burlón.

Pero él no me mira con aire burlón, sino que aprueba mi actuación —modestamente, me lo hace notar. Más que eso, para ser justa he de reconocer que la idea ha sido suya. Pero yo no quería ser justa. Le dije que nadie podía esperar de una persona que se mantuviera ligada por mucho tiempo a un aguafiestas. Él lo reconoce así al instante, sin más, repite varias veces, sin más, y me pide que no haga caso de su presencia, como si él hubiera desaparecido y añade que a partir de ese instante he de sentirme definitiva y completamente libre.

Entonces me enfurezco y le llamo sinvergüenza. No es él quien tiene que darme la libertad. Soy yo la que se la toma.

Claro que sí, dice humildemente.

Soy demasiado orgullosa como para empeñarme en pronunciar la última palabra.

La hermosa libertad de no tener que saber lo que sé —ésta me la he tomado hace tiempo. Ya entonces, cuando Max empezó a facilitarme informaciones. Él, que había encanecido con honorabilidad, empezó en su vejez a inmiscuirse en las cosas de este

mundo; sus procedimientos eran burdos pero me enternecían y yo era incapaz de decirle a la cara que me mentía cuando trataba de insinuar que actuaba «por encargo». Me tomé la libertad de creerle de vez en cuando para poder acudir a una cita urdida de manera bastante poco hábil sin tener que perdonarme nada. Oye, no me encuentro muy bien, ¿puedes pasarte por mi casa sobre las cinco? La misma frase dirigida a otro número de teléfono. Un médico no negará una visita a un amigo que se encuentra algo enfermo. De manera que casualmente aparecen en su casa dos caras conocidas al mismo tiempo y fingen exactamente el grado de sorpresa que Max podía esperar de nosotros. Suponiendo que él, que por desgracia llegó más tarde que yo (el primero en llegar puede caer fácilmente en el papel del que espera), supo fingir tan bien como yo, a no ser que estuviera sorprendido de verdad.

Una actuación que hubiéramos podido repetir una buena docena de veces si nos lo pedían. Nos lo pidieron, de eso puedo dar fe. Pero no lo concedimos. Aquel mismo día por la tarde llegué a la conclusión de que Max había hecho de director de escena, y además por mi causa. *Sólo* por mi causa (tú sabes que muchas veces prefiero la explicación más insoportable). Por eso no habrá más repeticiones y a partir de hoy el único director de escena será el azar.

El puro azar sin concesiones. Esto es algo que ven claro los que son favorecidos por el destino, pero es una funesta muestra de orgullo y precede a la caída. La cabeza maquina sin parar ocasiones y combinaciones audaces que ningún azar que se precie debería dejarse escapar. Por ejemplo, en cualquier cruce un determinado Wartburg azul puede sufrir un pequeño accidente, por casualidad una se encontraba cerca y puede ofrecerse como testigo de la inocencia del conductor… Por ese estilo.

Pero hoy en día las casualidades ya no son lo que eran si hemos de creer a las literaturas antiguas. Y el orgullo se le disipa a una sin dejar rastro, a más tardar el quinto día por la tarde. Después una se arrastra todavía durante tres o cuatro días más que no querría volver a vivir. Al noveno día por la tarde, sobre las cinco, una llama a una puerta. Así que te has decidido a venir, dice Max, que está más delgado y no se deja engañar. Nuestro común amigo está en el extranjero, en viaje de estudios.

Eso no podía saberlo ningún azar y me siento un poco

consolada. Cuánto tiempo estará fuera —tres semanas, cuatro—, ya me es indiferente, porque últimamente el tiempo se mide en segundos. Me pareció que la espera podría venirme bien.

Entretanto, la muchacha a quien no se conceden pausas ni consuelo, ha de pasar a la acción. Porque le aprietan la tuerca aunque sólo sea una vuelta cada día; esto es lo que de un día para otro marca la diferencia entre lo soportable y lo absolutamente insufrible. La secretaria de la Facultad que no está al corriente de nada se niega a asumir el papel de aliada, no quiere darle la dirección porque un trabajo se entrega al profesor después de la clase, es decir, ayer o pasado mañana.

No. Hoy.

Ella ni se ha dado cuenta de la trascendencia de la información que tiene en sus manos. ¿Cómo, también el número de teléfono? Está bien, de acuerdo, quizá sea mejor que le llame usted antes.

Resulta que no es mejor. La muchacha se dirige a la central telefónica de la estación de la Friedrichstrasse y entra en la cabina de la derecha, la que está detrás de la puerta de cristal. Marca el número de memoria. Una voz de mujer contesta (yo la conozco pero la muchacha no: es Marianne). Tres veces pregunta: ¡Hola! ¿Quién es? ¿Quién es? ¡Conteste! En ese momento cuelgan. Seguramente alguien que se había equivocado de número, dice Marianne a mi amigo Peter que está sentado a su mesa de trabajo junto a ella, y que le hace coger el teléfono porque con frecuencia le ha de hacer decir que no está.

No pasa nada y nunca pasará nada. La frase va dirigida a Otto Kosinke que se hace el escéptico y arguye que en la naturaleza nada se detiene y que ésta es una ley que también puede aplicarse a la sociedad humana según le ha demostrado hoy su profesora de historia. A partir de aquí la muchacha guarda sus dudas para sí, puesto que no atañen a los procesos generales sino a algo muy particular. Conmigo no pasa nada, Otto, y ésta será la mejor desgracia. Ya lo verás.

En estos casos es mejor dejarlo todo y salir a pasear, como he hecho yo hoy aunque mis motivos son distintos, porque yo tengo una cita. Ya era hora de recordarlo. Pasa la tienda de lencería fina, las pelotas y muebles de camping del escaparate de la tienda de deportes, los últimos compromisos pegados en el tablón de anuncios del comité central de la Juventud Alemana Libre. Casi me dejo

engañar y creo caminar sobre adoquines reales, bajo tilos reales. Hasta que un dedo tan duro como el cañón de una pistola se clava en el punto preciso de mi espalda que conocemos por las películas del cine negro. Sígame disimuladamente, dice Max, en un tono que no pretende asustarme. Pero él sabe que a pesar de todo estoy asustada porque sé que está muerto. Tendrás que admitir que un sueño en el que suceden estas cosas puede muy bien derivar en algo imprevisible. No dejo que él, Max, lo advierta. Hola, Max, digo con acento despreocupado. Ya se sabe qué efectos causa este tipo de despreocupación en los afectados por ella.

Hola, dice él. ¿Qué, aún estás en las mismas?

No, respondo con firmeza. No, Max, en absoluto. Hoy tengo una cita.

Naturalmente, él ya estaba enterado. Podría abandonar su eterna actitud de sabelotodo, pero no lo hace. Nos sentamos en dos sillas que quedan libres en el paseo central. Te estás dejando ir, dice él. Hace demasiado tiempo. ¿No crees?

Yo me callo obstinada y él cambia de conversación. Él —a quien nada puede importar menos que los vestidos femeninos— elogia mi vestido nuevo. No hubiera debido hacerlo. Furiosa, le largo una sarta de denuestos. Por su insoportable paciencia, por su desagradable discreción, su inagotable delicadeza y su ingenua fe en el progreso. Todo eso te hemos reprochado, le digo. ¿Y sabes cuándo? El día de tu entierro.

Directamente desde el cementerio municipal de Santa Dorotea, una vez finalizados todos los honores públicos, nos fuimos al bar El Gallo y estuvimos hablando mal de ti, él, a quien tú llamas «nuestro común amigo» y yo. Hablando de Max, a quien en nuestras conversaciones ya llamábamos «el viejo» desde hacía tiempo. El viejo, que ha conseguido hacer mutis a tiempo, antes de llegar a la situación de aprobar todo lo establecido simplemente porque está establecido.

Estuvimos tomando vermut y después coñac soviético. Fue la única vez que bebimos juntos y nos dimos cuenta de que teníamos talento para ello. Levantábamos nuestras copas y brindábamos por el viejo, sólo por él. No hablamos más que de él, del viejo, de aquel tunante. Así le llamaba «nuestro común amigo» después del tercer coñac. Aquel tunante, ahora todos le lloran. ¡Y de qué manera! Si

hubiera vivido, dentro de cinco años hubiera caído en el olvido. ¿También para usted?, pregunté yo. Naturalmente, dijo él. Por quién me tomas. Yo también prefiero ahorrarme el dolor. Como cualquiera.

Oh, claro, dije yo. El señor Cualquiera se gasta su dinero para que la economía socialista florezca, pero ahorra con sus sentimientos. El colega Cualquiera empieza a conocer el éxito.

¿Sabes cuál fue su respuesta, Max? Dijo: No me insultes al viejo.

Déjalo, dice Max. No des demasiada importancia a estas emociones. La mala conciencia de los vivos. Es normal. Como si los muertos tuvieran razón sólo por el hecho de estar muertos. Te lo digo por experiencia, la muerte no demuestra nada. Además fue muy decente por vuestra parte que no me estropearais la vida *a posteriori* con falsas alabanzas.

Le pregunto cómo empieza. ¿Cierta inquietud primero? ¿Insomnio? ¿Más tarde un tirón en el lado izquierdo del pecho? ¿Una sensación de presión? ¿El dolor hasta el brazo? El médico que se encoge de hombros: mis aparatos no registran nada. Sólo que se repite con mayor frecuencia cada vez, y no sólo en ciertas ocasiones, sino también al pensar en esas ocasiones. ¿Se presenta un jadeo? Dime la verdad, Max, no tienen por qué engañarme: empieza así, ¿no es cierto?

Max ya había escapado. Así, pues, yo también me levanté. Seguí por el paseo central caminando lentamente hacia la Puerta de Brandenburgo entre los turistas que se dirigían hacia el mismo objetivo pero no disponían de tanto tiempo como yo. Un guía distribuía caramelos y pequeñas manzanas rojas entre los miembros de su grupo. Me di cuenta de que tenía el paladar reseco y de que necesitaba algo refrescante. Me vi con una pequeña manzana roja en la mano. Yo no formo parte del grupo, dije, pero él rechazó mis protestas con un gesto generoso. Inmediatamente mordí la manzana y me pareció extraordinariamente refrescante. Se lo dije a un muchacho que caminaba a mi lado y que, puesto que también estaba comiendo una manzana, debía pertenecer al grupo de mi guía.

El muchacho no compartía mi entusiasmo por la manzana y se mostraba bastante parco en palabras. Me excitó. Creo que le conozco, le dije. Yo también a usted, replicó sin emoción. Ignoro

qué era lo que me impedía tratarle como al tipo desvergonzado que seguramente era. Ignoro qué me impulsó a hablar con él a pesar de que era de prever que de ello no sacaría más que disgustos. Ya estaba empezando a preocuparme por mi mala memoria para las fisonomías. Ya estaba disculpándome ante el muchacho sin que él cambiara de actitud por ello. Me dijo que le importaba un bledo que le reconocieran o no. Que para algunos era importante ser conocidos, como si fueran bichos raros, para él no lo era. Ahora empezaba a temer que mi insistencia acabaría por molestarle pero, como sucede muchas veces en sueños, no veía posibilidad alguna de apartarme de él.

Entonces me fijé en una mujer que caminaba delante mío comiendo una manzana, claro. Era alegre y regordeta y llevaba un vestido azul claro muy apretado. Yo sabía, Dios sabe de qué, cómo era su vestido por delante: llevaba una doble hilera de botones blancos y en el pecho llevaba un gallo bordado sobre el bolsillo derecho. Olvidé al muchacho desvergonzado, adelanté a la mujer y me convencí de la verdad de mis predicciones. Reconocí incluso el hoyuelo de su mejilla izquierda. La mujer me saludó con la cabeza como si fuera una antigua conocida, yo me armé de valor y le pregunté si nos conocíamos. Ella sonrió bondadosamente y señaló el gallo bordado en su pecho. Bar El Gallo, dijo.

Me asusté más de lo que puedo decir. Ahora sé hasta qué punto puede asustarse un malhechor que trataba de mantener oculto su delito y de pronto se ve rodeado de testigos. En ese momento supe con quién tenía que enfrentarme y los reconocí a todos, uno a uno.

La pequeña y vivaracha vendedora de la Cooperativa de Producción de Moda de Caballeros, de pelo negro y ensortijado, caminaba del brazo de la camarera del Bar El Gallo. Aquel día casi la volví loca pidiéndole un doble exacto de la corbata de luto —negra con rayas grises— que se había estropeado con unas gotas de vermut. Ahora podía estar segura de que ella sacaría de mi bolso el paquetito de papel de seda con una sonrisa burlona y mostraría a toda aquella gente la corbata manchada de vermut blanco. Y que un detalle tan pequeño como éste puede convertirse en la última y definitiva prueba en cualquier juicio oral —¿quién podría ser tan ingenuo como para ignorarlo?

También la telefonista de la central de la Alexanderplatz parecía

ser amiga de la vendedora de Moda de Caballeros. Todos estaban confabulados. Ellos, a quienes ha sido otorgado el don de olvidar los propios delitos, poseen la conciencia más tranquila del mundo. Me gustaría ver la cara que pondría si le recordara que aquella tarde de otoño me hizo esperar una hora entera para una conferencia urgente con Jena mientras ella llamaba cinco veces a su novio y le pedía cuentas de cada minuto de la tarde anterior. Naturalmente, ella escuchó luego mi conversación para, cuando fuera preciso, poder prestar declaración al respecto.

Primero me contestó una voz femenina profesional a la que tuve que decir el nombre del señor Anónimo. Ésa fue la única vez que pronuncié entero su nombre junto con el mío. Por lo visto había que buscarle. En aquel centro de investigaciones farmacéuticas nadie parecía tener la más leve noción del valor de un minuto. De todas formas él jadeaba cuando se puso al aparato. Ya sabía que a Max le quedaban pocos días de vida. Sí, iría al entierro. De dónde había sacado su número de teléfono. De su última carta, le contesté, Max me la había dado por si hacía falta avisarle con urgencia. Eso es muy propio del viejo, dijo. Sí, podré arreglarlo. Iré.

La señorita de teléfonos, por muy lista que sea debajo de su lentitud nada podrá declarar acerca de cómo pasé en realidad aquella hora de espera sentada en un banco delante de su ventanilla: ordenando treinta palabras en un texto que no debía revelar nada pero decir todo lo que había que decir. Sólo que cuando oí su voz lo olvidé por entero.

Detrás de los demás, y como si no formara parte del grupo, marchaba cojeando el canoso revisor del metro de la estación de Zentralviehof. Su descontento era impersonal, no lo refería a mi persona, tampoco por aquel entonces. Él no se fijó en mí pero, como era de esperar, estaba también dotado de esa memoria inapelable y, naturalmente, también había sido llamado como testigo para, en el momento oportuno, declarar cuándo y de qué manera le había preguntado por una calle determinada cuando se encontraba en su puesto de revisor. Así es que el nombre de la calle saldrá a la luz pública y el revisor recordará que yo insistí para que me diera una información que él, por piedad o por capricho, hubiera preferido negarme. Porque ¿de qué iba a servir mi peregrinaje a esa calle? Mi ferroviario recibirá una amonestación: Aquí quien hace las

preguntas es el juez. ¿Qué impresión le había causado yo? ¿Nerviosa? ¿Serena? Mi revisor no está acostumbrado a estas palabras. Vacila. Le ayudan: ¿Excitada? ¿Tal vez incluso loca? Él asentirá con la cabeza a cada una de estas palabras y quedarán satisfechos de él. Estas palabras les gustan a los que estarán en el juicio oral.

Después ya sólo le preguntan a qué hora pasé por su puesto. A esto puede responder lisa y llanamente: a las diecisiete horas y doce minutos. Gracias, puede retirarse. Ahora le toca al jovencito desvergonzado, por fin le reconozco: mi taxista, el que el día de autos (el siete de febrero de este año) me llevó a casa desde la esquina de la calle repetidamente mencionada —¡a altas horas de la noche, Alto Tribunal! Él lo confirma, tampoco ahora muestra emoción alguna, esto es lo que más me ofende. ¿A qué hora exactamente me recogió de aquella esquina? Protesto, Honorable Señor, digo yo, asumiendo mi propia defensa. Sus palabras sugieren abandono, criminalidad. Se acepta la protesta y se elige otra expresión: ¿A qué hora le hice señas? Hacia las veintidós horas, acababa de empezar mi turno de trabajo. Por otra parte, durante todo el trayecto de un extremo de Berlín al otro (yo había redondeado el precio de la carrera de diecinueve marcos con treinta a veinte marcos) yo no había cambiado ni una palabra con él. Como si una sola palabra me hubiera parecido demasiado.

En el silencio que sigue a esta declaración objetiva cada cual está ocupado en sus cálculos. El día siete de febrero pasé cuatro horas y cuarenta y ocho minutos de tiempo centroeuropeo en aquella calle, pero nadie dirá ni una sola palabra acerca de ello. Su intención no es avergonzarme, sólo están encargados de probar mi culpabilidad. De manera imparcial y para mi bien cumplen su misión.

Por ejemplo, aquel hombre, el alegre guía turístico que nos ha conducido hasta el pequeño muro que hay delante de la Puerta de Brandenburgo; él que no puede tener nada contra mí, sólo que un día entré en su agencia de viajes, cogí un par de folletos y miré los carteles publicitarios que tenía pegados en las paredes (y sin saludar siquiera salí rápidamente, tampoco me descubrí definitivamente pidiendo información sobre viajes de fin de semana para dos personas) —ese hombre pues, que no sabe nada, tiene que emitir el

veredicto. ¿Qué va a decir? Ya lo sé. Se me comunicó hace bastante tiempo, mientras cumplía la condena humana: terribles amenazas penden sobre el amor, no sólo por causa del rival sino por causa del mismo amante.

Sin decir nada, porque la palabra me ha sido retirada desde hace tiempo, me volveré para salir. Si hay puertas, el pequeño y simpático ascensorista del hotel Linden me las abrirá amable y discretamente. Su declaración (la única que realmente hubiera podido perjudicarme) ya no es requerida. La medida está colmada. Pero en la calle me espera mi impertinente taxista y me ofrece sus servicios para cumplir su horario.

No hay apelación posible. Lo sé. Lo he sabido siempre. Que algún día no podría apelar a nada. Había caído en la trampa.

El pánico se apodera de mí. Reuniendo mis últimas fuerzas me aparto del muro y huyo paso a paso, caminando hacia atrás. Cuando empiezo a confiar que he logrado escapar, nuestro guía me hace una seña amable: ¡Váyase, váyase! Nosotros sólo queríamos comer una manzana con usted.

Echo a correr. Cruzo corriendo a ciegas exponiéndome a ser atropellada por algún coche. Pero en mi fuero interno sé muy bien que todavía no ha llegado el momento. Corriendo llego hasta la embajada soviética. Jadeo, estoy fuera de mí. En esta maldita calle tiene que haber una oficina donde uno pueda presentar sus quejas. No, dice alguien a mi lado. Será mejor que no cuente con ello.

Había olvidado por completo a la muchacha.

Pero no importa, dice ella magnánima, y de pronto sé que ahora dependo de su magnanimidad. Ni hablar de superioridad. ¿Qué estarían dispuestos a hacerme sólo para humillarme?

Lo más amargo, dice la muchacha, es tener que renunciar a lo que de todas formas está fuera de nuestro alcance.

¡Cállese!, le digo con dureza. Qué sabéis de eso. Qué sabe usted de la renuncia voluntaria, precisamente usted que lo ha conseguido todo por la fuerza.

¿Usted cree?, pregunta la muchacha suavemente. ¿Cree usted que puede conseguirse algo por la fuerza? ¿Cree usted que una de nosotras podría renunciar a algo voluntariamente?

¿He de creer que esto es lo que usted les ha dicho a la cara?, pregunto sin aliento.

Claro, dice la muchacha, ¿qué si no?

Tengo que creerla. Cuando la Comisión de Conflictos la interrogó, ella ya había superado el miedo, también los conflictos. Peter, mi viejo amigo Peter, cuyo nombre nunca figuró en las actas, que por consiguiente sólo hubiera podido aparecer a su lado voluntariamente y sin que nadie le requiriera para ello. Peter adujo un viaje de servicio. Calculó que su comparecencia no favorecería a nadie pero a él le perjudicaría mucho. La muchacha estuvo de acuerdo con él y la Comisión resolvió que no se podía llamar a declarar a un Desconocido. Al fin y al cabo no era él quien había intentado engañar a las autoridades académicas. Sino ella. Constatación de un hecho que nadie contradijo. Espero que en el futuro será más razonable.

¿Razonable?, preguntó maravillada la muchacha, ¿qué quiere decir?

Bien, si ni usted misma lo sabe…

Has de ser más razonable, te lo ruego, le dijo seguramente mi amigo Peter al despedirse. Se había empeñado en despedirse francamente, no se había escabullido, cosa que también hubiera podido hacer, con la pequeña maleta que cuatro semanas antes había llevado al nuevo apartamento de su amigo ausente para vivir una temporada feliz y sin estorbos con aquella encantadora, jovencísima y divertidamente testaruda muchacha, mientras su mujer, Marianne, se sometía a un tratamiento por el método del doctor Kneipp. Con aquella muchacha que era plenamente consciente de que le había seducido y no exigía nada de él, sólo que la ayudara a olvidarlo. Pero él no podía ayudarla porque eso le tenía sin cuidado.

Cuando ella se levantaba por las noches de la cama con las cortinas corridas, cuando iba a la cocina y bebía agua ansiosamente, cuando se acercaba al balcón abierto y escuchaba el rugir de la ciudad, cuando miraba a la Friedrichstrasse por encima de los tejados de la hilera de comercios, cuando veía acercarse y alejarse los faros de los coches y después levantaba sus ojos a la zigzagueante silueta de la ciudad ante el horizonte rojizo; cuando mi amigo Peter, desamparado como no lo había estado en su vida, se incorporaba a su espalda y le preguntaba si podía hacer algo por ella, cuando ella empezó a comprender que estaba sola y que nadie

tenía la culpa de ello y que no se puede culpar a nadie de las pérdidas irreparables, entonces decía, mientras aún podía hablar: el amor, si se toma en serio, está perdido.

Mi amigo Peter no soporta los remordimientos de conciencia.

El presidente carraspea. Usted no revela el nombre de ese señor, sólo confío en que no sea un miembro de nuestro cuerpo docente. Es sorprendente, pero últimamente estas cosas nos pasan cada vez con mayor frecuencia. Antes era el hombre caballeroso el que se negaba a pronunciar el nombre de su dama —en la era de la igualdad de derechos parece que se va imponiendo la costumbre contraria. ¡Cuántos niños que no llevan el nombre de su padre! Bien, esto es asunto suyo. El nuestro es averiguar por qué usted se ha mantenido alejada de las actividades académicas durante tres meses y sin justificación.

La muchacha no tiene nada que decir. Con Otto Kosinke que empezó a preocuparse y que por encargo de su madre fue a preguntarle si estaba enferma, con él sí habló. *Mira, Otto, me repugna. —¿Pero qué, señorita, qué es lo que le repugna? —Que no se interesan por sí mismos ¿comprendes qué quiero decir, Otto? — Exactamente no, señorita, dijo Otto Kosinke. —Que su propia felicidad no les interesa. —Pero eso no puedo creerlo, señorita. —¿No? ¿Pues para qué tienes los ojos? ¿No ves cómo huyen, cada vez más lejos de sí mismos? ¿Y no te preguntas nunca a dónde va a parar todo lo que no podremos hacer jamás? ¿La vida no vivida?*

Una persona de experiencia podía advertir a primera vista que esa criatura había confiado demasiado en sus propias fuerzas. Queremos ayudarla, dijo el presidente de la Comisión, y lo quería de verdad. ¿Quién de nosotros se atrevería a lanzar la primera piedra? La representante de la Asociación Juvenil, una jovencita de aspecto simpático parecía tener ganas, por lo menos de coger la primera piedra, por lo menos de sentirla en las manos; ver los ojos del otro mientras espera el golpe. Pero el presidente la detuvo con una mirada. Usted tiene preocupaciones, de qué clase, eso dejémoslo de lado. Usted se ha metido en conflictos. Muy bien; esto puede alterar durante una o dos semanas a una persona joven hasta el punto que descuide sus obligaciones. ¿Pero meses? ¿Y después no asumir lo que uno mismo se ha buscado? ¿Después huir? ¿Incluso tratar de engañar?

Ahora la muchacha protesta a mi lado. Hemos llegado a la altura de la tienda de antigüedades en cuyo escaparate se exhiben grabados antiguos y ediciones tempranas del Werther. Ya sé, le digo, discúlpeme. Ya sé que estoy levantando falsos testimonios contra su presidente, un hombre decente. No fue él quien habló de huidas e intento de engaño. Fue otro. Cada palabra un puñal, no dirigido contra usted, porque no la conocía. Sino contra mí.

¡A dónde iríamos a parar, dime tú misma —así me decía—, si cediéramos a nuestros arrebatos! Estábamos cruzando la plaza de Marx y Engels que entre manifestación y manifestación queda vacía, era un día primaveral del mes de abril, yo había ido a buscarle a su clínica, había dado ese paso inaudito sin dar explicación alguna. Él no movió ni un músculo de la cara, pero en seguida empezó a hablar de usted, muchacha, y cuando se puso a llover no rehusó cobijarse bajo mi paraguas. Me pidió que por el amor de Dios le explicara qué era lo que usted pretendía, muchacha: ¿casarse?, ¿un hijo?, ¿una segunda familia, eso que se está poniendo tan de moda?

Como no me dignaba responderle tuvo que explicarme toda la historia de usted, aquí, en la avenida «Unter den Linden», toda su historia hasta el final. Aquella alumna —por los motivos que sean— deja de acudir a clase durante tres meses sin justificación. Cualquier médico hubiera estado dispuesto a certificar que estaba enferma. Pero no, ella es demasiado orgullosa. Naturalmente, hay que reprochar a los organismos de la sociedad que tarden tanto en reaccionar, que tarden tanto en pedirle cuentas del tiempo que les debía (incluso aunque ella no retiró el importe de la beca). Entonces ella, presa del pánico —¿por qué ha tardado tanto, dime?—, se marcha precipitadamente a su casa, atosiga a la madre de una amiga, una mujer bondadosa pero poco experimentada que trabaja como auxiliar en la policlínica, hasta que ésta le proporciona un certificado. Una clara falsificación que es advertida al punto por las autoridades académicas. Se descubre el engaño. Se habla de una Comisión. ¿Qué podía hacer ésta sino expulsar a la muchacha? Durante un año, no podían ser más benévolos. Ahora está trabajando en la cadena de la fábrica de bombillas.

Entonces le di las gracias. Gracias, le dije, por esa hermosa y tenebrosa historia.

En silencio seguimos caminando hasta el Ayuntamiento Rojo. No

hace falta que me mire así, le dije, tengo la cara mojada de la lluvia.

¿Bajo el paraguas?, preguntó él. Lo ponía en duda.

En aquella época había aún las galerías comerciales de la Alexanderplatz, tuvimos que refugiarnos en la entrada, llovía a cántaros. Él no dejaba de mirarme. Por fin yo quería hablar sin rodeos, libremente, como hay que hablar, pero con ira contenida. Mi querido amigo, dije, y era un bonito comienzo. ¿Sabe qué es lo que usted practica constantemente? Complicidad.

¿Con un asesinato?, preguntó burlón.

Con situaciones que llevan a la muerte.

En ese momento me di cuenta de que la idea no era nueva para él.

Así es como me juzga usted, dijo.

Yo dije: No creas que me dejas indefensa por el hecho de que te presentes —con una hora de retraso, por cierto. ¿No has pasado nunca por la maroma?

¿Qué maroma?

La que está tendida por encima del abismo. Tú siempre has esperado a tener el puente.

Yo siempre he tratado de ayudar a construir el puente.

Lo sé. ¿Y no has dedicado ni un minuto de tu precioso tiempo a atender a la voz? ¿A la débil voz entusiasmada o alarmada del que estaba ya al otro lado —que, contra tu consejo, había pasado por la maroma?

Sí, dijo él, el que quiere seguir en el anonimato. Le he escuchado. A veces suena bien, esa voz. Seductora. Sugestiva. A veces, no lo discuto, me gusta que uno de nosotros ya esté al otro lado y nos dé valor. A veces me enfurece que corra un peligro innecesario. Porque no olvides eso: una maroma es una maroma y un abismo es un abismo.

Pero la caída, le repliqué, se produce como tú bien sabes casi siempre cuando se pierde la simpatía.

Cosa que se podía demostrar en la historia de la muchacha. Le describí el estado de estupor en que la había dejado mi amigo Peter cuando se marchó con la pequeña maleta que se había traído para cuatro semanas. A la rotura de la cuerda siguió una larga caída que al principio no era dolorosa, sólo que arrastraba consigo lo que más

tarde podía servirle de sostén: la certeza de que no había podido actuar de otro modo. Luego viene el horror, la vergüenza y al final también lo que menos se esperaba: el miedo. Las vacilaciones que hoy se le echan en cara —la huida, el engaño—, no vamos a llamarlas acciones. ¿Es que no sabes cómo puede llegar a cambiar todo?, le pregunté. ¿Que las caras se convierten en caricaturas, el amor en traición, una pregunta normal en un fisgoneo insoportable?

¿Y si lo supiera?, me replicó. ¿Pero no pudiera hacer nada por cambiarlo? ¿Me aconsejas añadir una tortura inútil a la tortura?

Estábamos aún bajo el toldo de las galerías comerciales y yo tenía la cara mojada por la lluvia. Alguien debió secármela, pero en seguida volvió a estar mojada.

¡El veredicto!, dijo el Personaje Anónimo. Usted quería condenarme.

Absolución. Estás absuelto.

Él me pareció tan asustado como yo.

La muchacha también me había abandonado. Yo proseguí mi camino. Extrañeza; me eran extraños los objetos de la tienda de artículos de piel, las porcelanas de Meissen y los objetos de artesanía. De pronto entré en la tienda de licores y me abrí camino entre la masa de compradores. Tampoco yo quería ahorrar dinero ni esfuerzos para conseguir unas gotas de alegría. Si una pretende hacer un buen papel ante su huésped no debe reparar en gastos. Cuando me tocó el turno pedí una marca cara como si pronunciara ese nombre cada día, pagué y cogí la botella bien envuelta en papel de seda. En aquel momento alguien me golpeó levemente en el brazo, el cuello de la botella resbaló dentro del papel, la botella se me escapó de la mano y se hizo añicos en el suelo. Inmediatamente pude percibir el aroma del buen alcohol. Las caras, que en el umbral de esta tienda se transfiguran todas como por efecto de una radiación fuerte —en ellas pueden leerse codicia y egoísmo— se volvieron furiosas hacia mí. No era mi torpeza lo que les enfurecía, sino el hecho de que se echara a perder una bebida cara. Yo disfruté su reprobación. Disfruté mirándoles a la cara segura de mí misma hasta que bajaron los ojos. No, no quería otra botella. En voz alta y alegre dije que no tenía tanto dinero. La vendedora acudió disgustada con un cubo y una bayeta.

Aliviada salí de la tienda, crucé de nuevo la Friedrichstrasse y

busqué una mesa junto a la ventana en la cafetería del Lindencorso. Me hice traer un café y una tarta de frutas. Estaba muy cansada y empezaba a preguntarme si realmente tenía una cita. La pavorosa idea de haber cometido un descuido o un sencillo y craso error se apoderó de mí. ¿Y si hubiera malinterpretado ciertas palabras? «Ha llegado el día.» ¿Para qué? ¿Y para quién?

Ahora deseaba con todas mis fuerzas despertar, pero no estaba en mi mano el conseguirlo. Con una lentitud torturante se desarrollaba el diálogo entre dos mujeres que estaban sentadas a mi mesa, la una despeinada, extremadamente nerviosa y muy delgada, se deshacía en maldiciones contra su antiguo jefe que la había puesto en ese estado —a mí, como un inocente corderito, repetía una y otra vez— mientras la otra, joven y sana y lista y despreocupada contestaba sólo con breves exclamaciones y palabras de sosiego, aunque sus rápidas miradas estaban en otra parte.

A mí me molestaba tanto como a ella la detallada descripción de un monstruo de jefe que durante dos años le había chupado la sangre a la delgada, sí, ¡chupado! no había otra palabra. La joven posó distraídamente su mano en el brazo de la delgada en un gesto tranquilizador: Bueno, bueno, cálmese.

Entonces la delgada empezó a lamentarse de que nadie era capaz de imaginar qué era aquello: un intershop al por mayor. Todo el lío de las divisas, de la compra y la distribución. ¡Y además las reclamaciones! Aquél me arrojaba encima de la mesa la más mínima carrera en unas medias de señora. Para eso hacía falta una cabeza enorme. Es lo que yo le dije desde el principio, repuso la joven. ¡No tuvo más remedio que ponerme una ayudante! La delgada se quedó sin habla. Después añadió agotada: sí, al principio todo es como una balsa de aceite. Algunas incluso se encaprichan con él. Un hombre guapo, siempre con gafas oscuras, siempre una aguja en la corbata, y amable, pero sólo una vez… Y luego vienen las malas jugadas. Bueno, no diga que no la he advertido. Al cabo de medio año todas quieren marcharse. ¡Todas!

Yo no, dijo la joven con ligereza y llamó a la camarera para que le trajera la cuenta.

Si toda esa gente que me había citado aquí, que me había perseguido durante toda la tarde de un extremo a otro de la calle para después dejarme plantada —si en el último segundo se

hubieran decidido a citarle aquí y él llegara por detrás, por la puerta de la terraza, yo lo notaría. Los músculos de mi espalda se contraerían. Y este joven tan cortés que está sentado frente a mí, que engulle grandes cantidades de pastel de mantequilla y se disculpa porque ocupa tanto espacio —este joven comprendería en seguida y se apresuraría a pagar. En su precipitación le cae una moneda al suelo, yo también me inclino a recogerla y el pobre todavía me asegura debajo de la mesa: gracias, ya está.

Cuando levanto de nuevo la cabeza los demás han desaparecido, como si los hubieran borrado y él está sentado frente a mí. Por uno de sus trucos de magia ya tiene ante sí su café doble. Yo, como una tonta, digo: Aquí está usted. Pero él revuelve su café y me pregunta con acento severo: ¿Qué más quieres? —La misma relación de siempre.

¡Si usted tampoco hubiera venido hoy!, dije yo. Hubiera abandonado el juego, de verdad.

Esta amenaza no asustaba a nadie más que a mí misma.

Vas demasiado lejos, dijo él. Como siempre, vas demasiado lejos. Como si hubiera pasado algo. No ha pasado nada. Nada. No lo tomes por lo trágico.

Por Dios, replicó en el falso tono que tú odias tanto y con razón, qué quiere decir trágico. A lo mejor es que todavía nos rebelaremos un poco contra la convención de que la pérdida del amor no hay que tomársela por lo trágico. Un hombre como usted ya ha superado eso. Tiene una explicación para todo y se niega a sufrir. Nosotras, lamentablemente, sólo podemos estar ligadas al mundo a través del amor. Por ahora. Todavía tendremos que sufrir un poco más. Pero estamos dispuestas a aprender. No tema —también nuestras penas acabarán marchitándose. La contradicción en la que hemos caído ya nos hace palidecer un poco. Pero somos comprensivas. Ya estamos empezando a ceder posiciones en nosotras mismas, voluntariamente. No se preocupe: muy pronto ya nadie le contará sus penas. Muy pronto no nos unirá más que la ceguera de nuestras almas, más que esta calle en la que sólo nos encontraremos casualmente por las tardes después del pecado. Puesto que todos nosotros conoceremos el pecado del desamor nadie se acordará de él. Y llamaremos a eso felicidad.

Ah, querido, dije. Yo no puedo aplazar el amor. No puedo

aplazarlo hasta el siglo que viene. Ni hasta el año que viene. Ni un solo día.

Haber dicho esto, aunque fuera en sueños, me hizo bien. No podía esperar una respuesta. Me ordenó marcharme de allí sin un saludo, sin una despedida. Lo sé por experiencia: aquél a quien deseo encontrar nunca se sentará donde yo tengo puesta mi mirada, pero de nuevo se levantó en mí una loca esperanza. Ya en la puerta me volví una vez más, cosa que desde siempre había estado prohibida y por un buen motivo. Su lugar estaba vacío. Nuestro tiempo había acabado.

Con mi amarga vergüenza salí a la calle. Me burlé de ella; calle recta, dije con sorna. Una calle que va al corazón de las cosas… Calle del azar, la increpé. Calle de periódico.

Limpia y aseada se extendía a mis pies. Una piedra al lado de la otra, un trabajo bien hecho. ¿Qué me había prometido de ella? Una distracción entre dos trabajos. Un vestido nuevo. Un diálogo intrascendente en un café. Todo eso me lo había proporcionado ella correctamente.

Ahora me sirvo del útil invento del paseo, cosa que antes no hacía.

La hora en punto arrastra hasta la calle la oleada de oficinistas de la administración. ¿A dónde temen llegar tarde? ¿Qué tren se les escapará, qué bocado les arrancarán para siempre? ¿Acaso ellos, los millones de personas que venden su vida por debajo de su valor también han conservado el deseo secreto de tener carne de la buena, carne jugosa y roja?

Yo camino, y mi hermosa vida se desenrolla detrás mío como una cinta brillante. Aquel cuyo nombre no volveré a pronunciar jamás tenía razón: ya todo ha sido vivido, tal vez incluso, hace mucho tiempo, por mí misma. Lo que se podía sentir ya ha sido sentido, lo que se podía hacer está hecho. Me dejo llevar.

Una persona venía hacia mí, era una mujer joven. Nunca la vista de una persona extraña me ha producido semejante sacudida. Llevaba un traje de la tela que yo buscaba desde hacía tiempo y un jersey luminoso cuyo color se reflejaba en su rostro. Caminaba rápida y distendida, como yo siempre había querido caminar y nos miraba a todos con atención y sin prejuicios. El viento echaba para atrás su cabello oscuro, un poco largo, y ella reía como yo deseaba

reír con todo mi corazón. Después que pasó por mi lado se perdió entre la multitud.

Antes de haberla visto no podía saber qué es la envidia. Nunca antes me había afectado tanto un encuentro. Esta mujer nunca se vería abandonada por la felicidad. Todo lo que a otros salía mal, a ella le saldría bien. Jamás, jamás correría el peligro de no encontrarse a sí misma. Ninguna señal en su frente indicaba que pudiera verse envuelta en conflictos insolubles. Le había sido dado escoger libremente entre las promesas y atractivos de la vida aquellos que le fueran más propicios.

De envidia y dolor me eché a llorar muy fuerte delante de toda aquella gente. Por eso me desperté. Tenía la cara mojada. No podía explicarme por qué me sentía tan contenta. Con verdadera avidez me representaba de nuevo aquella mujer, su rostro, su manera de andar, su figura. De pronto supe que aquella mujer era yo, nadie sino yo misma a quien había encontrado.

De golpe lo vi todo claro. Tenía que encontrarme a mí misma — ése era el sentido de la cita. Célula a célula, mi cuerpo se llenaba de una nueva alegría. Todas mis cadenas cayeron para siempre a mis pies. Ninguna adversidad había dejado una impronta indeleble en mi frente. ¿Cómo podía haber estado tan ciega de someterme a una consigna falsa?

Sólo más tarde, hoy, se me ocurrió rendir cuentas de mi experiencia en la manera acostumbrada, porque el placer de ser conocidos es para nosotros más valioso que cualquier otra cosa. Yo, feliz de mí, supe en seguida a quién podría contárselo, vine a ti, vi que tú querías escuchar y empecé: siempre me ha gustado pasear por la avenida Unter den Linden. A poder ser, tú lo sabes, sola.

1969

NUEVAS OPINIONES
DE UN GATO SOBRE LA VIDA

A más cultura,
menos libertad,
ésta es una gran
verdad.

E. T. A.
HOFFMANN,
Opiniones del gato Murr
sobre la vida

«¡Los gatos tenían un aire mañanero!» Leer esta frase en una novela, sentirla y saber que soy un poeta: en el momento oportuno, su autor, hace tiempo fallecido y, por cierto traducido del ruso, me devuelve el valor que necesito para dedicarme a la producción literaria, un valor que perdí hacia el final de mi juventud. Nunca como ahora se había apoderado de mí el dolor por la incapacidad de mi amo, el profesor de psicología aplicada Rudolf Walter Barzel, de cuarenta y cinco años, para comprender el lenguaje de los animales, en especial el de los gatos. ¡Si él supiera que soy capaz de experimentar tres complicados procesos anímicos al mismo tiempo! ¡Si él tuviera idea de la suerte que ha corrido aquel librito cuadrado, encuadernado en tela, que Isa, de dieciséis años, la hija de la casa, ha garabateado hasta la mitad con sus infantiles efusiones, y del que pude apoderarme para confiar a sus blancas páginas algunos resultados de la febril actividad en mi evolucionado cerebro gatuno!

Agradablemente impresionado por la altura que la especie gatuna ha alcanzado en mí, su más digno representante en la actualidad, dejé el libro y la mesa del profesor donde había descansado hasta ese momento, tomé mi camino acostumbrado a través de la ventana y vagué por el jardín bajo el agradable sol otoñal en busca de un alma que supiera honrar mi genio

extraordinario hasta que llegué a los límites de mi territorio.

Digo «alma» a pesar de que sé muy bien —gracias sobre todo al atento estudio de las obras de mi insigne antepasado, el gato Murr — que este objeto hipotético, cuya existencia no ha sido verificada por la ciencia, indispensable a principios del siglo XIX, acorralado por los escritores más modernos mediante trucos como «conjeturas», «reflexiones» y la expresión de «opiniones»[2] —trucos todos ellos que, si bien no les han conducido a una mayor claridad de estilo, sí que han debido conferir a sus rostros una expresión más pensativa; expresión del rostro, por cierto que yo también puedo dominar y, como todo comportamiento que se practica durante largo tiempo, se ha convertido en mi segunda naturaleza y ha producido los más hermosos efectos en mi interior. Esta observación, que muy bien podría ser mía se encuentra, junto con otras muy acertadas, en la obra primera del profesor Barzel: «Ejercicios de comportamiento y su influencia en la estructura del carácter.» Esta obra me demuestra que hoy en día, cuando todos los grandes descubrimientos ya han sido hechos, incluso el talento más original se debatiría entre la más absoluta marginación y el más burdo decadentismo si no se atuviera a la norma de vida que han hecho suya los partidarios de las buenas costumbres: mantente en el justo medio.

Sea ésta la primera frase de mi «Guía para el gato adolescente en su trato con el hombre».

Sumido en estos pensamientos y llegado al límite entre mi territorio y el terreno vecino de los Beckelmann, me topé con aquella gata negra de ojos verdes, de dos años y medio de edad, delicada y agradable por fuera y dotada de un poder de seducción inconfundiblemente oriental, pero que lamentablemente, en su interior es impertinente, pagada de sí misma y codiciosa, para ser breve, una fémina que, como reconoció un día mi profesor en una conversación, escapa por principio a los avanzados tests de su ciencia con más testarudez que el hombre; claro está que mantenemos en secreto este dato para que no nos acusen de enemigos de la emancipación femenina y para no hacer aún más penosa la situación de las mujeres que ya sufren bastante bajo la deficiencia de no ser hombres. Esta atención la he tenido también con la gata negra, de manera que ignoro realmente qué es lo que puede haberla enfurecido en la sencilla frase que pronuncié perdido

en mis pensamientos, justo en el momento en que nos encontramos: ¡El gato está lleno de misterio!

¡Y pensar que esta afirmación es tan verdadera! El mundo culto lo sabe por la literatura antigua y moderna y espero que obtendrá nuevas pruebas de ello con mi modesta pero sólida contribución al conocimiento del genio gatuno contemporáneo.

¡En cambio el hombre! ¡Qué transparente es para mí y para sí mismo! Aun cuando no es más que un ser dotado de corteza cerebral como todos nosotros, me refiero a los pájaros y especies superiores, y sometido al dominio ciego del azar biológico como todos los animales, inventó para sí la razón en un momento de clarividencia. Desde entonces pueden hacerse perfectamente plausibles todas las renuncias a que le obliga su destino superior y reaccionar adecuadamente en cualquier situación. Por lo menos esto es lo que el profesor R. W. Barzel intenta explicar a su rubia esposa Anita, de treinta y nueve años, por las noches en la cama, mientras ella lee novelas policíacas y devora bombones de licor. He de reconocer que no he advertido que ella haya sacado gran cosa de estos discursos porque su rostro permanece impasible, si no burlón. En cambio yo, que aparento dormir sobre la mullida colcha de mi amo, en realidad agradecido y dispuesto a captar cada una de sus palabras, yo puedo decir: ¡Nada de lo humano me es ajeno!

Así pues, si yo hubiera nacido para ser hombre de letras y no un gato genial no hubiera consagrado mi vida a un género tan superfluo como es la narrativa que siempre funda su existencia en las aún inescrutadas profundidades del alma humana. ¡Las profundidades se las traen!, dice mi profesor a un colaborador de su equipo, el doctor Lutz Fettback de cuarenta y tres años, fisioterapeuta y especialista en nutrición. El doctor Fettback tiene un bigotillo que salta cuando ríe y él ríe cada vez que dice que incluso un hombre práctico como es él mismo, que en cuestión de teorías no llega a las suelas de los zapatos de mi profesor, puede darse cuenta de que el alma es producto de una imaginación reaccionaria que ha acarreado muchos males a la humanidad y que ha hecho posible la muy lucrativa existencia de ramas tan improductivas de la economía como la narrativa. Sí, dice el doctor Guido Hinz, de treinta y cinco años, sociólogo cibernético, un hombre trabajador pero impenetrable: en lugar de tolerar este

despilfarro de fuerzas productivas, tanto ideales como materiales, que ha producido ese mal incontrolado que llamamos alma, hubiera habido que confeccionar a tiempo un manual lo más completo posible que contuviera las variantes óptimas de todas las situaciones de la vida humana y haberlo hecho llegar por vía administrativa a todos los hogares.

Ésta es una idea notable. Cuántas fuerzas, perdidas en inútiles tragedias, no hubieran quedado disponibles para la producción de bienes materiales que es donde, como es sabido, la humanidad ve el fin último de su existencia (una conclusión a la que he llegado a partir de la lectura regular de tres periódicos). Puesto que es muy sencillo esquematizar los problemas humanos, en este manual se hubieran podido contemplar casi todos los factores que inhiben el rendimiento y se hubiera podido aportar una solución positiva: el progreso científico y técnico hubiera podido adelantarse varios decenios y la humanidad ya podría estar viviendo en el futuro. El estado de satisfacción que anhelan todas las criaturas se hubiera extendido ya e incluso un animal doméstico —añado yo por mi cuenta— no podría por menos que saludarlo. Porque a fin de cuentas, ¿dónde se descargan las penas y las carencias de los amos si no en los lomos de los perros, gatos y caballos?

(Ahora caigo en la cuenta de que quiero aportar mi granito de arena para la divulgación del nuevo término que la Comisión Mixta de Animales Domésticos ha introducido recientemente para sustituir a la anticuada denominación de «amos»: «anfitriones», pretendemos que se llamen, con todo derecho, nuestros amos a partir de ahora y me apresuro a consignar como segunda máxima en mi guía una frase que estoy seguro que resistirá a la erosión del tiempo: ¡Hombres satisfechos —animales domésticos satisfechos!)

Llegados a este punto de la discusión, el profesor doctor Guido Hinz levanta su índice derecho que me es sumamente desagradable porque suele clavarse en mis suaves flancos —levanta el dedo índice y dice: ¡no me olvide la cibernética, estimado colega!— Si entiendo algo de las categorías que rigen entre los hombres, mi profesor no puede ser el «colega» de un doctor. Pero sobre todo no olvida la cibernética —cuyos conceptos básicos, naturalmente me son familiares— ni por un minuto, de eso puedo dar fe. Cuántas veces he oído decirle que sólo la cibernética puede proporcionarle un

catálogo exhaustivo de todas las desdichas humanas en todas las combinaciones imaginables que, según dice, tan imprescindible le es para avanzar. Y quién mejor que él puede saber que el programa FEHUTO se quedaría en pura utopía —¡sí, señor!, repite, ¡una utopía fantástica!— de no ser por un instrumento tan extraordinario como el ordenador.

Sí, también yo, si fuera humano, me consagraría como mi profesor al total desarrollo de la ratio que conoce, explica y regula todo. (Que nadie tome a mal la introducción aquí de un vocablo latino; hay palabras para las que no encuentro equivalencia en mi querida lengua.)

El programa FEHUTO es estrictamente secreto. Mi profesor baja la voz mucho antes de pronunciar esa palabra, el doctor Fettback baja su bigotillo y el profesor doctor Hinz curva los labios hacia abajo por motivos para mí desconocidos. Pero yo, silencioso y atento encima de la mesa y rodeado de papeles, sé muy bien de qué hablan: FEHUTO quiere decir nada más y nada menos que *Felicidad Humana Total*.

La supresión de la tragedia: en eso están trabajando. Puesto que no he podido evitar llevar al papel el más secreto de los secretos humanos, ¡apártate de mí vana esperanza de ver publicada algún día ésta mi mejor obra! ¿Qué es lo que impulsa al verdadero escritor a hablar una y otra vez de las cosas más peligrosas? Si su cabeza, su entendimiento y su sentido del deber ciudadano le obligan a guardar la más absoluta discreción. ¡Basta con imaginar que el programa FEHUTO pudiera caer en manos del enemigo! Pero algún órgano que, de momento, parece haber escapado a la atención de las investigaciones fisiológicas impulsa, sin que esté claro el motivo —sospecho que por una traidora secreción de una especie de hormona de la verdad—, al desgraciado escritor a hacer confidencias fatales. Tal como mi gran precursor, el gato Murr al que externamente me parezco como si fuéramos gemelos y del que desciendo por línea directa, expresó a su manera, amable pero acientífica: «De vez en cuando, una extraña sensación, casi la llamaría un pellizco espiritual, recorre todo mi cuerpo hasta las patas y las mueve a escribir todo lo que pienso.»

Nadie que sepa que mi profesor está ocupado con la felicidad humana total se extrañará de su expresión torturada ni del

lamentable hecho de que un reconocimiento médico haya revelado sobre la placa de rayos X una úlcera situada en su píloro que mi profesor mostró, no sin cierto orgullo, a su amigo el doctor Fettback sosteniendo la placa a la luz verde de la lámpara de su mesa de trabajo. Tuvimos el placer de oír cómo el doctor Fettback calificaba de «clásica» esa úlcera y de obtener por boca autorizada la confirmación del perjuicio que nuestro trabajo causa a la salud. ¿Naturalmente mi profesor debe dormir mal? —Casi nada, repuso éste con modestia. —Ajá, dijo Fettback, y su bigotillo saltó. Entrenamiento autógeno.

Retrepado en el sillón del profesor, asistí a los ejercicios que el doctor Fettback llevó a cabo con mi profesor en aras de su antigua amistad. Ciertamente, no deja de ser curioso ver a este hombre, sin duda una cabeza privilegiada y que destaca entre sus colaboradores, tendido en el sofá de cuero obedeciendo las órdenes del pequeño Fettback que se esfuerza por alejar toda expresión anímica de los rasgos de su paciente. ¡Pero bueno!, exclamó el doctor Hinz, que en una occisión cayó por el despacho en el momento en que mi profesor y Fettback, los dos con la cara vacía de toda expresión, murmuraban a coro: estoy maravillosamente distendido. Dormiré tranquilamente. Estoy bien.

Por fin le ha pescado usted, dijo el doctor Hinz. Que cada cual entienda lo que quiera. Una cosa, sin embargo, es cierta: mi profesor se enfrenta a los monólogos nocturnos de su esposa Anita que, por desgracia, de vez en cuando agota sus existencias de novelas policíacas, más distendido que antes. La lealtad que debo a mis anfitriones me obliga a resumir estos largos, con frecuencia estridentes monólogos en una frase acrisolada: las decepciones de la vida, pero en especial las de la vida de una mujer, y en especial las decepciones que le aportan a uno las personas más próximas, por ejemplo el propio esposo, no pasan sin dejar su huella incluso en el carácter más fuerte. Acompaña estos discursos, en los que introduce de manera no del todo comprensible para mí palabras como «inagotable fuerza masculina» o «eterna satisfacción amorosa» dichas en un tono claramente sarcástico, de grandes cantidades de Apricot Brandy, su licor preferido, y acaba por pedir a mi profesor, que desde hace cuatro semanas lee por las noches una obra muy interesante sobre los procesos de sublimación en la sexualidad, que

saque al bicho.

El bicho soy yo.

Inútil decir que yo hago ver que estoy profundamente dormido y que mi profesor le reprocha con voz suave: pero por qué, querida Anita, deja en paz al animal, no nos molesta en absoluto. Ha sucedido algunas veces que ella ha estallado en una risa improcedente que acaba en un llanto histérico. Pero en estos casos mi profesor apaga la luz, cierra los ojos y al cabo de un rato le oigo musitar: mi brazo derecho está pesado y caliente. Estoy muy tranquilo. Cada día estoy mejor…

A pesar de todo duerme poco. Muchas veces tiene los ojos abiertos cuando al amanecer, fresco y descansado, salto desde la ventana abierta al pequeño fresno por el que desciendo para ir a reunirme con mis semejantes.

En cuestión de gustos no hay que discutir con los humanos (también esta frase deberá figurar en mi guía para el gato adolescente). Sea como fuere, la señora Anita es muy, muy rubia. Esta constatación no puede, ni debe, ser una crítica. Le saca la cabeza a mi profesor —una circunstancia que olvido por completo cuando les veo descansar plácidamente uno junto al otro en su cama. Es perfectamente explicable, dice a veces el doctor Lutz Fettback, que un hombre de inclinaciones más bien ascéticas se sienta atraído por una mujer de formas más bien exuberantes; pero su ética profesional le obliga a desaprobar las costumbres alimenticias de la señora Anita.

Sé lo que quiere decir porque hace poco he leído su obra «También el comer es cuestión de caracteres» que culmina en la frase: Dime qué comes y te diré quién eres. (Con lo que debo añadir a mi «Guía» otra norma importante: ¡lo que para uno es bueno no lo es para todos!) Así, últimamente el doctor Fettback no se avergüenza de aparecer a la hora exacta de las comidas para, con palabras que sólo a él deben parecer ocurrentes, comprobar la presencia de algunas ensaladas increíblemente repulsivas y la ausencia de carne en el menú de los Barzel. Y así es como he tenido más de una oportunidad de ayudar a mi profesor en ciertas situaciones apuradas devorando con la rapidez del rayo los trozos de carne que me arrojaba debajo de la mesa —prescindiendo del hecho de que, en general, prefiero la carne frita. Pero como toda

acción contra natura, también ésta tuvo su precio: de pronto el profesor empezó a interesarse por mis tiempos de reacción y mi vida, atada al cronómetro como la suya, se hizo bastante incómoda.

Si hubiera sospechado que las mediciones que llevaba a cabo en mí iban a constituir la base de sus posteriores e importantes estudios sobre los reflejos, le hubiera presentado mucho antes el comportamiento que podía esperar de un sujeto idóneo: conseguir reaccionar siempre de la misma manera a los mismos estímulos. Como dice mi profesor, es lo menos que esta maravilla de ordenador puede esperar de su interlocutor.

Resumiendo: una vez que hube comprendido el principio, nuestra serie de tests avanzó rápidamente y sin problemas. ¿Por qué había de negar a mi profesor el placer de saltar al pequeño fresno de delante de la casa tres veces en lugar de dos, aunque fuera después de una comida abundante a base de hígado, por ejemplo, cuando uno prefiere descansar? Un test de ayuno que tiene su lado desagradable aunque sirva para el progreso de la ciencia, lo superé sin perjuicio para mi salud gracias a Isa: en secreto me traía carne picada y crema de leche, y yo comía lo que me ofrecía a pesar de que mi objetividad científica me impedía compartir su ira contra el experimento de su padre. Con brillantez superé la prueba de simular una progresiva pérdida de fuerzas hasta que al séptimo día me desplomé con gran realismo. (Me parece importante consignar aquí mi experiencia de que si uno quiere desmayarse de hambre de manera realista ha de eliminar incluso la sombra del recuerdo de su última comida, no sólo de su cabeza sino también de su estómago e intestinos.) Debo reconocer que desde entonces Isa me dirige extrañas miradas. Dicho sea de paso, durante la semana de ayuno engordé más de medio kilo (me peso regularmente en la báscula del dormitorio de la señora Anita, aunque no soy tan estúpido como para clavar en la pared mi tabla de peso). La primavera, que acababa de empezar, me ayudó a recuperar mi esbelta silueta en poco tiempo y ahora vivo de nuevo como corresponde a mi grado de cultura.

Conscientemente me resistí al intento del doctor Fettback de regular mis necesidades evacuatorias al mismo tiempo que se llevaba a cabo el experimento ya descrito. Poder vaciarme cada vez que siento la necesidad —considero que ésta es una de las bases de

la libertad gatuna; en lo que se refiere a las bases de la libertad humana, mi profesor parece ser de otra opinión. En cualquier caso parece bastante infeliz cuando a las siete de la mañana (ésta es la hora que le ha señalado el doctor Fettback) sale del baño sin novedad. De todos modos, últimamente el pobre hace ver que está contento y aliviado y va en secreto más tarde durante el día o a veces no va, desde que la señora Anita le dijo una mañana: ¡ni siquiera eso puedes hacerlo cuando quieres!

¿He mencionado ya que la señora Anita me llama «gato»? Cierto es que no hay nada incorrecto en este apelativo. ¿Pero a qué humano le gustaría que le llamaran «humano»? Así es que cuando uno tiene su propio nombre, en mi caso «Max», uno se siente desconcertado cuando se le priva de esta denominación personalísima que sirve para distinguir al individuo de la especie. En ese caso incluso me conformo con el apelativo, ciertamente incorrecto pero bienintencionado, por el que se ha decidido Isa: me llama «Maximilián» porque dice que era un emperador, lo encontré en la enciclopedia y a fin de cuentas no me desagrada; porque ciertamente, mi aspecto es caballeresco desde las blancas puntas de mis hermosos bigotes hasta la ultima de mis afiladas uñas, y así seguirá, aunque aquella gata negra que ya he mencionado está obsesionada con la idea de que mi orgullo no es más que debilidad. ¡Oh, si yo quisiera, qué no haría! «Mi pequeño tigre», me llama a veces la señora Anita, cosa que tampoco me desagrada y el dibujo de mi cara, rayas de color castaño claro y negro que se extienden desde la nariz y la boca en forma radial, denota el carácter felino de mi especie. En cambio, no soy gris, en contra de lo que afirman los humanos; sus sentidos embotados les impiden apreciar el fino y variado dibujo de mi pelaje: rayas longitudinales en el lomo, que en los flancos se convierten en ornamentos en gris-negro-castaño, unos singulares anillos en el pecho y el matiz claro-oscuro de las patas que se repite en la cola: así es como se presentaba a su entorno mi venerado antepasado el gato Murr, y tengo la profunda convicción de que si uno quiere llegar a ser importante ha de ser así y no de otra manera.

Mi lector, mi desconocido amigo del siglo próximo, se ha dado cuenta hace rato de que me muevo libremente en el espacio y en el tiempo. La cronología es un estorbo. Que retroceda conmigo, pues,

a aquel trozo de valla entre matas de «symphoricarpus albus», vulgarmente llamado flor de nácar, donde aquella tarde la gata negra se tomó tan a pecho mi exclamación: ¡el gato está lleno de misterio! En un tiempo increíblemente corto, siseando y bufando, me soltó una retahíla de insultos que hube de ignorar. Hace tiempo que he renunciado a explicar a esa gata seductora, pero insaciable tanto sexualmente como en otros aspectos, que su agresividad delata una sublimación poco evolucionada de sus impulsos y que sus afanes de dominio provienen seguramente de un nombre fatal que ensombreció su niñez y provocó unos complejos que ella trata de descargar en mí.

Ha llegado el momento de decirlo: la gata se llama Napoleón.

Ya se sabe que los deficientes conocimientos de los hombres en materia de fisiología se deben a su deseo de parecer agradables y bondadosos y olvidar su origen animal. Si se considera además su comprensible preferencia por el sexo masculino, se comprenderán las causas de un diagnóstico erróneo cuya consecuencia fue, necesariamente, un nombre fatal. De todas formas cabría preguntarse, ¿por qué precisamente Napoleón? ¿Una tendencia al masoquismo? ¿El deseo apenas reprimido de descargar con ese nombre las propias inclinaciones imperiales en un animal inocente?

Pero dudo que los Beckelmann, nuestros vecinos, busquen los motivos de lo que hacen o dejan de hacer en los libros de psicología como hacemos nosotros. Uno no puede sustraerse a la impresión de que esa gente sigue directamente sus impulsos (eso es lo que cree también la señora Anita) de traer hijos al mundo (los chicos Joachim y Bernhard y la chica, a la que curiosamente, todos los niños de la vecindad llaman «Malzkacke»[3] a pesar de que va a cumplir diecisiete años y lleva las faldas demasiado cortas, en eso hay que darle la razón a la señora Anita) y cuando les parece bien se separan. ¡Quién puede permitírselo!, dice la señora Anita, ¡y encima seguir viviendo en la misma casa, tres meses después de divorciarse!, porque eso es lo que hacen el señor y la señora Beckelmann desde hace tres meses. Yo sería incapaz, dice la señora Anita, absolutamente incapaz. Y yo añado: yo también sería incapaz. Porque el Trabant color café del nuevo admirador de la señora Beckelmann se detiene a cualquier hora del día o de la noche ante la puerta del hogar común de la ex pareja y se oye el

obsceno claxon que la señora Anita odia más que nada en el mundo. Con mis propios ojos vi al señor Beckelmann abrir la ventana y le oí informar a su sucesor —¡y en el tono más amable!— de que su esposa no estaba en casa, a lo que éste le dio las gracias llevándose la mano a la gorra, sacó del coche una botella envuelta en papel de seda y propuso a Beckelmann, un honrado trabajador de la construcción, que tomaran unas copitas juntos.

Esto es exagerar un poco la relajación de la moral.

Volviendo a Napoleón, ésta no se interesa en absoluto por aclarar las profundas motivaciones psicológicas que dieron lugar a su nombre. Afirma que le da lo mismo llamarse así. Pero que lo que no le da lo mismo es mi inclinación a descuidar mis obligaciones paternas con el pretexto de mis tareas científicas. Ésta es una versión depurada y resumida de su largo discurso, durante el cual hube de recurrir al remedio infalible de echarme en el suelo, relajar cada uno de mis miembros y transmitirme las dulces órdenes que, una vez grabadas en el sistema de reflejos, jamás fallan el efecto deseado: Estoy muy tranquilo, me decía. Mis miembros están pesados y calientes (¡era verdad que lo estaban!). Mi pulso es tranquilo. Mi frente está agradablemente fría. Mi plexo solar irradia calor. Soy feliz. La vida es bella.

En abril de este mismo año, la gata Napoleón tenía poder para hacerme sufrir. Desde entonces acá he aprendido que los sufrimientos y los temores provienen siempre de los deseos y que el camino más seguro para deshacerse de aquéllos es liberarse de éstos. «Voilà.» Lo he conseguido. Demasiado tarde, podría objetárseme, porque mi deseo desenfrenado ya había traído consecuencias. No me avergüenzo de reconocer ante la posteridad que mi ingenuo corazón de padre latió más fuerte la mañana que la gata Napoleón hizo su entrada en la cocina de los Barzel con cuatro gatitos extremadamente graciosos, de los cuales dos eran mi vivo retrato. Secretamente orgulloso de esta hermosa prueba de las leyes de Mendel, no tuve tiempo de dedicarme a mis meditaciones genéticas ni a tratar de comprender el alcance de la táctica napoleónica consistente en irrumpir en lo más recóndito de mi propio territorio con la expresión más inocente y bajo el disfraz indiscutible de la maternidad: tuve que concentrar mis esfuerzos en suavizar el impacto que causó en la familia Barzel el hecho de que

un animal que creían macho pariera cachorros. Mi profesor que, significativamente captó la situación unos segundos más tarde que la señora Anita, me miró sin reproche pero inquisitivamente a los ojos. Yo, pertrechado con los conocimientos del esclarecedor libro «El amor sin velos» que Isa esconde debajo de su almohada, sostuve su mirada con hombría. Mi profesor me perdonó.

Su hija Isa, todo hay que decirlo, se echó a reír de manera improcedente. Fue reprendida. Y la señora Anita, en su falta de raciocinio, llegó al extremo de dar a la gata Napoleón —¡a la que llamaba mi mujer, haciendo estúpidos remilgos!— el resto de comida que quedaba en mi plato; las madres que crían siempre tienen hambre, dijo.

Pero basta de charlas sobre mi vida íntima.

No creo equivocarme al suponer que la sigla SIMASA es conocida por todos y cada uno de mis contemporáneos, de manera que la traduzco únicamente para los habitantes de otro planeta en cuyas manos podrían caer mis obras en un futuro próximo o lejano: *Sistema de la Máxima Salud Corporal y Anímica*. Se comprende que se trata de una subdivisión del programa FEHUTO y me ha cabido la inmensa fortuna de ser educado en el hogar del hombre que inventó y dirige todavía SIMASA. Cuando llegué a casa de los Barzel los trabajos estaban en su apogeo. Todos los factores necesarios o perjudiciales para la salud corporal y anímica estaban recopilados en un imponente fichero de treinta y seis cajas blancas que ocupa toda una pared del despacho del profesor y que de noche se bloquea con barrotes de hierro y un candado. Los tres científicos, en presencia de los cuales aprendí no sólo a leer y escribir sino que también inicié mis estudios de matemáticas, lógica y psicología social, habían emprendido la tarea de reunir la multitud de informaciones aisladas para constituir un sistema cerrado —precisamente el SIMASA. Muy pronto tuve la oportunidad de serles útil sin por ello violar mi férreo propósito: oculta a todos tu actividad espiritual. Mi campo de trabajo era el fichero en cuyas cajas reposan, bien ordenadas como soldados en formación, las fichas blancas, rosa y amarillas hasta que son extraídas y llamadas a entrar en combate por SIMASA bajo las órdenes de los lemas que figuran en la parte frontal de sus respectivas cajas.

Los lemas son muy diversos: Placeres de la Vida, por ejemplo, o

Peligros de la Civilización, o Sexualidad, Familia, Ocio, Alimentación, Higiene —resumiendo: el estudio de esas fichas revela a un ser no humano todo sobre la vida de la especie humana. Pero un día fui sorprendido por mi profesor mientras estudiaba estas fichas y como sé que también él adolece del prejuicio humano de que los animales son incapaces de aprender, metí la ficha que tenía entre las patas en la primera caja que encontré abierta y me hice el dormido. Así fue como la Capacidad de Adaptación que yo había extraído de la caja Normas Sociales fue a parar entre los Placeres de la Vida y mi profesor que, naturalmente se atribuyó la idea, la encontró genial e hizo de ella uno de los pilares de SIMASA. Animado por este éxito emprendí una labor sistemática para producir casualidades creadoras, de manera que hoy puedo decir sin falsa modestia que soy uno de los fundadores de SIMASA.

¿Cuál es nuestro objetivo? Nada menos que programar de manera exhaustiva el período de tiempo que los humanos conocen con el anticuado vocablo de *vida*. Es increíble pero cierto —vaya esto para mis futuros lectores de otras galaxias— que hasta bien avanzado nuestro siglo se ha adoptado entre los humanos una actitud negligente y mística ante este período de tiempo; las consecuencias de esta actitud han sido el desorden, la pérdida de tiempo y un antieconómico desgaste de fuerzas. Así, el SIMASA venía a poner remedio a una urgente necesidad estableciendo, con ayuda de las técnicas de cálculo más avanzadas, un sistema lógico, completo, el único correcto, de vida racional. No es de extrañar que cuando oye la palabra ordenador, en el rostro de mi profesor se refleje un resplandor interior —una visión por demás conmovedora, aunque mueve al doctor Hinz, cuya especialidad es la cibernética, a una sonrisa burlona y a observar que no hay que adoptar ante la informática la misma actitud que los cristianos adoptan ante su doctrina de salvación. Mi profesor, un hombre que posee un gran dominio de sí mismo, hubo de recordarle finalmente, que él, Hinz, no hace mucho se expresó en una importante conferencia en el mismo sentido que él, Barzel, es decir, que habló de las ilimitadas posibilidades de aplicación de los ordenadores en la simulación de procesos sociales y nerviosos. En este punto la sonrisa de Hinz se hizo aún más irónica y llegó a afirmar que también los papas han hablado durante siglos como administradores de Cristo sin ser

cristianos: a la larga, el único que puede ejercer un poder sobre los creyentes es el que no cree porque es el único que tiene libres la cabeza para pensar y las manos para actuar.

Mi profesor, que se mueve por motivos puramente éticos, no podía ni quería dejar sin respuesta esta comparación tan poco afortunada. Yo esperaba con expectación que refutara brillantemente a ese nihilista —¿qué es si no una persona que no cree en nada?— cuando Hinz haciendo uso de malas artes le preguntó astutamente si él, el profesor R. W. Barzel, no creía, como él, que la humanidad había de ser obligada a ser feliz.

Porque hay que saber que ésta es la última conclusión a que ha llegado el equipo de creadores de SIMASA después de llevar a cabo un experimento con voluntarios de distintas provincias: únicamente con un pequeño grupo de sujetos que fueron hospitalizados y estrictamente vigilados pudo conseguirse que siguieran a rajatabla los principios de SIMASA durante más de tres meses. Los demás, que por otra parte no ponían en duda que el sistema es absolutamente razonable, pasaban alegremente de una transgresión de las benéficas normas a otra, y parece ser que algunas personas que antes estaban acostumbradas a una vida sana y sin tacha, cayeron en un camino totalmente equivocado bajo la presión de los preceptos y prohibiciones de SIMASA. De manera que la pregunta del doctor Hinz tocaba el punto más débil de nuestro sistema y mi profesor, una de cuyas más hermosas virtudes es que tiene el valor de decir la verdad, sólo pudo responder con un débil pero claro sí, que resonó en el silencio de su despacho.

Entonces comprendí que esos hombres intrépidos que se han propuesto liberar a la humanidad del poder de la tragedia han de verse inmersos en trágicos conflictos. Sólo por la fuerza se conseguirá que gran parte de la humanidad, todavía inmadura, dé el paso decisivo hacia FEHUTO. Pero los que han de ejercer esa fuerza son personas normales como estas tres que en lugar de ir siempre avanzados, preferirían de vez en cuando levantarse más tarde, sentarse cada día un ratito de cara al sol y por las noches acostarse con su esposa, después de ver un programa excitante en la televisión. ¡Tenía ante mí a verdaderos mártires!

Esta conclusión me dejó terriblemente fatigado de manera que apoyé la cabeza en las patas y me entregué a una dulce tristeza que

regularmente me lleva a la sugestiva pregunta de hacia dónde se dirige en realidad nuestro pobre sistema solar perdido en el universo, y que desemboca en un sueño reparador lleno de visiones cósmicas. (Ésta es una observación que me hace considerar insuficiente la afirmación del doctor Fettback según la cual el contenido de todos los sueños puede explicarse a partir de los movimientos peristálticos de los intestinos.)

Así pues, me dormí y por lo tanto no pude observar qué partido sacaban los tres de mi inspiración de introducir la ficha Amor de Padres en la caja Peligros de la Civilización. Ellos siempre sacan algún partido, porque el fichero ha sido revisado y verificado por una comisión autorizada del programa FEHUTO, y por lo tanto no puede ser alterado bajo ningún concepto, y mucho menos a título individual.

Pero yo también tengo mi orgullo científico. Y una vez sorprendí a mi profesor haciendo trampas: disimuladamente y sacudiendo la cabeza devolvió la ficha Impotencia Matrimonial Adquirida a la caja Trastornos Sexuales cuando yo la había colocado en Placeres, pero yo persistí en mi idea. Así que la segunda vez que descubrió la ficha donde no correspondía, mi profesor estuvo a punto de santiguarse; ignoro por qué palideció como un pecador que se ve descubierto.

Como es sabido, algunos teóricos basan toda su teoría —deficiente teoría, digámoslo en seguida— de los criterios para distinguir al hombre del animal en la afirmación de que los animales son incapaces de sonreír y de llorar. He de reconocer que por lo que puedo ver esto es cierto. Pero, ¿acaso el hombre sonríe y llora? En el sector de la población que yo he podido observar no he encontrado nada de ello —por lo menos no en la manera como lo describen los investigadores.

Reír —veamos. Por ejemplo, hace poco, en el despacho de mi profesor: el doctor Hinz había publicado un nuevo artículo de la serie «Tu salud-tu beneficio» en el suplemento dominical del periódico. Trataba de la importancia de la pesca para la sociedad y leí con incredulidad y sorpresa que el pescador de caña no sólo está movido por el bajo pensamiento del pescado como manjar apetitoso, sino sobre todo por el deseo de almacenar una reserva de energía que consumirá al día siguiente en su puesto de trabajo en

forma de mayor productividad. ¿Se dedica usted a la pesca?, preguntó mi profesor al doctor Hinz y cuando éste algo irritado dijo que no, el doctor Fettback soltó: ¡Tampoco es productivo! Se hizo el silencio en la habitación y después se oyó una carcajada como corresponde a una buena camaradería.

Pero sonreír —no, no sonrieron.

Isa sonríe alguna vez, es cierto. Se sienta en un sillón sin hacer nada y sonríe para sí sin motivo alguno con expresión un tanto bobalicona. Esta observación avala mi tesis de que sonreír y llorar son restos infantiles de estadios anteriores de la evolución de la humanidad que desaparecen en los ejemplares adultos de esa especie aproximadamente a partir de los veinticinco años, como una lagartija se deshace de su cola herida. Esta teoría explica suficientemente la impávida seriedad de los animales cuya historia se remonta mucho más lejos en el tiempo que la de los hombres, de manera que ellos ya debieron sentir la necesidad de deshacerse de atributos molestos mucho antes. Ningún resto óseo nos puede informar de si el ictiosaurio sonreía y si precisamente sucumbió por ese motivo cuando llegó el momento de evolucionar. Pero precisamente de evolucionar se trata, porque si no se hubiera impuesto ese noble objetivo, estoy seguro de que mi pobre profesor preferiría cuidar sus rosas con toda tranquilidad. Así dice él, pero es pura metáfora porque no entiende nada de rosas y la señora Anita se ve obligada a acudir a los conocimientos de los Beckelmann cuyas rosas comunes siguen floreciendo después de su separación, cosa que es un enigma para la señora Anita y para mí, si se piensa en lo sensibles que son estas flores.

Últimamente la señora Anita sueña con gatos negros, cosa que seguramente no es sólo consecuencia de las ensaladas de Fettback, sino que además expresa su deseo inconsciente de que yo me parezca a Napoleón. Ya sé que el hombre no puede controlar sus sueños, pero no por ello me siento menos ofendido. Mi profesor llega ahora muy tarde a casa, si es que viene, y la señora Anita le pregunta, por supuesto, a qué se dedica día y noche. Mi profesor replica que está ocupado en cálculos complicadísimos para los que necesita su pequeño ordenador del instituto donde pasa la noche de vez en cuando. Está bien que te diviertas, dice la señora Anita enojada, sin advertir hasta qué punto esta fase de los trabajos está

destrozando los nervios de su esposo. Incluso yo, que me consideraba afortunado de prestarle mi ayuda por modesta que fuera —ahora incluso yo he de dejarle solo, cara a cara con su gran proyecto.

Cualquiera puede ver que está realizando una labor superior a sus fuerzas. Su jardín que siempre había mantenido en perfecto estado, no tanto por afición como por sentido del orden, está abandonado desde hace semanas. Él mismo, que por constitución es más bien un tipo asténico, ha adelgazado sensiblemente. No me atrevo ni a imaginar cómo debe estar su estómago por dentro. Lo que pretende es algo sobrehumano y él lo sabe.

El SIMASA, le he oído decir, será completo y absolutamente válido o no será.

Esta frase tan sencilla me produjo un escalofrío. ¡Pero qué real! Un sistema plagado de errores sería un invento absurdo, porque uno puede tener tantos errores como quiera y sin necesidad de un sistema. Por desgracia esto se ha demostrado en el curso de la historia de los humanos. Pero un sistema sin error alguno, como sin duda lo es el SIMASA, ha de ser obligatorio para todos, de lo contrario, ¿quién podría asumir la responsabilidad de las enormes pérdidas que para la economía socialista se derivarían de la no aplicación del sistema? ¿Quién podría defender el retraso en la aplicación generalizada del programa FEHUTO ante la generación siguiente que por lo que puedo ver en Isa no aprecia en su justo valor los esfuerzos de sus padres…?

Cómo si no hay que interpretar que Isa, apenas su padre ha anunciado que dormirá con su pequeño ordenador y tan pronto como la señora Anita sale de casa con su maletita para ir a pasar la noche a casa de una amiga —que Isa, pues, convoque por teléfono a siete ejemplares de los sexos masculino y femenino para llevar a cabo una de esas reuniones llamadas «fiesta» que siempre son tan ruidosas y tan oscuras y ante las que me refugio en el sótano o en el jardín. Una vez, pasada la medianoche, vi saltar a la piscina cinco pálidas figuras y, por muy sofocante que fuera el calor aquella noche, no puede decirse que ésa sea una manera civilizada de proporcionarse frescor.

Así es por lo menos como el padre de Isa, mi profesor R. W. Barzel, expresó su extrañeza cuando inopinadamente llegó a casa, la

pura imagen de la desesperación, allá en la penumbra del jardín, y sin corbata, cosa que no va con su estilo. Con satisfacción vi a los nadadores escabullirse precariamente vestidos y bastante avergonzados. Por su parte, Isa destrozó algunas tazas de diseño Rosenthal delante de la puerta de la casa, se encerró en su habitación y gritó a su padre que forcejeaba para abrir la puerta, ¡pequeño burgués de la evolución!

Yo no daba crédito a mis oídos. Esa muchacha me había alimentado cuando fui sometido a un estricto control científico. Es la única que conoce el punto exacto bajo mi barbilla donde hay que rascar para proporcionarme el máximo placer. Y, sin embargo, he de hacer honor a la verdad y decir: su conducta es imperdonable. A consecuencia de aquella noche, de ello estoy seguro, mi profesor empezó a ocuparse a escondidas de todos excepto de mí, de su Ser-Reflejo, un sencillo sistema de reglas que, dirigido desde un único centro, responde a los estímulos con un margen de libertad igual a más menos cero y de manera totalmente predecible. No hace falta exponer las ventajas de este modelo para el experimentador. Su inconveniente —deficiente capacidad de adaptación a los cambios del entorno— podría ser compensado mediante un entorno perfectamente estable. El SIMASA (Sistema de la Máxima Salud Corporal y Anímica) —de pronto se hizo la luz en el cerebro— sería el entorno ideal para un Ser-Reflejo. ¿Por qué entonces mi profesor llevaba a cabo sus investigaciones como un ladrón, a puerta cerrada y al amparo de la noche? ¿Por qué encerraba cuidadosamente sus papeles en una caja de hierro? ¿Por qué no se atrevía a mostrar los resultados a sus colaboradores que, entre tanto estaban llevando a cabo la ardua tarea de recopilar un catálogo exhaustivo de todas las propiedades y capacidades humanas?

El doctor Hinz, por muy extraña que sea su personalidad, realizó una tarea extraordinaria en aquellas semanas de actividad febril. A él se debe el programa de procesado paralelo de los datos constantes del SIMASA con los datos del catálogo de todas las propiedades humanas. Ambos, intercalados de manera muy complicada, eran introducidos en *Heinrich*, así se llama nuestro pequeño ordenador. ¿Qué nos contestaba éste? Muchas, muchas veces pude leer encima de la mesa de mi profesor el fatídico papel: *Planteamiento equivocado. Imposible unificar en sistema viable reglas*

que se excluyen mutuamente. Cordiales saludos, Heinrich.

Llevado por su primer impulso de rabia, mi profesor exclamó que *Heinrich* no tenía cerebro. Se desplazó exprofeso a la capital para consultar al gran ordenador que es demasiado serio como para llamarse otra cosa que GOA7 y que cobra a sus clientes mil marcos por un minuto de trabajo. Pero el doctor Hinz, cuya misión es alimentar ordenadores, salió al cabo de medio minuto algo pálido. La señora Anita observó que al doctor Hinz debía sentarle bien la palidez, cuando mi profesor se lo contó todo aquella noche. En la tira de papel que el doctor Hinz llevaba en la mano, ¡qué soberbios son esos ordenadores que se creen buenos!, se repetía una sola palabra a lo largo de medio metro: No, no, no, no, no…

Así que GOA7 es un pesimista. No nos cabía en la cabeza que a sus constructores se les hubiera pasado por alto un defecto de esta envergadura. El doctor Fettback propuso presentar una queja a la oficina central de Construcción de Ordenadores, pero como ya se sabe que esa gente no trata con los comunes mortales, mi profesor le disuadió. Yo no soportaba verle tan deprimido y sin pensarlo dos veces aproveché la pausa del mediodía para llevar el estúpido papel al jardín de los Beckelmann, donde evidentemente no provocó ningún estado depresivo, sino que fue atado a modo de corbata alrededor de una rosa que acababa de florecer por el más pequeño de los Beckelmann. Napoleón y Josefina (mi hijita, el vivo retrato de su madre en todo) me pusieron al corriente con su habitual malicia.

Pero para mi consternación, mi profesor empezó a buscar el desventurado papel como si fuera un tesoro, llevado por esa enfermiza tendencia de los humanos a transformar cualquier infortunio en un acta, como si así pudiera dejar de serlo. (Cito de mi «Guía para el gato adolescente»: El contacto con actas puede ser perjudicial para la salud). Así pues, mi profesor registró desesperado la casa y el jardín, miró por encima de la valla de los Beckelmann y vio a la muchacha «Malzkacke» junto al macizo de rosas. Una visión banal, lo juro por mi buen gusto. No comprendo qué hizo que mi profesor cambiara la voz. Oh, dijo pues con la voz cambiada, qué rosas tan bonitas. Puede que sea cierto, las flores me tienen sin cuidado. Pero él ni se dio cuenta del papel atado a la rosa más grande. Sí, dijo «Malzkacke» con ese aire de indiferencia que

adoptan hoy en día las muchachas ante los hombres maduros. Bonitas rosas. Pero la más hermosa dice: No, no, no. Y entregó el papel al profesor que ni siquiera lo miró; suspiró de manera estúpida y dijo que confiaba que podría suavizar la sentencia de la más hermosa de las rosas. Después preguntó a «Malzkacke» si todavía se llamaba Regine, y como la respuesta fue afirmativa, inquirió si ella también ponía abono a sus rosas. Regine (¡vaya nombre!) dijo que no, que no ponía abono a las rosas. A lo que mi profesor respondió con una exclamación enigmática: ¡Manos afortunadas!, entró en su casa y arrojó el papel directamente a la papelera, de manera que no tuve más remedio que vaciarla para coger de nuevo el papel del ordenador y devolverlo a la mesa del profesor. Naturalmente ignoré la desproporcionada explosión de ira que el errabundo papel provocó en la señora Anita; yo estaba preocupado por mi profesor que se encontraba visiblemente enfermo, una preocupación que los acontecimientos que siguieron revelaron como justificada.

Entretanto, los tres hombres que llevaban sobre sus hombros toda la carga de la responsabilidad de la aplicación inmediata y efectiva del SIMASA, averiguaron en excitantes sesiones de trabajo y con ayuda de *Heinrich* que la única variable de su sistema era la magnitud Humano. Para llegar a esta conclusión tardaron más de lo que hubiera tardado un observador imparcial, por ejemplo yo; su persistencia en los prejuicios sobre los componentes imprescindibles del ser humano —puro mito— casi daba pena, pero además retrasó la puesta a punto del SIMASA. Sea como fuere, fue madurando la idea del Hombre Normal. Fue un gran momento cuando este concepto se mencionó por primera —y última— vez una tarde en una sesión de trabajo. Y puedo decir que yo estaba presente.

En medio de un denso silencio el doctor Hinz dijo como si no tuviera la mayor importancia: llamémosle HN. El doctor Fettback, que me pareció algo preocupado, asintió precipitadamente: eso facilitaría un poco las cosas.

En ese preciso instante comprendí que los hombres utilizan su lenguaje no sólo para entenderse entre sí, sino también para ocultarse a sí mismos algo que han entendido. Un invento que no puedo por menos que admirar.

Así es que emprendieron la tarea de limpiar el catálogo de lo

humano de todo lo superfluo. Parece increíble todo lo que echaron por la borda de una sola vez. Llenos de alegre esperanza alimentaron a *Heinrich* con los nuevos datos. Seguramente éste hizo su trabajo a conciencia porque parecía que la tarea le gustaba. Pero al final explicó desolado: «Heinrich no puede hacer nada.» Después los tres aprobaron un catálogo que el doctor Fettback calificó lloroso como el límite inferior (ahí se puso de manifiesto que el doctor en su casa suele leer libros y que ha hecho de las citas de los clásicos el hilo conductor de su vida). Pero *Heinrich* respondió preocupado: «Camino Bueno. Meta lejana.»

Entonces el doctor Hinz propuso engañar al ordenador y amputar a modo de prueba todo el bloque Pensamiento Creador. «Bravo», escribió *Heinrich*, «no retrocedáis».

Un golpe genial, dijo mi profesor.

¿Pero qué hacemos ahora? Sobre todo, dijo el doctor Hinz, no había que extraviarse en la idea de que existía una contradicción insalvable entre la pérdida del pensamiento creador y la definición de Hombre. Entonces el doctor Fettback repuso que la mayor fortuna de los habitantes de la tierra había sido siempre la personalidad y que una parte de la personalidad es el pensamiento creador que él, Fettback, pensaba defender hasta su último aliento. ¿Y si una conferencia de científicos decidiera lo contrario?, preguntó el doctor Hinz. En ese caso…, dijo Fettback y añadió que él no era un tipo testarudo. La conferencia que se reunió por iniciativa del profesor R. W. Barzel resolvió por mayoría que el pensamiento creador forma parte del hombre y que ha de plasmarse en la literatura y en el arte, pero que se puede prescindir de él para los fines de la investigación científica.

Así lo explicó por la noche mi profesor a la señora Anita. Pero ella, que ahora guarda la botella de Apricot Brandy en el armario de su mesita de noche, no siguió en esta línea de pensamiento y sólo quería saber si el doctor Hinz llevaba puesto su bonito chaleco rojo. Mi profesor, como es natural, ni se había fijado y la señora Anita dijo con aire soñador, tiene un chaleco rojo tan bonito…

Ahora ya sólo faltaba la idea que tuvo mi profesor de introducir el concepto de Formación de la Personalidad para que el trabajo entrara en buen camino. (Inútil decir que yo aporté mi modesto granito de arena desde el principio. Las fichas que saqué las llevé al

cuarto de la calefacción, al montón de papeles viejos, donde estaban a salvo de que alguien las encontrara. Realicé mi tarea con cuidado y elegí sólo fichas amarillas que de todas formas contienen sólo características secundarias pero a las que el hombre, a pesar de que son superfluas, renuncia difícilmente, como Audacia, Altruismo, Compasión, etcétera.) Así pues, ahora se hacía la distinción entre Personalidad Formada y No Formada. Las que eran formadas por los tres científicos se acercaban lenta pero seguramente al ideal de *Heinrich*. Las no formadas que, por desgracia, constituyen aún hoy día la masa de la humanidad, podían ignorarse por anacrónicas.

Así se fue despojando de un montón de cosas inútiles al humano que sería adecuado para recibir el benéfico efecto del SIMASA. El doctor Hinz reconoció que le parecía que nos estábamos acercando a la verdad, porque ser verdadero quiere decir cumplir el criterio de utilidad. Entretanto, las informaciones de *Heinrich* que durante un tiempo fueron alentadoras, se encallaron llegadas a un punto determinado. Tuvimos que ayudarle. Eliminamos la Fidelidad a las Convicciones. ¿A qué tipo de convicciones ha de ser fiel una persona en un sistema perfectamente organizado? ¿Para qué quiere la Fantasía? ¿Y el Sentimiento de Belleza? Caímos en un verdadero delirio, tachamos y tachamos y esperamos la información de *Heinrich* con los nervios a punto de estallar. ¿Y cuál fue su respuesta? «Así no llegaremos muy lejos. Estoy triste. Vuestro, *Heinrich*.»

Pocas veces algo nos ha conmovido tanto como la pena de esta máquina. Para devolverle la alegría estábamos dispuestos a llegar hasta el final. ¿Pero cuál era el final?

¿La Razón?, preguntó el doctor Fettback tímidamente. Podemos sacarla de sobra, dijo el doctor Hinz, así como así es sólo una hipótesis y no una característica. ¡Pero qué dolor reconocerlo en público! Al decir esto seguía con la mirada a la señora Anita que salía de la habitación con la bandeja de las tazas vacías y que de un tiempo acá se ha acostumbrado a mover las caderas de una manera extraña.

Sexo, propuso el doctor Fettback sonrojándose y mordió sin darse cuenta un bocadillo de jamón. Cosechó el silencio. Nos separamos perplejos. Estábamos en una crisis total, de eso no había duda. Por la tarde, antes de que cayera la noche que, al parecer

hace pardos a todos los gatos (cosa que no es cierta), hallé a mi profesor entre los arbustos que separan el jardín de los Barzel del de los Beckelmann. Se dirigió a mí: Max, me dijo, puedes estar contento de no ser humano.

Realmente ya no necesitaba esa advertencia. Pero, ¿qué quería ser *él*? ¿Tal vez un gato? Esta idea iba en contra de mi sentido de lo que debe y lo que no debe ser.

Mi profesor demostró un valor heroico. Me consta que tachó Razón y Sexo de la Personalidad Formada y la pasó de nuevo por el ordenador. Volvió a casa derrotado. Heinrich había expulsado una frase airada: «No me vengáis con cosas deficientes.»

Aquella noche, por fin, mi profesor sacó el Ser-Reflejo de su caja para confrontar sus datos con los de la Personalidad Formada. En esos minutos *tuvo* que comprender lo que yo sabía desde hacía tiempo: el Hombre Normal era idéntico a su Ser-Reflejo; y no veo que eso sea motivo para sacudir la cabeza. Ignoro por qué no se fue inmediatamente a presentar ese Ser a *Heinrich*. Ya no comprendo a los hombres.

Mi profesor sale de casa como de costumbre, pero al cabo de unas horas le encuentro vagando por el bosquecillo. Yo me escondo entre los arbustos sin saludarle porque prefiero ser discreto en lo que se refiere a mi vida íntima. (Dicho sea de paso, esta vez se trata de la blanquinegra Laura de Wille, el fontanero, un ser dulce y grácil sin ningún afán de dominio.) El doctor Hinz viene a visitarnos a pesar de que hace días que no trabajamos. Se presenta por las tardes cuando el profesor aún no ha regresado a casa. Lleva su chaleco rojo y besa la mano a la señora Anita, después los dos se dirigen al cuarto de estar a donde no les sigo porque las conversaciones no científicas me aburren sobremanera. Isa pone la radio de su habitación tan fuerte que yo me refugio debajo del abrigo de pieles del armario guardarropa. Después oigo que el doctor Hinz y mi profesor se saludan cortésmente en el vestíbulo. Uno sale y el otro entra.

Medianoche.

Qué te pasa, Rudolf, oigo que pregunta la señora Anita. Mi profesor pasa de largo sin decir palabra y con andar pesado, y se encierra en su despacho dejándome apenas tiempo de escabullirme dentro. De su cartera no saca mensajes de Heinrich, sino dos

botellas de coñac de las cuales una ya está medio vacía. Se la lleva a los labios y bebe un largo trago. Después rompe a hablar.

Yo, que por naturaleza no soy un gallina, estoy asustado.

Regine —dice el profesor de psicología aplicada R. W. Barzel—, señorita Regine «Malzkacke». Tú no me quieres y además estás orgullosa de ello. Está bien. Perfecto. (Así dice mi profesor y vuelve a echar un trago.) Algún día tendrá usted que quererme, señorita. Sólo que entonces ya no será «Malzkacke» sino un Ser-Reflejo como todos, y yo habré eliminado de ti el orgullo, por secundario, y en lugar de ese soso muchachito rubio de la moto te casaré con el SIMASA. *Heinrich* será el padrino, porque para entonces ese tipo arrogante sabrá quién soy yo. Será positivo, el desgraciado, positivo sin misericordia y le eche lo que le eche, no escupirá otra cosa que «Sísísísísí…»

Llaman a la puerta. Oigo la voz del doctor Fettback y prefiero…

NOTA DEL EDITOR

El manuscrito se interrumpe aquí. Nuestro gato Max, en caso de que sea su verdadero autor, cosa que parece totalmente increíble, no pudo terminarlo. Murió la semana pasada víctima de la epidemia que ha afectado a los gatos. Nuestro dolor por él, tan extraordinario por su belleza como por su carácter, se ha acentuado a raíz de este hallazgo. Como casi siempre que se ha conocido a un autor personalmente, causa extrañeza esta visión del mundo tan personal, podría decirse desgarrada, que refleja en sus escritos. También nuestro Max se tomó la libertad de inventar. Creemos incluso que él mismo era distinto a como se presenta el autor de estas líneas.

¿Pero quién sería capaz de privar al público lector, por mezquindad o por un sentimiento de orgullo herido, de este monumento que un ser extraordinario se ha levantado a sí mismo?

1970

EXPERIMENTO PERSONAL
ACOTACIONES A UN INFORME

No hay duda: el experimento ha sido todo un éxito. A usted, profesor, uno de los grandes hombres de nuestro siglo, seguramente le tiene sin cuidado no obtener la fama y los honores que se merece. Por mi parte, las cláusulas que nos obligan a mantener el secreto no sólo me garantizan la absoluta discreción con la que serán tratados los materiales concernientes a nuestro experimento; me permiten tomarme la libertad de añadir al acta personal estas notas que nadie me ha pedido.

Llenar un vacío del informe mediante la descripción de la causa que lo motivó: ningún pretexto para presentarle esta comunicación podría ser más brillante. Cansada de pretextos y postulados, prefiero servirme del lenguaje sin florituras que es privilegio de las mujeres aunque hagan poco uso de él —eso es algo que aprendí en la época en que fui hombre, o mejor dicho, en que estuve a punto de convertirme en hombre. Esta experiencia pasada que todavía me arde en las manos requiere ser expresada. Satisfecha de poder servirme de nuevo de las palabras, no puedo dejar de pagar con ellas y admirar su carácter equívoco, lo que no me impide declarar exactos, correctos e inequívocos todos los datos que puede extraer usted de mi informe.

Petersein masculinum 199 es un producto excelente, adecuado, inocuo y que carece de efectos secundarios para convertir una mujer en un hombre. Los tests que confirman nuestra hipótesis tienen las características que, de estudiantes, usted nos decía que han de reunir los tests: fiables, sensibles, válidos. Yo misma los he diseñado. Confeccioné el informe tan concienzudamente como me fue posible. Cada palabra de este informe es verdad.

El conjunto de sus frases no explica nada: ni por qué me ofrecí para el experimento ni, mucho menos, por qué lo interrumpí al cabo de treinta días, de manera que desde hace dos semanas vuelvo

a ser felizmente una mujer. Sé que la verdad —una palabra que usted evitaría— está lejos de los hechos consignados en aquel informe. Pero usted, con su adoración casi supersticiosa por los resultados de las mediciones, me ha hecho parecer sospechosas las palabras de mi lenguaje interior que ahora podrían ayudarme a contradecir la objetividad irreal de aquel informe con mis recuerdos reales.

«Curiosidad», parece que dijo usted. Curiosidad como supuesto motivo para avenirme a este experimento. La curiosidad es un vicio de las mujeres y de los gatos, mientras que los hombres están hambrientos de conocer y sedientos de saber. Yo se lo eché en cara y usted sonrió —con aquiescencia, si lo interpreté bien. Usted nunca niega que ha sido descubierto, pero procura por todos los medios que no le descubran.

Y yo quería saber por qué.

Ahora todos se preguntan qué demonio se apoderó de mí para que interrumpiera un experimento afortunado antes de tiempo. ¿Por qué nadie se ha interesado por los motivos que me empujaron a cometer esa locura? Usted mismo, jamás me lo preguntó, ni antes ni después. O bien usted conoce todas las respuestas, o bien es usted demasiado orgulloso para descubrirse haciendo preguntas.

¿Acaso la jefa de cuadros debía haber hablado conmigo? Ella ya tenía suficiente con sus responsabilidades referentes al secreto. Hoy casi me parece sospechoso que ninguno de nosotros haya violado este secreto —como cómplices cuya boca está sellada porque comparten un delito.

El texto de mi compromiso era distinto del de los otros seis —o siete, en el caso de que usted, en su fanatismo por la justicia haya firmado uno. Papel de barba blanco, formato Din A4, membrete de la Academia de las Ciencias. Que yo…, realizado por…, dirigido por… (progreso de la ciencia, fines humanitarios, etcétera) me ofrecía voluntariamente como sujeto del experimento («en lo que sigue, etc.»). Yo firmé, por tanto es verdad… que había sido advertida de los riesgos. Yo firmé… que un eventual «fallo parcial o total» del experimento obligaba a la Academia a abonar las indemnizaciones a que hubiera lugar. (¿Qué pensaban la jefa de cuadros y usted que podría ser un «fallo parcial»?)

Divertida y enojada firmé y la jefa de cuadros me miraba entre

horrorizada y entusiasmada, mientras a mi espalda su secretaria desenvolvía el ramo de claveles que acompaña, como es de rigor, a cualquier distinción o nombramiento.

Yo misma sabía perfectamente que era excepcionalmente apropiada como sujeto del experimento: soltera. Sin hijos. No la edad ideal, pero casi: treinta y tres años y medio. Sana. Inteligente. Doctora en Fisiopsicología y directora del equipo CS (Cambio de Sexo) del Instituto de Hormonística Humana, por lo tanto tan familiarizada con ese programa de investigación como el propio director del Instituto. Conocedora de las técnicas de medición y observación adecuadas, así como de la correspondiente jerga especializada. Finalmente, capaz de presentar las cualidades de valor masculino y autosuperación que se requerirían llegado el momento.

Hay algo que habla en su favor; que usted no tratara de mentirme presentándome mis malditos sentimientos del deber y de culpa como un privilegio. Así me faltó la última oportunidad de enfurecerme, resistirme, abandonar. ¿Cómo se resiste una en una reunión de trabajo contra la entrega de las tapas de un acta por el director del Instituto? De ninguna manera. Una las coge. Unas tapas duras que contienen todo el material informativo para el futuro sujeto del experimento, un material que aquí todos conocen. Y nadie sospecha que hay un duplicado exacto en mi propia caja fuerte y que usted confía en que yo sabré dominar mi expresión. El conmoverse es cosa únicamente de nuestros colaboradores.

Era el lunes 19 de febrero del año 1992, un mes lluvioso, cuya media de insolación estaba por debajo de la de los últimos cincuenta años. Pero cuando fijamos el inicio del experimento para el 4 de marzo y usted dio por concluida la reunión con un mudo apretón de manos, el sol brilló aproximadamente diez segundos en su despacho. Apretón de manos y sonrisa y cabeza alta, y guardar la compostura y ser razonables: ahí estaba yo y lo comprendía todo. Incluso que no hubiera sido rentable desarrollar un preparado para transformar hombres en mujeres porque no hubiéramos encontrado ningún sujeto que se aviniera a un experimento tan descabellado…

Usted sobrepasó en treinta segundos el minuto que me pidió después de la reunión para decirme —lo que yo ya sabía— que también el Petersein *minus* masculinum 199 es un producto fiable y

que podría efectuar mi reconversión tan pronto como yo lo deseara, incluso antes del plazo previsto de tres meses. Ningún otro incidente —ni una señal, ni una mirada, ni un pestañeo. A su gesto impenetrable, yo oponía mi cara serena tal como habíamos practicado tantas veces.

Mi amigo el doctor Rüdiger, que usted valora como científico pero al que usted considera de moral algo relajada, tuvo la idea salvadora y cuando salí de su despacho me miró de pies a cabeza con una desvergonzada mirada masculina, silbó descaradamente y dijo: ¡Qué lástima, muñeca! —Eso me hizo bien. Fue lo único que me hizo bien, pero su efecto duró sólo un instante. Los catorce días que nos quedaban los llenamos con insulsas banalidades, con tonterías y extravagancias que usted tal vez tomó por alegría. (En esos días cada uno se delató a su manera: Rüdiger empezó a besarme la mano; Irene, la jefa del laboratorio, «olvidaba» traerme a su hija cuando recibía a un hombre en su casa y Beate —el mejor químico de sexo femenino que usted conoce, profesor— dejó entrever que me envidiaba. Ahórreme estas miasmas de la edad de piedra, me dirá. Falta de autodominio, emociones, nada más que deslices. Pero me sorprendería que durante estos diez años —desde que poco antes del examen final me programó con esta frase— hubiera sorprendido en mí una sola falta de dominio. A cambio pude comprender a partir de una frase de su secretaria que yo podría sustituir para usted a cualquier científico de sexo masculino…)

Un día, el sábado, dos días antes de iniciar el experimento, estuve a punto de llamarle por teléfono. Estaba sola «en las nubes» —así dice Irene que vive sólo dos pisos más abajo, en el decimoquinto— junto al enorme ventanal de mi sala de estar, cuando oscureció y empezaron a llegarme cada vez en mayor número las luces de nuestra colonia de científicos y al fondo las de la ciudad de Berlín, me tomé un coñac —cosa que iba en contra de las normas— observé durante unos minutos la luz de su despacho, que puedo distinguir entre todas las luces, y me encontré con el auricular en la mano. Marqué su número, escuché la señal una sola vez y en seguida su voz, tal vez algo menos impersonal que de costumbre. Como usted no colgaba a pesar de que yo no respondía, pero tampoco decía nada, yo podía oír su respiración como usted

quizá oía la mía. Mis pensamientos estaban muy lejos. ¿Sabía usted que la palabra «triste» tiene que ver con caer, desmayarse, perder las fuerzas? Mientras que «temeraria» no significa otra cosa que tomar la dirección hacia un objetivo determinado —y además con decisión. Yo era temeraria a mis diecinueve años, el día de mi primera clase con usted, cuando escribí con mayúsculas la palabra YO en un trozo de papel que pasé a Rüdiger. Usted, profesor, acababa de expresar bromeando la hipótesis de que quizá entre nosotras, «jóvenes inocentes y nada más», se encontraba la persona que al cabo de diez o quince años se dejaría convertir en un hombre gracias a una sustancia prodigiosa que aún estaba por descubrir.
YO.
—«¡Temeraria!», escribió Rüdiger al lado—. ¿Comprende usted ahora por qué me interesaba que él estuviera en nuestro equipo de trabajo?

Al cabo de un minuto colgué el auricular, me metí en la cama y me dormí en seguida, tal como había practicado con disciplina férrea (es curioso, pero ahora es cuando empieza a fallar el entrenamiento); pasé el domingo disciplinadamente según la distribución del tiempo prescrita, haciendo los preparativos necesarios, tomé las comidas a las horas fijadas, realicé las mediciones y anotaciones ordenadas que, según se demostró por la noche, cumplieron plenamente su objetivo: también yo me encontraba bajo la sugestión que me hacía confundir un día regulado y sin resquicios para la casualidad con la existencia de unas necesidades superiores cuyo poder regulador aleja de nosotros la inquietud, el temor y la duda. A veces, cuando ya no nos queda elección posible es cuando podemos saber por qué hacemos lo que hacemos. En aquel momento todos mis motivos, buenos y malos, perdieron peso ante uno solo que me era suficiente: yo quería averiguar su secreto, profesor.

El lunes por la mañana llegué puntualmente al Instituto y en una atmósfera fría y despersonalizada, la más conveniente en estos casos, usted me puso la primera inyección que me dejó un poco adormilada y que iniciaba el proceso de transformación que fue completado con otras nueve dosis de Petersein masculinum 199 administradas cada cinco horas. Tengo la sensación de que a ratos soñaba, aunque soñar no es la palabra más apropiada. Pero no voy

a reprocharle a la lengua que carezca de una palabra para designar aquellos estados difusos en que caí y que se reflejaban en mí como el nadar en el fondo de un estanque verde claro habitado por animales y plantas de una extraña belleza. Un ser que flotaba por allí podía ser el tallo de una planta al que habían ido saliendo aletas y agallas, hasta quedar convertido en un hermoso pez grácil y liso que se movía con facilidad en el agua por entre los verdes tallos y hojas. Mi primer pensamiento al despertar fue: ni carne ni pescado. En seguida vi y reconocí nuestro reloj electrónico y pude leer el día y la hora: era el 6 de marzo de 1992, las tres de la madrugada y yo era un hombre.

Junto a mi cama se encontraba Beate: una buena idea si es que había sido suya, profesor. (Hasta hace pocos días no he sabido que usted mismo salió de la habitación justo un minuto antes de que yo despertara.) Repito: su preparado es excelente. Nada de sopor, nada de malestar. Bienestar corporal y una irreprimible necesidad de moverme al aire libre que había de satisfacer en seguida; porque, aparte de los tests regulares, no se me había impuesto un programa de actividades fijo porque pensábamos que una persona puede conocer mejor sus posibilidades si se le da la máxima libertad de movimiento. Parecía asegurado que se realizaría un informe concienzudo porque en nuestros experimentos con monos no habíamos encontrado variaciones significativas del carácter después del cambio de sexo. Una mona formal y de nervios fuertes solía dar un mono formal.

Discúlpeme, estoy faltando a la objetividad. Sin motivo, por otra parte, porque hacía tiempo que no me sentía tan bien. Tan bien como alguien que ha conseguido encontrar al fin una brecha en el muro. Aliviada salté de la cama, me puse mi traje nuevo cuya perfecta caída confirmó brillantemente nuestros pronósticos sobre las medidas que cabía esperar de los caracteres sexuales primarios y secundarios, firmé a Beate el comprobante de haber recibido mis nuevos papeles con el nombre que usted había elegido, Anders,[4] y por fin salí al aire libre, a la calle iluminada donde todavía no se veía un alma. Corrí al cerro del observatorio donde estuve un rato, encontré el cielo extraordinariamente hermoso, elogié en mi fuero interno el progreso de la ciencia y, por qué habría de ocultarlo, profesor, también elogié su trabajo. También el valor de la mujer

que era yo todavía dos días antes y que, la sentía claramente, dormía en mi interior enroscada sobre sí misma como una gata.

He de reconocer que no me pareció mal del todo, ¿para qué echar a la pobre inmediata y definitivamente? Hoy, sin embargo, me pregunto si no sería más conveniente advertir a mis sucesoras de que no podrán eliminar de sí las circunstancias de su existencia como mujeres inmediatamente después de transformarse en hombres.

La moral elevada me duró un día y medio y una noche. Del informe sobre el experimento puede extraer usted que aquella madrugada me dirigí lentamente —necesité cuarenta minutos— desde el cerro del observatorio a mi casa. ¿Habíamos previsto en realidad que el flamante hombre no tendría más recuerdos que los de la mujer que ya no era? En todo caso, yo, Anders, durante el camino pensaba en el antiguo amante de aquella mujer que yo había sido. En mi querido Bertram que tres años antes, casi día por día, me había dicho en el camino del observatorio que no podíamos continuar. Que las mujeres científicas, sí; elevados coeficientes de inteligencia femenina, de acuerdo; pero lo que no va con una mujer es la tendencia al absoluto. No podía ser que yo pasara las noches en el Instituto (por aquella época empezábamos a experimentar con monos; ¿recuerda aquellas primeras hembras tan sumamente nerviosas?); no podía ser que yo eludiera el problema principal una y otra vez. El problema principal era un hijo. (Yo tenía treinta años y dije a Bertram que tenía razón. Era el día que usted me había hablado de paso de un posible plazo para el primer experimento humano: tres años. Y me ofreció la dirección del nuevo equipo. Bertram añadió que yo debía saber lo que quería. Yo quería un hijo. Él tiene uno que puedo ir a ver siempre que lo deseo porque la mujer de Bertram me aprecia. Sólo me molesta que a veces deja entrever algo parecido a la gratitud, pero también desconcierto: ¿Cómo se puede renunciar a algo tan valioso como este hombre?) No puede ser, maldita sea, dijo Bertram —nos encontrábamos delante del Palacio de Cultura Urania magníficamente iluminado, era una hermosa y transparente tarde de mayo, por todas partes había parejas jovencísimas— no podía ser que yo nunca tuviera tiempo para asistir a las fiestas de cumpleaños de su numerosa familia. Que yo nunca me enfadara de veras con él. Que yo no fuera

celosa. Que yo no le quisiera en cuerpo y alma para mí, cosa que cualquiera tomaría por una falta de amor. Y si no podía acercarme un poco a él. A lo que yo le pregunté para ir a dónde. ¿A una vivienda de tres habitaciones con calefacción? ¿A pasar la velada juntos ante el televisor y a las eternas fiestas de cumpleaños en el círculo de su numerosa familia?

Al día siguiente asumí la dirección de nuestro equipo y en mi primera noche como hombre podía pensar en ello por primera vez sin sentir remordimientos. Por aquel entonces había sonado la palabra «antinatural» y no era fácil borrarla como por arte de magia. Una mujer que rechaza el compromiso inventado especialmente para su sexo; que no consigue «abatir la mirada y transformar sus ojos en un trozo de mar o de cielo»; que no quiere que vivan por ella, sino vivir por sí misma: esa mujer sabrá qué es ser culpable. Si además ni te duele. Sí que me dolió cuando Bertram dio media vuelta delante de mi puerta. Ahora, en el mismo lugar y ya hombre, no me dolía nada. Lo que sentía era gratitud.

¿Ha descubierto usted en realidad mi táctica de estos tres últimos años? Para probar su producto usted necesitaba a alguien como yo. Yo quería llevarle al punto de que usted *me* necesitara. Tenía que demostrar mi valía como mujer aviniéndome a convertirme en hombre. Adopté una manera de ser modesta para ocultar que me daba perfecta cuenta de lo absurdo de mi situación.

Aquella misma mañana me presenté al portero de mi casa como un primo mío, que ocuparía la vivienda durante un viaje de su prima y mi nombre fue anotado inmediatamente en el libro registro de la casa en la columna correspondiente a «visitantes permanentes». Nadie echó de menos a la inquilina de la vivienda número 17.09 ni se fijó en el nuevo vecino. En este sentido todo fue sobre ruedas.

Como siempre, me acerqué al ventanal. En el armario de la habitación de al lado colgaban los trajes de un hombre, en el baño estaban los útiles de aseo de un hombre. Pero yo estaba allí y con la mirada de la mujer buscaba la ventana de su despacho, que para mi satisfacción era la única que estaba iluminada en la larga fachada del edificio del Instituto pero, como si la luz que se había encendido en mi casa hubiera sido una señal para usted, la suya se apagó en seguida. Entonces yo, Anders, traté de formar la sonrisa que me era

propia cuando era una mujer. Estaba todavía en mí, podía sentirla claramente. Pero también sentí que en la cara ya no me salía igual que antes.

Fue el primer y muy breve asomo de desconcierto. Esto va a resultar divertido, dije a media voz y me fui a la ducha donde trabé conocimiento, diría incluso amistad, con mi nuevo cuerpo; porque como hombre era tan presentable, bien formado y sano como cuando era mujer. Tampoco hubiéramos admitido para este experimento a una persona fea que hubiera puesto nuestro método en entredicho…

¿Resentimientos? El doctor Rüdiger fue el primero que me acusó de estar resentida. Pero bien que se había reído antes con mi anécdota de «mi vecinita» que había coincidido conmigo en el ascensor, y como me había mirado suspirando le había preguntado si le sucedía algo. Y ella me había respondido con una mirada que hubiera hecho que un gusano se sintiera un hombre. Sólo que estos sentimientos tan agradables no podían desplegarse del todo en mí por culpa de una idea irónica y femenina: ¡Mira qué bien, esto funciona! Por eso se lo cuento. No vaya a pensar que su producto falla en algún aspecto y precisamente en ése tan importante. He sido yo, la mujer, quien ha saboteado los triunfos más masculinos del señor Anders con mis burlas, mi susceptibilidad o, simplemente, por mal humor. Yo, la mujer, le impedí recoger del suelo el bolsito de la «vecinita» (¿no era «yo» el más viejo de los dos?), cometí un error tras otro, hasta que la mirada de la vecinita se hizo primero incrédula y después glacial.

Sí, querido —así me decía ahora el doctor Rüdiger—, ahora vienen los días de la venganza. En realidad él se consoló rápidamente de haberme perdido. Me encontraba pasable, y antes quería someterme al test de reacción que demostró inequívocamente que mis sentidos continuaban reaccionando como se podía esperar de mi escala subjetiva. Azul seguía siendo azul para mí, y un líquido a cincuenta grados estaba caliente y tampoco conseguía recordar mejor los trece objetos inconexos que se encontraban encima de la mesa, cosa que pareció decepcionar levemente a Rüdiger. En el test de asociación se animó cuando algunas de mis nuevas respuestas resultaron distintas de las anteriores. La pérdida de espontaneidad explicaba que los tiempos

fueran más largos: ¿debía responder como mujer? ¿Como hombre? Y si respondía como hombre, ¡cómo, por el amor de Dios!

De manera que, finalmente, a «rojo» no respondí «amor» como siempre, sino «ira». A «mujer» no respondí «hombre», sino «bonita». A «niño», «sucio» en lugar de «tierno» y a «jovencita» no respondí «esbelta» sino «graciosa». Caramba, dijo mi amigo Rüdiger, vas muy bien, querido.

Nos fuimos a comer. Los largos pasillos del Instituto para bajar a la cantina, enfrascados en una conversación ligera y distendida, Rüdiger rodeó mis hombros con su brazo. Dos buenos camaradas. Se divertía presentándome a los conocidos comunes como un colega visitante y cuando alguien preguntaba si algún rasgo de mi cara no le resultaba vagamente conocido, se reía de ellos. Detrás de su puerta, profesor, reinaba el silencio. Usted no apareció detrás de ninguna esquina. Tampoco estaba en la cantina. La curiosidad no era una de sus debilidades. Así no vio usted cómo hube de comer pies de cerdo con puré de guisantes que para el doctor Rüdiger es la mejor prueba de la masculinidad de un hombre.

Por primera, pero no por última vez, me pasó por la cabeza la idea de que, debido a mi transformación, mi interlocutor había cambiado más que yo misma. De verdad, sólo usted ha permanecido igual a sí mismo. El doctor Rüdiger no sólo reconocía sin ambages que estaba satisfecho con mi «nuevo formato», sino que además estaba dispuesto a decir por qué. Dijo que lo de la venganza había sido una broma. A pesar de que, bien mirado, me tenía merecido un pequeño castigo. ¿Por qué? Por mi maldito orgullo, por supuesto. Por el mal ejemplo que había dado a otras mujeres no habiendo querido casarme, porque con ello apoyaba la falta de ganas de casarse del sexo débil cada día más extendida y reforzaba la rebelión contra el aburrimiento y la improductividad del matrimonio. Que no, que él no estaba en una vitrina. Y que un hombre soltero —como él, por ejemplo— es un hombre libre que no quita nada a nadie. El doctor Rüdiger no podía imaginar que mi instinto femenino aún no me había abandonado y que éste me decía que sólo quien se siente humillado ansia la venganza. Y al doctor Rüdiger le humillaba pensar que no hubiera podido tenerme aunque hubiera querido porque yo no era de nadie.

Así es que se tomó muy en serio la misión de hacer de mí un

hombre, mientras tomábamos café con tarta de manzana. Al doctor Rüdiger no le gustan las mujeres cargadas de problemas —¿y a quién le gustan? Ni siquiera ellas mismas se gustan si tienen la suficiente inteligencia como para darse cuenta de sus dilemas: entre el marido y el trabajo, la felicidad en el amor y el espíritu creador, el deseo de tener hijos y la ambición de correr toda la vida en zigzag como un ratón cibernético mal programado. Convulsiones, agarrotamientos, agresividades como las que, con la preocupación de un amigo, había podido observar en mí misma en mis últimos años de mujer… Resumiendo: ¡Que no fuera tan loco como para volver a caer en la trampa de la que acababa de escapar!

Tú quieres hacer de mí un hombre, le dije, y me eché a reír. Ves, dijo el doctor Rüdiger, ahora puedes permitirte tomar estas cosas a broma. —Ya que estamos de broma, repuse, ¿no estás harto de tener a una mujer como jefa? —Esto no era una broma, decidió Rüdiger, sino vulgar resentimiento. En cambio, sí era una broma cuando después de comer, me ofreció uno de sus fuertes cigarros cubanos.

En aquel momento vi a Irene y a Beate que se dirigían a nuestra mesa cruzando la cantina, Irene con su andar desgarbado y su eterno pullóver verde y Beate que últimamente se había teñido el pelo de rubio ceniza, lo que no iba bien con su tez clara. Una mirada a Rüdiger me convenció de que él estaba pensando lo mismo. Inmediatamente tuvimos que asegurarles que no estábamos hablando mal de ellas. ¿Por qué las mujeres siempre han de pensar que si hay dos hombres juntos hablan de ellas? Porque lo hacen casi siempre, dijo Irene. Porque las mujeres se toman demasiado en serio, repuso el doctor Rüdiger. Porque las mujeres, por naturaleza, tienen un complejo de inferioridad, opinó Beate. Yo les escuchaba y no tenía ninguna opinión, vivía en el limbo de la tierra de nadie y no tenía sino el primer asomo de nostalgia de las incongruencias de las mujeres. Irene, que veía en mí a la víctima culpable de ciertas maniobras para atraerme al bando contrario, me puso en guardia contra los intentos de soborno que me amenazaban para que traicionara unos secretos que sin mí un hombre jamás sabría. Yo me resistía a creerla, pero el doctor Rüdiger adujo como prueba una historia de la antigüedad clásica:

El griego Tiresias vio una vez dos serpientes que se estaban

apareando e hirió a una de ellas. Como castigo quedó convertido en una mujer y tuvo relaciones con los hombres. El dios Apolo se apiadó de él. Le dijo cómo podía volver a ser un hombre: tenía que mirar a la misma serpiente y herir a la otra. Así lo hizo Tiresias y recuperó su verdadero sexo. Al mismo tiempo, los grandes dioses Zeus y Hera disputaban sobre quién experimentaba mayor placer en el amor, el hombre o la mujer. Finalmente llamaron a Tiresias para que dilucidara la cuestión. Éste afirmó que un hombre siente una décima del placer, mientras que la mujer experimenta el placer total y completo. Hera, furiosa porque Tiresias había traicionado el secreto tan celosamente guardado, le cegó. En compensación Zeus le concedió el don de la profecía.

El breve silencio que se hizo en nuestra mesa hacía sospechar que cada cual se estaba guardando su primer pensamiento (el mío era bastante extraño; ¿quién me cegará?). El segundo fue una exclamación generalizada pero que tenía diversos significados, por cuanto la misma historia del doctor Rüdiger es bastante ambigua. Irene se creyó en la obligación de advertirme de los castigos que acechan a los que descubren los secretos de las mujeres. ¿Por qué?, dijo Beate suavemente, si Tiresias mintió…

Una conversación entre hombres nunca puede ser igual que entre interlocutores de los dos sexos.

Mi ánimo se había esfumado. En su lugar, una sensación de vacío situada a la altura del pecho. No es de extrañar. Pero lo que hacía que me sintiera insegura no era la falta de un órgano femenino, el pecho, sino la falta de las miradas masculinas apreciativas que le indican a una que está «ahí».

Le estoy dando unas muestras, comprende, pero siempre tengo miedo de aburrirle. Nunca llegué a sentirme como un espía que opera en la retaguardia del enemigo protegido por el mejor camuflaje. En cambio empecé a tener dificultades con el uso de todos los derivados del pronombre «yo». Nadie ignora que son las expectativas de nuestro entorno las que nos hacen como somos. ¿Pero que podían todos mis conocimientos anteriores frente a la primera mirada de una mujer dirigida a mí? ¿Frente a mis primeros paseos por la ciudad que no me reconocía y se me había hecho extraña? El hombre y la mujer viven en planetas distintos, profesor. Yo se lo dije, ¿recuerda?, usted me acusó de ser subjetiva y esperó

que yo lo retiraría y aseguraría que como siempre sometería mis sensaciones y sentimientos a la interpretación que usted les diera. Aquí le decepcioné por primera vez. Los viejos trucos no estaban a la altura de mi nueva experiencia. Yo quería ver qué pasaba si me mantenía en mis trece. Si no empezaba a sentirme culpable: culpable de un irreparable defecto del carácter que, por mucho que eso disguste a los hombres, nos hace a las mujeres incapaces de ver el mundo como es en realidad. Mientras que ustedes lo han apresado en su red de números, curvas y cálculos. ¿No es cierto? Como un pecador descubierto del que hay que apartarse. Del que uno se distancia, y de la manera más refinada, mediante una inabarcable lista de datos que hacemos pasar por informes científicos.

Si usted lo entiende así, profesor, tiene razón cuando afirma, medio en broma, que «scientia», la ciencia, es una dama pero dotada de cerebro masculino. Mis años me ha costado aprender a someterme a esta actitud mental cuyas mayores virtudes son permanecer distanciada e impasible. Hoy me cuesta trabajo volver a abrirme camino para llegar a las zonas de mi interior que se encuentran sepultadas bajo una masa de escombros. Se sorprenderá si le digo que para ello cuento con la ayuda de mi lengua que tiene su origen en aquel extraordinario espíritu para el que «juzgar» y «amar» eran una sola palabra. Usted siempre me ha prohibido el dolor ante lo inamovible. Y sin embargo me conmueve la trayectoria de algunas palabras; y sin embargo, lo que más deseo es ver hermanadas nuevamente la comprensión y el entendimiento que una vez fueron lo mismo en el seno creador de la lengua y que por nuestra culpa se han distanciado…

Jamás yo, Anders, hubiera podido nombrar los objetos con las mismas palabras con las que los denominaba cuando era una mujer si se me hubieran ocurrido otras palabras. Porque yo recordaba qué significaba para ella «ciudad»: una multitud de esperanzas una y otra vez defraudadas, una y otra vez renovadas. Para él, es decir, para mí, Anders, un conglomerado de oportunidades inagotables. Él, es decir, yo, estaba aturdido por una ciudad que quería enseñarme que mi deber era hacer conquistas, mientras que la mujer que había en mí todavía no había perdido el hábito de mostrarse y, si la situación lo requería, ceder un poco.

La historia del coche tal vez no le convencerá pero es bastante divertida. Las mujeres tienen el sentido de la orientación muy poco desarrollado y por eso, aunque desde un punto de vista técnico sean muy hábiles, no son buenas conductoras; eso es lo que me dijo mi profesor de conducir en la primera hora de clase para prepararme ante las ambiguas reacciones de los otros conductores —tanto hombres como mujeres— cuando ven a una mujer al volante. Así es que empecé a perderme en zonas que creía conocer y a hacerme a la idea de que conducir es muy fatigoso. Hasta que un día, a comienzos de mi segunda semana como hombre, el motor de mi coche me dejó tirado en el concurridísimo cruce de la Alexanderplatz y no me quedó más remedio que bloquear el tráfico y esperar los pitidos, los gestos despectivos del guardia de tráfico, el concierto de bocinas detrás mío y los comentarios burlones de los otros conductores. Creí soñar cuando el guardia cerró mi carril con pitidos y señas, bajó de su podio y se acercó a preguntarme qué me pasaba llamándome «compadre», y un par de conductores sacaron mi coche del cruce sin hacer grandes aspavientos, y nadie parecía dispuesto a satisfacer mi necesidad de ser aleccionada y multada. ¿Querrá creer que desde aquel día no me resulta difícil orientarme?

Pero volvamos a mi planeta. ¿En qué apartado de mi informe hubiera debido consignar mi sensación, imposible de probar, de que como hombre la fuerza de gravedad de la tierra se me hizo más ligera? Mientras que una estudiante jovencísima cayó desmayada a mi lado una tarde en la calle desierta. Con mala conciencia infundada la ayudé a levantarse, la conduje hasta un banco y le ofrecí —la cosa más natural del mundo— que subiera a mi casa a reponerse. A lo que me miró indignada y me llamó «ingenuo». Más tarde me di cuenta de que «ingenuo» quería decir originariamente «innato, natural» —¿pero hubiera podido hablar a la muchacha de amabilidad innata y altruismo natural sin aumentar su resentimiento contra nosotros los hombres? Tuve la desdicha de referirme a su «estado», porque cualquier mujer se daba cuenta a primera vista de que estaba embarazada. Pero yo no era una mujer, ella no podía mostrarme más que desprecio («¡qué estado, vamos a ver!») y decirme que me quitara de enmedio. Me quedé como si me hubieran dado un golpe en la cabeza, era la primera vez que recibía una ofensa por mi sexo. Y empecé a preguntarme qué nos habéis

hecho para que, como venganza, os tengamos que impedir que seáis amables con nosotras. Poco envidiable me pareció vuestra confusión en la multitud de acciones útiles mientras asistís inermes a la separación de palabras como «humano» y «hombre» que tienen la misma raíz, pero que se están alejando una de la otra sin remisión.

«Sin remisión posible», dijo Irene; yo no soy tan categórica. Ella vino a mi decimoséptimo piso a reunir su melancolía con la mía. Muchas veces nos había ido muy bien tomar unas copas de vino, música, de vez en cuando la televisión. Ésta nos presentaba los problemas de una mujer sobrecargada de trabajo, una maestra, madre de tres hijos, con un marido flemático, fabricante de aparatos domésticos. El director de la película, por desgracia una mujer, hacía esfuerzos por resolver los problemas matrimoniales de la maestra al mismo tiempo que los de la planificación de la fábrica, mediante la adecuación a la demanda de un amplio surtido de aparatos domésticos. Irene no tuvo más remedio que preguntarse si el embrollo en el que está metida no tiene una explicación fácil en lo raro que resulta encontrar una fabricante de aparatos domésticos. Había tenido que dejar al tipo largo, desgarbado y de pelo rizado que durante dos meses le había gustado bastante debido a que era incapaz de comportarse como un adulto. Irene está muy enfadada con las madres de hijos varones y está jugando con la idea de escribir una cartilla de la educación cuya primera frase sería: Querida madre: su hijo, aunque sea un varón, también es una persona. Edúquele de manera que pueda usted pensar que su hijo podría vivir con él.

Cómo pensamos un par de frases más y las apuntamos en un papel; cómo nos animamos, y nos interrumpíamos y nos reíamos con las ocurrencias de la otra; cómo Irene se divertía llamándome continuamente por mi nombre de hombre (¡tú, Anders!) y cómo finalmente quemó el papel en el cenicero porque no hay nada más cómico que las mujeres que escriben cartillas —todo eso no voy a contárselo en detalle. Sólo que yo dije, ¿mujeres?, ¡yo sólo veo un hombre y una mujer! Y que conseguí dar a mi pregunta el tono exacto que en ese momento una mujer podía esperar de un hombre. Y que ella ya no dijo mucho más, por ejemplo, qué pena que nos conociéramos de antes. Y que por ejemplo yo rocé su cabello liso y oscuro que siempre me había gustado. Y que ella repitió, tú, Anders;

tú Anders, creo que no hay nada que hacer. Pero a lo mejor ese maldito invento de tu profesor tiene algo bueno.

Para otros, quiso decir. Y para el caso de que ciertas habilidades de los hombres se atrofiaran un poco más —como la capacidad de conocernos, tanto en sentido literal como bíblico. «Feminam cognoscere.» Y él conoció a su mujer… Sí, más que cualquier otra cosa valoramos el placer de ser conocidas. Pero nuestro deseo os pone en un aprieto y, quién sabe, tal vez por eso os parapetáis detrás de vuestros tests y cuestionarios.

¿Se ha fijado usted en la devoción con la que nuestro programador alimenta a su ordenador? En esa ocasión se trataba del análisis de las 566 preguntas de mi test MMPI y nuestro programador tuvo tiempo de consolarme por el hecho de que las mujeres no hubiéramos inventado la cibernética —igual que antes tampoco habíamos inventado ni la pólvora, ni el bacilo de la tuberculosis, ni la catedral de Colonia ni el «Fausto»—. Por la ventana vi que usted salía del edificio central. —Las mujeres que quieren un papel de protagonistas en la ciencia —decía entretanto nuestro programador— están condenadas al fracaso. En aquel momento me di cuenta de lo desesperado que estaba por el hecho de que el éxito de este importantísimo experimento, que ha de contribuir a reducir un número de tan dudosa utilidad, estuviera en las manos de una mujer. Abajo, el Tatra negro del Instituto se acercó a la entrada y usted subió. Nuestro programador estudiaba las informaciones de su ordenador. Por primera vez le observé detenidamente, su figura pequeña con la cabeza grande, los dedos largos, nerviosos, activos, su complexión más bien débil, su manera de hablar afectada… ¡Cómo debieron hacerle sufrir las mujeres en su juventud! —Su coche de usted había descrito una curva a través del patio y había desaparecido entre los álamos de la puerta—. Nuestro programador me comunicó que al parecer mi condicionamiento se iba a freír espárragos. Maldito si a mí me interesaba en aquel momento si yo aún conservaba las mismas reacciones a los estímulos emocionales o no, pero él no sabía si alegrarse o preocuparse por el hecho de que su ordenador me tomaba por dos personas radicalmente distintas y amenazaba con formular una queja por tratar de inducirle a error.

En el laboratorio, Irene me dijo con expresión impenetrable que

según se desprendía de los últimos análisis, yo era el hombre más hombre que conocía. Me acerqué a la ventana. Él tardará en volver, dijo ella. Ha ido a una conferencia en la universidad.

Yo seguía creyendo que usted evitaba verme en mi nueva figura. Pero ni en sueños se me hubiera ocurrido que usted lograría no reconocerme. Porque usted nunca está desconcertado. Hacía tiempo que tenía ganas de preguntarle cuándo había empezado en usted este estar-preparado-para-todo. Pero esta pregunta hubiera violado las reglas del juego que observábamos como sagradas. Usted nos guardaba de salirnos de nuestros papeles, a pesar de que mi papel de buen perdedor hacía tiempo que había dejado de gustarme. A veces el juego era: ¿Quién teme al león? Y yo tenía que gritar: ¡Nadie! Otras veces eran otros juegos, pero la regla era siempre la misma. No valía darse la vuelta ni reírse. Ni una sola vez me di la vuelta. Nunca pillé al otro. Nunca me reí de él. ¿Cómo hubiera podido adivinar que a usted también le resultaban pesadas sus propias normas?

Seguramente se acordará: era un sábado, el 16 de marzo, aquel día de tiempo tan variable, el undécimo día de mi existencia transformada, cuando sobre las once de la noche usted salía del Café de la Ópera solo y prácticamente sereno. Se le acercó un joven absolutamente desconocido que al parecer le había estado esperando, insistió en acompañarle y ni siquiera tuvo la educación de presentarse. Usted, sin mostrar sorpresa ni dar señal de haberle reconocido, hizo como si fuera lo más normal del mundo entablar una conversación, de noche y con un desconocido. Al punto volvía a dominar la situación. Con gran presencia de ánimo desarrolló usted un nuevo juego y fue usted como siempre quien impuso las condiciones que, además, manejaba con generosidad, siempre y cuando no se tocara una cosa: usted se reservaba el derecho de quedarse fuera. Escuchó cortésmente lo que yo le expliqué —por ejemplo, me quejé de que a un hombre puede estorbarle el arsenal de recuerdos de una mujer— pero no mostró el más mínimo interés. Usted no tenía vergüenza y así se lo dije. Usted ni siquiera pestañeó. Yo sabía que en aquel momento había de estar indignada pero no lo estaba. Fríamente aproveché la oportunidad de atacarle directamente con mis nuevas experiencias, de volver el arma contra usted y cercarle con quejas, amenazas y acusaciones. Yo recordaba

perfectamente todas y cada una de las veces que había jugado a este juego en mi mente, conocía de memoria todos los movimientos, todas las posiciones. Pero ahora que por fin las efectuaba, éstos habían perdido todo su significado para mí y empecé a darme cuenta de lo que eso significaba. Casi a desgana afirmé que el hombre y la mujer viven en planetas distintos para obligarle a que recurriera a sus intentos de intimidarme y poder sacarme de la manga el triunfo de que sus intimidaciones ya no hacían mella en mí.

Estábamos al pie de la torre de la televisión de la Alexanderplatz. ¿Pensó usted que fue por amor propio herido que huí en aquel taxi que casualmente pasó vacío? Se equivoca de medio en medio. Huí porque no estaba ofendido, porque no tenía miedo, porque no estaba alegre ni triste y ya no entendía el porqué de aquella tensión durante todo el día. Huí porque todo aquel rato había estado hablando con usted de un extraño por el que ni yo mismo era capaz de sentir algo. Imaginara lo que imaginara, fuera hermoso u horrible, en la oscuridad de aquel coche —mi sensibilidad estaba embotada. Por mucho que pregunté a mi interior —nadie me respondió. La mujer que buscaba afanosamente en mí había desaparecido. El hombre todavía no estaba ahí.

Mate —esta palabra se me ocurrió porque el lenguaje era lo único que no me había abandonado.

Sin pensar había dado al taxista la dirección de mis padres. No me pareció mala idea, pagué y bajé; ya desde la calle vi luz en la ventana de su sala de estar y me encaramé al muro de piedra del jardín desde donde pude ver el interior de la habitación. Mis padres estaban cada uno en su sillón predilecto y escuchaban música. Los libros que habían estado leyendo reposaban abiertos ante ellos sobre la mesita. Estaban bebiendo vino, un Bocksbeutel que es su preferido, en las copas altas tan pasadas de moda. En un espacio de veinte minutos mi padre movió una sola vez la mano para llamar la atención de mi madre sobre un pasaje del concierto. Mi madre sonrió, porque él hace siempre el mismo gesto en el mismo punto y porque ella lo espera y le gusta que él levante la vista y responda a su sonrisa con otra sonrisa, cosa que hizo también esta vez. A medida que las encendidas discusiones con los amigos que durante mi niñez llenaban la casa de mis padres se convirtieron en

conversaciones, y los amigos y enemigos se convirtieron en huéspedes, aumentó el gusto de mis padres por estar solos. Han logrado, lo que no es poco, tratarse el uno al otro con la delicadeza necesaria sin perder el interés mutuo.

Hubiera podido entrar. Hubiera podido violar las normas del secreto y exponerles mi situación. Nunca me ha faltado su comprensión. No hubiera habido por su parte ni una pregunta indiscreta, ni una muestra de extrañeza, ni el más leve reproche. Hubieran hecho la cama en mi antigua habitación y me hubieran preparado la tisana que toma habitualmente la familia antes de ir a dormir. Después los dos, en la habitación de al lado, hubieran permanecido insomnes toda la noche y preguntándose qué habían hecho mal. Porque la felicidad de mis padres se basa en un concepto bastante simplista de las relaciones entre causa y efecto.

No entré. Con el primer taxi que pasó me fui a casa y me metí en la cama para no levantarme en tres noches y dos días —un período en el que seguía tomando mis apuntes para el informe a pesar de que la capacidad de encontrar las palabras que describían mi estado disminuía a medida que me sentía mejor físicamente. Puesto que usted nunca admitiría el concepto de «crisis», acordamos tácitamente utilizar la palabra «peripecia» —como si estuviéramos muy cerca de la inevitable resolución de todos los enredos de un drama clásico algo ingenuo.

Pero el lunes Beate habló sin ambages de fracaso. Usted ya sabe qué pasó: fallé en el test de memoria. Aunque ella hubiera debido comprender que para una persona sincera la respuesta «no sé» representa el mal menor si la alternativa es una gran mentira. Después de hacer esfuerzos por recordar —esto lo demuestran los aparatos conectados a mi pulso y a mis corrientes cerebrales— contesté siete veces a sus preguntas que no lo sabía, hasta que ella se impacientó y empezó a decirme las respuestas. ¡Como si yo hubiera olvidado el nombre de mi profesor preferido! ¿Pero cómo había podido ser mi profesor preferido un hombre que, ahora me daba cuenta de ello, incluía en su programa de química su bien calculado efecto sobre las chicas? O la «mayor alegría de mi niñez». Claro que recordaba lo que había respondido tres veces en intervalos de cuatro meses: columpiarse. Y claro que si me obligaban a ello podía ver con los ojos de mi memoria la imagen de

una muchacha que se columpiaba, que gritaba de alegría con la falda revoloteando y que se hacía impulsar por un muchacho… Sólo que esta imagen me disgustaba y ya no me servía como respuesta a la pregunta. Igual que el nombre del muchacho —Roland, claro, ¡por supuesto!— si me preguntaban por «mi primer novio». Era imposible que mi primer novio hubiera podido abrazar a la muchacha del columpio y hacerla bajar —¿es que Beate no se daba cuenta?

Falsedades y nada más que falsedades, lo que se podía leer en mi acta. Tome por ejemplo ese estúpido dibujo de colores inacabado. Ya sé que siempre había interpretado el cuadrito como «pareja de enamorados al aire libre que se dirige al bosque». Pero ahora me era imposible encontrar a la pareja de enamorados por muy mal que me supiera, porque aquello debía parecer afectación por mi parte. En todo caso, dos deportistas preparándose para una competición. Pero ni de eso estaba seguro. Así que prefería callarme. Tampoco era un drama no reconocer qué representaba ese absurdo dibujo.

De pronto Beate se echó a llorar. La silenciosa, la insignificante Beate. Beate, cuyo nombre iba tan bien con su carácter: la dichosa. Que era capaz de compaginar tan bien las cosas: una profesión difícil, un marido ambicioso y dos hijos; que nunca daba que hablar. Y que quizá ni ella misma había sido consciente del cúmulo de esperanzas que había puesto en este experimento. ¿Sabía usted que ella estaba dispuesta a todo? Quería ser la siguiente, lo decía muy en serio. Mi fallo la sacó de sus casillas. Me dijo que con mi despreciable orgullo iba a estropear esta oportunidad única para las otras, porque en realidad yo no lo necesitaba y por eso no lo valoraba en su justa importancia.

Irene me ayudó a llevar a Beate hasta el coche. La acompañé a casa. Todo lo que dijo durante el trayecto, su tono, las palabras que utilizó, prefiero guardármelo.

Pero me ha quedado una especie de recelo ante las mujeres silenciosas que pasan desapercibidas.

Beate vive bien. La casa y el jardín están cuidados. Ni una taza sucia, ni una cama por hacer. Nada de desorden a sus espaldas, no quiere tener algo que reprocharse. La instalé en el sofá y le di unas pastillas para dormir. Antes de dormirse me preguntó: ¿Por qué no

dices nada?

Seguramente pensaba que yo era libre para hablar o callar. No podía imaginar el silencio que reinaba en mí. Nadie puede imaginar este silencio.

¿Sabe usted qué quiere decir «persona»? Máscara. Papel. Verdadero yo. Después de todo esto me parece que el lenguaje está ligado por lo menos a uno de estos tres estados. El que yo hubiera perdido los tres representaba para mí el silencio total. Sobre nadie no puede escribirse nada. Esto explica mi silencio de tres días en mi informe.

Cuando al cabo de unos días pude usar Sí o No, volví a ver a los demás. Yo había cambiado, claro: todos acertaron en eso. Pero yo no necesitaba que me cuidaran como a una enferma. No necesitaba estas miradas inquisitivas en las que se reflejaba la preocupación y que me hacían más difícil mostrar de manera convincente que había superado el bache. Era absurdo, pero ahora nadie quería creerme; las dudas de los demás surgieron cuando las mías se habían disipado. Mi sincero-estereotipado «bien, gracias» en respuesta a sus estereotipados «cómo estás» les ponía nerviosos. Pero la opinión que tuvieran de mí ya no me importaba tanto como antes. Y esto tampoco les gustaba.

¿Pero qué esperábamos todos?

¡O usted! ¿Es posible pensar que usted hubiera calculado fríamente el precio que yo tendría que pagar? Sólo pregunto; sin pasión, como usted siempre ha exigido. Sin pasión, liberada de las viejas ataduras, podía por fin dejar de jugar a un juego determinado cuyas reglas habían sido sagradas durante tanto tiempo. Ahora ya no necesitaba esa protección. La sospecha de que usted lo había previsto exactamente e incluso lo había deseado, me costó un encogimiento de hombros. Descubrí cuál es el secreto de la invulnerabilidad: la indiferencia. Ninguna llama en mi interior cuando se pronunciaba un nombre determinado, cuando oía una voz determinada… Un alivio muy importante, profesor, que me abrió la puerta a libertades insospechadas. Cuando cerraba los ojos ya no me veía obligado a extraer un placer doloroso de una serie de imágenes que —para mi vergüenza— mostraban siempre a las dos mismas personas en las mismas situaciones. Más bien predominaban las visiones de futuro: mi glorioso resultado en este experimento, mi

nombre en todas las bocas, aclamaciones, distinciones, la fama a manos llenas.

Usted sacude la cabeza, usted desaprueba. Pero qué quiere, ¿tenía que conseguir yo lo que no alcanzan la mayoría de los hombres? ¿Vivir sin engañarse a sí mismos, cara a cara con la realidad? Quizá había confiado usted en que uno lo lograría: su criatura. Que usted podría observarla y que sobre usted caería el reflejo de unos sentimientos que se había prohibido desde hacía tiempo y seguramente había ido perdiendo (qué ha debido quedarle: el sentimiento de una pérdida irreparable); pero yo hube de decepcionarle. Sin darme cuenta empecé yo también a preferir el camino más fácil y a poner muy seriamente en el centro de mis afanes el éxito de un experimento de cuya bárbara absurdidad ya no era consciente. Recuerdo la anécdota clásica que nos había contado el doctor Rüdiger. Sin saberlo o quererlo, me convertí en un espía en la retaguardia del enemigo y así he sabido cuál es vuestro secreto que no ha de ser revelado para que podáis mantener vuestros cómodos privilegios: que las empresas en las que os perdéis no pueden traeros la felicidad, y que nosotras tenemos derecho a resistirnos cuando nos queréis arrastrar a ellas.

No, profesor: ninguna diosa desciende del cielo para cegar al traidor a no ser que usted quiera considerar diosa todopoderosa a la costumbre que nos hace ciegos. La ceguera parcial que contraen casi todos los hombres empezó a afectarme a mí también, de otra manera hoy en día es imposible disfrutar de los privilegios sin tener mala conciencia. En lo que antes me había esforzado, ahora me asaltaba la indiferencia. Una satisfacción hasta entonces desconocida empezó a extenderse en mí. Una vez aceptados, los compromisos que deberíamos rechazar de plano adquieren un poder irresistible sobre nosotros. Empecé a prohibirme la tristeza como estéril despilfarro de tiempo y energías. Ya no me parecía peligroso participar activamente en la división de funciones que deja a las mujeres el derecho al dolor, la histeria, la multitud de neurosis y les permite el placer de ocuparse de las efusiones del alma (que nadie ha visto todavía a través de un microscopio) y del amplio y prácticamente inagotable sector de las bellas artes. Mientras nosotros, los hombres, cargamos sobre nuestras espaldas la bola del mundo bajo cuyo peso casi sucumbimos y nos dedicamos

infatigables a las grandes realidades: economía, ciencia, política mundial.

Y rechazaríamos llenos de honrada indignación a cualquier dios que viniera a concedernos el don de la profecía… Como rechazamos las inútiles quejas de nuestras mujeres.

Pero yo aún no había llegado tan lejos, profesor. No había tenido suficiente tiempo. De vez en cuando me asaltaba mi antigua inquietud. Y un shock me salvó. Una pregunta. Dos palabras.

¿Quiere saber cómo conocí a su hija Anna? No sabía que era su hija —la sospecha es infundada.

No sabía nada de esa joven muy sensata y algo impertinente que se sentó a mi lado por casualidad en el cine club y a la que —ya no por casualidad— invité a un helado. Fue muy sencillo. Me dijo que no iba a caer en mis brazos sólo porque le pagara un helado; añadió que no tenía un céntimo y que con ello no perjudicaba a nadie. ¿Intenciones? Las más normales del mundo; porque si yo había de empezar a gallear —¡las mujeres, que nunca dejan en paz a los hombres!— ¿por qué no con esa muchacha que me gustaba por su risa irónica?

Pero ella no buscaba un gallo. Para Anna yo era un señor maduro, supongo, que, ciego como la mayoría de los hombres —éstas fueron sus palabras, pero usted ya la conoce— ya no es capaz de darse cuenta de nada. Por ejemplo, que los del cine club de antes pretendían hacernos pasar por tontos. Añadió que se llamaba Anna (le juro que su hija no mencionó su apellido). Anna es partidaria de no dar demasiadas facilidades a los hombres. Porque piensa que ya se han hecho demasiado perezosos para cualquier cosa, sobre todo para el amor, y un día serán demasiado perezosos incluso para dominar. Y entonces nos impondrán su manera de ser que de tan acomodaticia como es clama al cielo, como si fuera la igualdad de derechos, dijo su hija furiosa. Muchas gracias, pero que no cuenten conmigo.

¿Por qué después me llevó a su casa? Le juro… Basta ya de juramentos. Claro que como hombre me hubiera enamorado de Anna. Algo se movió en mí, si esto le tranquiliza. Pero el movimiento contrario equilibró la balanza por esa vez. Anna debió darse cuenta de algo porque se fue quedando silenciosa. Dijo que yo le parecía un poco enigmático pero simpático. Me invitó a escuchar

sus discos.

En la puerta de su jardín todavía hubiera podido dar media vuelta. Pero ahora quería ver cómo resolvíamos la situación. Quizá usted también sentía cierta curiosidad. Quizá quería demostrarme que es capaz de resolver los problemas que usted mismo se ha buscado. De lo contrario hubiera podido oponerse a que me invitara a cenar. Yo, como nuevo conocido de su hija Anna, observado por su esposa y por su anciana madre, sentado frente a usted en el lado estrecho de la mesa. Qué gracia. Usted no tuvo dificultad alguna en poner al mal tiempo buena cara. Todo escenas mudas, sólo miradas y gestos. Una cosa me quedó clara: usted me ofrecía su rendición sin condiciones. El juego había terminado. Ni remotamente conservaba usted las riendas en su mano. Así que me tocaba a mí decidir si observaba aún alguna de nuestras reglas. Usted ignoraba que yo ya estaba fuera del juego. Que la persona a la que usted ofrecía su capitulación no estaba sentada a aquella mesa.

Así pues, una conversación amena, alegría. Alivio por una parte, magnanimidad por la otra. Observación disimulada. Una expresión difícil de definir en el rostro de su esposa que hasta ahora no me había dado que pensar.

El buen humor de su madre, la alegría de su esposa: hábiles imitaciones. De la alegría y buen humor que veían en usted. Las dos mujeres le rodearon con unos sensibilísimos sistemas de radar que les advertía de sus sentimientos. Su esposa tiene una cara presta a reflejar —eso es. Y el objeto que refleja: usted, siempre usted. Un cerco total. Pero Anna no está dispuesta a acomodarse. Arisca e impertinente y, lo que más le envidio: superior. Era el vigesimonoveno día después de mi transformación, una tibia noche de abril.

¿Qué hay del shock? ¿Y la pregunta?

¿Y las dos palabras?

Seguramente no hace falta que se las recuerde. Estábamos en la habitación de Anna, ante los estantes de libros con nuestras copas de vino en la mano, mientras ella nos ponía sus discos. Usted tuvo por primera vez el valor de conocerme, de no esquivar o negar la transformación que usted mismo había operado en mí. Se dirigió a mí directamente con el nombre que me había dado: Bien, Anders — ¿cómo se siente usted? (La pregunta.) Encontró usted el tono

exactamente intermedio entre el interés profesional y la simpatía personal: neutro. Pero no me ofendió. Aquel Anders se estaba alejando de la persona que hubiera podido ofenderse por algo así, y ya no era posible detenerle.

Serena, le contesté la verdad: como en el cine.

Entonces, por primera vez desde que le conozco se le escapó algo que no quería decir: ¿usted también? (Las dos palabras.)

Palideció usted. Y yo comprendí de golpe. Lo que se oculta tan cuidadosamente, siempre es un defecto. Los perfectos sistemas de normas, su furia en el trabajo, todas sus maniobras de ocultación, no eran otra cosa que intentos de asegurarse la manera de no ser descubierto: usted es incapaz de amar y lo sabe.

Ya es demasiado tarde para presentar excusas. Pero he de decirle que yo tampoco podía elegir entre aceptar ese juego o rechazarlo; lo único que podía hacer era romper las cartas mientras aún era tiempo. Puede usted echarme en cara muchas cosas, yo no intentaré justificarme —sobre todo mi credulidad, mi obediencia, mi supeditación a las condiciones que usted me impuso. Si usted quisiera creer que no fue ni irreflexión ni altivez por mi parte lo que le arrancó aquella confesión. Cómo hubiera podido desear yo que la primera y única muestra de confianza entre nosotros fuera la confesión de un defecto…

Cada uno había alcanzado su objetivo. Usted había conseguido librarse de mí; yo, averiguar su secreto. Su preparado, profesor, había hecho lo que había podido. Pero ahora nos abandonaba.

Acabo.

A la mañana siguiente me esperaba usted en el Instituto. Hablamos poco. Usted no me dejó ver su cara mientras preparaba la inyección. «Bochorno» es casi lo mismo que «vergüenza». No nos queda sino empezar desde el principio con el más torturador de los sentimientos a cuestas.

No soñé esa vez. Cuando desperté vi una mancha clara que aumentaba de tamaño. También su Petersein *minus* masculinum es un producto eficaz, profesor. Pero eso ya figura en el informe. Usted había acertado en todas sus previsiones.

Ahora nos espera mi experimento: la experiencia de amar. Que además conduce a unos inventos fantásticos: a inventar al ser que podemos amar.

1972

CHRISTA WOLF nació como Christa Ihlenfeld el 18 de marzo de 1929 en una familia de clase media en Landsberg, entonces Prusia oriental, y falleció en Berlín en 2011. Sufrió la guerra, el derrumbe del Tercer Reich y el éxodo, hasta asentarse finalmente en territorio de la República Democrática Alemana (RDA). Nunca dejó la RDA "ni dejó que el país la dejara a ella", definió su editora en la editorial alemana Suhrkamp, Ulla Unseld-Berkéwicz.

En 1949 se afilió al partido único SED, del que sería miembro hasta su desaparición en 1990, y estudió Germanística en Jena y Leipzig. Ya casada con el escritor Gerhard Wolf, que estuvo junto a ella hasta su muerte, publicó en 1961 su primer libro, *Moskauer Novella*. Dos años después llegaría el primer gran éxito literario con la aparición de *El cielo dividido*, historia de un amor separado por el Muro con el que obtuvo el premio Heinrich Mann. Sería el primer galardón de una larga lista que incluyó en 1980 el Georg Büchner, principal premio de las letras alemanas.

Wolf se convirtió en una figura polémica por su actictud cambiante frente a la RDA. Ella misma publicó en 1993 el acta que revelaba su colaboración con la policía política Stasi de 1959 a 1962. Entonces calificó esa experiencia de "un punto oscuro" en su vida. Sin embargo, la escritora fue desarrollando una visión cada vez más crítica con el gobierno comunista.

Ya a fines de los años 60 era la Stasi quien la vigilaba a ella y a su familia. Con la reunificación alemana en 1990 mantuvo la esperanza de que llegara una forma de comunismo más humano y escribió con otros autores un manifiesto titulado “Por nuestro país”, que muchos interpretaron erróneamente como un “intento de salvar” la RDA. “Durante un ínfimo instante histórico imaginamos otro país que ya ninguno de nosotros verá jamás”, dijo tiempo después.

La ventajas y horrores del régimen y la dolorosa división alemana ocuparon buena parte de su obra, en la que también destacan novelas como *Noticias sobre Christa T* (1969), *Muestra de infancia* (1972), *En ningún lugar. En parte alguna* (1979), *Casandra* (1983) y *Pieza de verano* (1989; Seix Barral, 1990). Su última novela, *Ciudad de los ángeles o el abrigo del Dr. Freud*, se publicó en 2010. La obra narra los destinos de los intelectuales exiliados a Estados Unidos durante el Nazismo.

Notas

[1] El incidente que se alude aquí ha de situarse antes de la construcción del muro de Berlín, cuando era posible circular libremente entre la zona de ocupación soviética y las zonas de ocupación de los aliados occidentales. (*N. del t.*) < <

[2] Alusión a algunos títulos de la literatura alemana contemporánea: *Conjeturas sobre Jakob* de Uwe Johnson, *Reflexiones sobre Christa T.* de la misma Christa Wolf y *Opiniones de un payaso* de Heinrich Böll. (*N. del t.*) < <

[3] Así se denominaba familiarmente en la posguerra el marro del café de malta. El mote alude, pues, al color del coche del amante de la señora Beckelmann. (*N. del t.*) < <

[4] «Otro». La autora juega aquí con la pronunciación coloquial Andres del nombre Andreas. (*N. del t.*) < <